LIBRI
LUX
I. 589.
JOAQVIN DE
ENTRAMBASAGVAS
Y PEÑA
VELASQVEZ

# EL

# ÁNGEL DEL HOGAR

ESTUDIO

POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

---

SEXTA EDICION

CUIDADOSAMENTE CORREGIDA Y CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA

---

TOMO PRIMERO

---

MADRID

LIBRERÍAS DE A. DE SAN MARTIN,

Puerta del Sol, 6, y Carretas, 39

EL LIBRO DE ORO

1881

Es propiedad de la Autora: queda hecho el depósito legal.

R. 7201

MADRID.—IMP. DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

# ÍNDICE.


Págs.

PRÓLOGO..... 5

DOS PALABRAS AL LECTOR..... 19

INTRODUCCION..... 23

CAPÍTULO I.—De la primera edad de la mujer..... 29

CAPÍTULO II.—De la mujer en su juventud y ancianidad..... 44

CAPÍTULO III.—Una madre jóven.—Ángela.—De la influencia de las flores y de la música en los niños.—De lo importante que es el que una niña se convenza del cariño de su madre..... 58

CAPÍTULO IV.—Nacimiento.—Desgracia.—Ángela y Rosa.—La nueva casa.—Primera educacion de las dos niñas..... 74

CAPÍTULO V.—De lo necesario que es estudiar la índole de las niñas para dirigirlas con acierto.—Los castigos de Rosa.—La buena educacion.—La tristeza de Ángela.—El nido del jardin.—Santa ó verdugo..... 90

CAPÍTULO VI.—Una disculpa y una explicacion de la autora.—Las estatuas del sepulcro.—El pájaro huérfano.—Madre y escritora.—La adolescencia.—Los amores de Rosa.—Música y recuerdos.—Fin de la historia..... 108

Págs.

CAPÍTULO VII.—Diario de Magdalena..... 132

CAPÍTULO VIII.—Continuacion del diario de Magdalena..... 157

CAPÍTULO IX.—Conclusion del diario de Magdalena. 174

CAPÍTULO X.—La caridad y el socialismo.—Mendicidad..... 190

CAPÍTULO XI.—De la literatura en la mujer..... 200

CAPÍTULO XII.—Del prestigio que ejerce en las mujeres el amor..... 222

CAPÍTULO XIII.—Coquetería y Coquetismo..... 237

CAPÍTULO XIV.—De la influencia de la religion en la mujer..... 246

CAPÍTULO XV.—Las niñas mimadas..... 263

CAPÍTULO XVI.—El amor propio..... 270

CAPÍTULO XVII.—Amor británico.—Un sacrificio.—Una española y un inglés.—Escena conyugal.... 275

CAPÍTULO XVIII.—La mujer inglesa y la española.—Arrepentimiento.—La enredadera.—¡Pobre Rafaela!—Un avaro.—Maternidad..... 291

CAPÍTULO XIX.—Convalecencia.—La cuna solitaria.—Un rayo de sol.—El médico del cuerpo y el médico del alma.—Consuelos.—Una esperanza.—Besos maternales..... 308

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

# PRÓLOGO.

El anuncio de una obra de la fecundísima y popular escritora, Doña María del Pilar Sinués, es un verdadero acontecimiento literario, por él cual deben darse la enhorabuena cuantos rindan culto á lo bello y á lo bueno.

Sus múltiples creaciones, aunque llenas de poesía y de sentimiento, aunque exhalan ese perfume delicado que revela á la mujer tierna, sensible, é ideal, en cada una de sus manifestaciones, no descuellan sólo por las galas del ingenio, sino por el influjo que están destinadas á ejercer en el hogar y la familia, ejes seguros y exclusivos sobre los cuales descansa el bienestar de los pueblos.

El objeto casi constante que se propone es iluminar á la mujer, débil y tímida como ella, como ella pobre sensitiva que se estremece al más leve contacto de la brisa, y la alienta en su áspero camino con la santa ternura de una hermana, con la mágica elocuencia de la fe y el entusiasmo que inspiran las justas causas.

Así, pues, sus novelas no son novelas, son libros de estudio, cuyo principal mérito consiste en saturar el alma con tiernas é indelebles impresiones.

Ya en edad muy temprana publicó dos preciosas obras encaminadas á este fin, y que se titulan: *La ley de Dios*, y *A la luz de una lámpara*, mereciendo ámbas ser aprobadas como libros de texto para la lectura en las escuelas, y de las cuales se han hecho numerosas ediciones.

Para comprender su inmensa trascendencia, basta neditar sobre la actual educacion de la mujer, más brillante que sólida, más material que espiritual.

Hoy se educa á la mujer para los salones, se erige su trono fuera del hogar doméstico;

se la preparan, desde la edad más tierna, goces que no tienen su orígen en el seno de la familia. La niña, que prodigaba inocentes caricias á sus muñecas en el rincon más escondido de su casa, piensa hoy en su vestidito nuevo ó en superar á sus amigas en el salto y la carrera.

Aún no ha cumplido quince años, y ya el atractivo del rubor no colora sus mejillas.

Las nuevas costumbres han bastardeado completamente su alma. Ya no es el sér formado de abnegacion y de ternura, que obedeciendo á la ley de su propio instinto, se constituye en providencia de todos los que sufren; ya no es el amor el supremo negocio de su vida.

Desde que una ilustre escritora francesa lo dijo, hasta hoy, media un insondable abismo.

La vanidad que dormitaba ántes aletargada en el fondo de su alma, se ha erigido en su absoluta soberana. Ella es el ídolo al cual sacrifica todos sus instantes; ella es el único móvil de todas sus acciones.

Sus mismos padres, con una ceguedad

incomprensible, la empujan por este torcido camino.

Con tal que su hija parezca bella, con tal que encubra la nulidad de su espíritu con frases estudiadas, con tal que cante ó que dibuje con primor, todo lo demás nada importa.

Antes la modesta y laboriosa jovencilla estaba segura de hallar un buen marido; ahora es preciso que exhiba con imprudente descoco sus fútiles atractivos si quiere alcanzar el lauro apetecido.

Mas ¿á qué repetir estas cosas, si todos las sabemos?

Justo es, sin embargo, protestar una y mil veces contra el creciente desarrollo de esas perniciosas costumbres, que traen consigo el desquiciamento social y la ruina de las familias.

Léjos de nosotros la idea de acusar la época luminosa en que vivimos; pero nos parece que nuestro siglo es la fiel imágen del estío.

En esa estacion, la naturaleza ha dado casi cima á su grande obra, y ha realizado

una vez más sus portentosas maravillas. Los graneros están henchidos de trigo, el sustento de todos los seres de la creacion se halla asegurado; pero el sol calcina la tierra y el mustio paisaje no ofrece ya ningun embeleso al alma abatida.

¿Qué se hicieron las flores que ayer perfumaban el ambiente, las gotas de agua que se deslizaban entre la hierba, los armoniosos acordes de la brisa que suspiraba entre el follaje? ¡Ay! ¡todo está agostado!

Es verdad que la recoleccion ha sido soberbia; pero ¿quién no daria un poco de abundancia por conservar aquellos floridos bosquecillos, en donde todos los ecos eran ecos de amor y de ventura?

El hombre puede hoy satisfacer magníficamente sus necesidades materiales; pero la poesía que cantaba dentro de su alma ha enmudecido.

Hace como el gastrónomo, que despues de haber saciado su apetito, halla embotadas sus ideas y no acierta á discurrir.

El placer físico excluye el placer moral; la realizacion excluye la esperanza; la muerte

de la esperanza es la muerte de la vida.

La Edad Media, época del más abstracto espiritualismo, divinizó á la mujer: nuestra época, de álgebra positiva, ha necesitado materializarla para hacerla tangible á sus ojos y ponerla al alcance de sí misma.

Pero no basta con que el desborde de las costumbres ponga á la mujer en incesante contacto con el vicio y ofrezca á sus miradas torpes ejemplos que contaminen su pureza: no basta con que su idealidad se extinga entre las estúpidas risas de los salones, que su ternura se apague en las encarnizadas luchas del amor propio, puesto siempre en juego: era preciso, como corolario de la infame obra, que á todo esto se juntase el desborde de las ideas, la perversidad de las doctrinas, para convertir la severa matrona de otros tiempos, la santa madre de familia guardiana de la pureza de nuestras antiguas costumbres, en meretriz sin corazon y sin creencias.

El siglo que busca con incesante afan el movimiento contínuo en el órden físico, no podia ménos de adoptarlo en el órden moral.

Las ideas viejas, cualquiera que sea su importancia ó su necesidad, están condenadas á muerte; es preciso que todo lo que exista se derrumbe; que se lleve el viento cuanto pensaron y dijeron nuestros padres.

Cuentan que hace muchos años ,en un escondido pueblecillo nombraron á un alcalde, y éste, que era sin duda un vástago prematuro del siglo XIX, no sabiendo qué hacer para perpetuar su memoria, mandó descolgar del campanario una magnífica campana de bronce y sustituirla con un tambor, cuyos destemplados sonidos llamaron de allí en adelante á los fieles para que acudiesen á la iglesia. Y lo peor del caso fué, que éstos, asombrados con lo extraño de la novedad, colmaron de aplausos al autor de tan estupenda idea.

Nuestros moralistas, cansados de predicar la virtud, que al fin es cosa vieja, han pensado en entronizar al vicio, cubriendo su asquerosa deformidad con trajes de seda y perfumadas flores.

¡Vergüenza y hastío causa el ver los tipos que escogen por heroinas nuestros novelis-

tas, nuestros autores dramáticos, y hasta los mismos poetas líricos! ¡Desenvueltas Mesalinas, poetizadas hasta la sublimidad, poetizadas hasta en su muerte, fruto horrible de sus propios extravíos! Y para dar á sus monstruosas creaciones una apariencia razonada, hasta piden auxilio á la fisiología, ciencia funesta que asimila los hombres con los brutos.

Dios perdona á los que delinquen, Dios da á los arrepentidos una parte de su cielo, pero no ofrece como ejemplo á la débil humanidad el vicio triunfante y cubierto de laureles.

La cándida jovencilla que soñaba con adquirir por medio de su honradez, de sus privaciones y combates, el aprecio de los hombres, exclama al cerrar el libro con el llanto en los ojos y el desaliento en el alma; *¿qué es la virtud? ¿qué significacion tiene en la vida? ¿qué bien puede reportar á quien la busca?*

¡Ah, la inevitable consecuencia de estas reflexiones será el peso que haga inclinar la balanza de Dios, en contra de los impuros sacerdotes del vicio, en el dia de su justicia!

Hé aquí, pues, por qué las obras admirables de la señora doña María del Pilar Sinués tienen hoy suma importancia; hé aquí por qué el lauro que ha alcanzado será un lauro inmarcesible.

Es necesario combatir esas fatales ideas, es preciso que aparezca alguna luz entre las sombras de tan espantosa noche. Por densas que sean las que cubren los revueltos mares, le basta al náufrago un faro lejano para arribar al puerto.

La mujer, fluctuando enmedio de su camino, arrastrada al mal por el torbellino de las costumbres, llamada al mal por el torbellino de desmoralizadoras ideas, necesita oir siquiera una voz que la recuerde lo que fué, lo que debe ser, para ocupar un puesto privilegiado entre los hombres; un puesto privilegiado entre los ángeles del cielo.

Es necesario recordarla que las sonrisas del mundo son como los fuegos fatuos de los cementerios, miéntras las amantes sonrisas de nuestros padres, de nuestros esposos, de nuestros hijos, son como los rayos del sol, que todo lo fecundan y embellecen.

Donde está la familia allí está la dicha; donde está el cumplimiento del deber se encuentra la paz del alma. La vida es amar, la vida es hacer felices á cuantos nos rodean. Fuera de estas cosas no busqueis nada; no busqueis más que sombras, luto, desesperacion y ruina.

¡Oh! es una hermosa tarea mostrar todo esto á nuestras tímidas hermanas; es un santo trabajo que bendecirán todas las madres de familia, que ensalzarán cuantos alberguen un alma generosa y pura.

Imposible es analizar todas las obras de nuestra inspirada escritora, porque, sobre ser muy numerosas, son más numerosas todavía las bellezas que contienen. Nos contentaremos, pues, con reseñarlas.

Entre sus novelas, las mejores son cuatro, que pudiéramos llamar *campesinas*, pues sus principales personajes son casi todos labradores; titúlanse éstas *El Lazo de flores*, *La Rama de sándalo*, *Celeste*, y *El Almohadon de rosas*; cada una forma un tomito delicioso, y que se puede llamar un idilio de amor; el estilo es completamente original,

tan bello y sencillo como el de Trueba, pero del todo distinto.

*Dos venganzas*, y *Amor y llanto*, son novelas que pertenecen al género histórico, y presentan una muestra de la rica imaginacion de su autora, y una fiel y delicada pintura de los reinados de D. Pedro I, Enrique II, Felipe II y Felipe III.

*El Alma enferma* es una novela, en la que en las formas más brillantes va envuelta una terrible leccion moral; y lo mismo se puede decir respecto al *Sol de Invierno* (quizas su obra más acabada), *Margarita, A la sombra de un tilo, La senda de la gloria, La Vírgen de las lilas, No hay culpa sin pena, Rosa, Querer es poder, Un nido de palomas, A rio revuelto, Premio y castigo*, y *Sueños y realidades*.

Ademas de estas obras, que llevan por lo ménos cuatro ediciones, ya agotadas, la ilustrada escritora ha dado á luz nueve tomos, dedicados exclusivamente á la educacion de las jóvenes, y que llevan por título: *Biblioteca de señoritas*. La *Biblioteca* consta de cuatro obras diferentes, tituladas: *Album*

*de mis recuerdos*; *Hija, esposa y madre*; *El camino de la dicha*; *La vida íntima* y *Flores del alma*, precioso ramillete de poesías.

La segunda época de la vida de la señora Sinués ha producido obras de un género distinto de las primeras; sin perder nada de su gracia espontánea y de su sensibilidad exquisita, cualidad distintiva de esta escritora, su escalpelo penetra más profundamente en el corazon humano. De esta verdad puede convencerse quien lea sus tres bellísimos libros: *El último amor*, *Las alas de Ícaro* y *Una hija del siglo*, que han brotado de su pluma en los dos últimos años.

Sin embargo, aún ha escrito y se ocupa de otra obra, que la ha de dar, si cabe, más gloria; su *Galería de mujeres célebres*, de la que ya lleva publicadas 32 leyendas biográficas; cada una de estas forma un tomo, y alguna, como *Isabel la Católica*, dos. En estas leyendas, sin faltar á la verdad histórica, se refiere la vida de la heroina, y se dan á conocer las costumbres de su tiempo, y todos los personajes importantes que la han rodeado, ó han existido en su época; hay en

esta *Galería* biográfica, reinas, santas, heroinas, artistas, preladas y fundadoras.

Reciba, pues, la inspirada autora el entusiasta parabien de cuantos cultivan las letras y aman la moral, y ojalá siga por mucho tiempo su camino sembrado de lauros y de flores.

ÁNGELA GRASSI.

# DOS PALABRAS AL LECTOR.

Despues del prólogo que con tanta galanura como benevolencia ha escrito para este libro la distinguida poetisa y eminente novelista, señora doña Ángela Grassi, nos permitiremos copiar otro brevísimo juicio que de él ha hecho un excelente escritor americano, y en el que se advierten las galas de la rica imaginacion de su autor.

Hé aquí cómo se explica el Sr. Madiedo en un periódico de Colombia, que se titula *El Rocío*, y que ha dado á sus suscritores algunas hojas de este libro.

«El Ángel del Hogar; basta el simpático nombre de este libro, para adivinar cuál es su objeto.

»Hay en la pintura de *La Mujer* que va á

reproducir nuestro periódico, un esmalte bellísimo y delicado, porque maneja el pincel otra mujer; rivalizan el arte con la naturaleza, y la mano con la imágen.

»Al considerar que es una suave mano femenina la que va á dibujar los hermosos y expresivos cuadros de la vida doméstica, de la vida de la mujer, en todas las edades, en todas las condiciones, en todas las situaciones en que puede hallarse en el mundo, esperamos, y nuestra esperanza no ha sido defraudada, que la autora sería la inspirada sibila, revelando al mundo misterios que nadie más que una mujer puede comprender, y que los revelaria con ese talento sólido, veraz, profundo, á la vez que dulce, encantador y persuasivo, que tan alto sitio le ha conquistado en las letras españolas.

»Tan á feliz término ha sabido llevar su tarea, que este libro puede llamarse un curso completo de educacion para el bello sexo, y á la vez un monumento imperecedero: una verdadera academia de estudio para la mujer, desde que nace hasta que muere.

»No vacilamos, despues de haber leido EL

Ángel del Hogar, en calificarle como obra social, de necesaria; como obra moral, de indispensable; como obra bella, de imprescindible; como obra filosófica, de inmejorable.

»Un libro que reune tantas y tan bellas condiciones, merece ser conocido de todas las mujeres: el pensamiento altamente moral y cristiano que preside á la obra, está reflejado en ella con la expresion más viva, más verdadera, más conmovedora, más delicada: es más que la obra del talento, es la obra del genio.

»Tales son las páginas que vamos á dar á conocer con el dulce y poético título de El Ángel del Hogar.

»*El Rocío*. Bogotá, 20 de Mayo de 1872.»

# INTRODUCCION.

Recien venida á Madrid desde el fondo de una provincia, casi niña, é ignorante de la ciencia de la vida, como que apénas tocaba á su umbral mi débil pié, empecé á escribir estos estudios y á enviarlos á *La Moda*, periódico que se publicaba en Cádiz, y que hoy ve la luz en Madrid con el título de *La Moda Elegante*.

Les dí por título *La Mujer*, y apénas habian visto la luz dos ó tres capítulos en Cádiz, apareció en Madrid, y en el periódico *El Estado*, otro trabajo del mismo género, titulado tambien *La Mujer* y firmado con las iniciales S. C.

Leí con gran cuidado este trabajo, y noté que nada habia en él—á no ser el pensa-

miento—que coincidiera con mi obra; aquellos artículos eran de la correcta é ilustrada pluma del Sr. D. Severo Catalina, que ya disfruta de una vida mejor.

Convertidos luégo en un libro, conservaron su primer título de *La Mujer*, y yo, por deferencia al autor, al reunir tambien en coleccion mis artículos, les cambié el nombre, confirmándolos con el de EL ÁNGEL DEL HOGAR.

Como ya he dicho, ninguna analogía hay entre el libro del Sr. Catalina y estas páginas, que tan afectuosa acogida han obtenido del público; aquél, á pesar de la excesiva modestia de su autor, que le calificó de *Apuntes para un libro*, es, en mi concepto, demasiado profundo en razon á la débil comprension de la mujer: los capítulos que forman la mia son sencillos como mis creencias, cariñosos como mi corazon.

En el libro del Sr. Catalina se ve al hombre pensador, filósofo y erudito: en el mio se descubre á la mujer que no sabe más que sentir.

Ninguna pretension encierra este trabajo

tan agradable para mí; no he recogido, para formarle, prolijos apuntes, ni es tampoco el fruto de maduras y graves reflexiones; una cabeza juvenil y entusiasta, como era la mia, no podia sujetarse á un estudio hostil y detenido de las costumbres: y digo *hostil,* porque todo sér analítico y observador, lo es con aquello que procura profundizar.

Mi deseo, en este como en todos mis escritos, está reducido á inspirar á mi sexo amor á sus deberes y á procurarle el interes del sexo fuerte: si alguna cosa censuro en la mujer, puede perdonárseme en gracia del dolor que la correccion me inspira.

Mi aficion á la literatura me ha proporcionado muchos ratos de felicidad, y entre ellos, lectoras mias, son los más preciosos y los que más gratos recuerdos encierran para mí, los que he dedicado á estas páginas, que confio os han de entretener y aprovechar.

¿Y cómo no, si las escribe una cariñosa amiga vuestra? ¿Cómo no, si va guiada su pluma por el corazon, y no por la ciencia?

He procurado en ellas poneros á la vista

las virtudes que más embellecen el hogar doméstico y que son la base de la verdadera felicidad de la familia.

¡Ojalá, mis jóvenes lectoras, que este *estudio* contribuya á formar vuestros corazones para la virtud! ¡Ojalá que, al leerlos junto á vuestros padres en las largas y dulces veladas que paseis á su lado, encontreis algun solaz, si os abruma la tristeza! ¡Ojalá que os den alguna conformidad si padeceis, algun consejo si fluctuais con las pasiones, tan vivas en vuestra edad!

Para vosotras es este libro, jóvenes que aún reposais bajo el techo paterno; para vosotras lo he escrito; y plegue á Dios que, cuando le tomeis, digais al abrirle: *aquí se encierran los consejos amorosos de una amiga.*

No os impondré la virtud con preceptos rígidos ó descarnados: os ofreceré á la vista los riesgos que trae el no practicarla, y los bienes que nos proporciona su ejercicio.

Os la presentaré tal cual es, hermosa y llena de encantos y atractivos: los que la pintan uraña, rodeada del rigorismo y de la

intolerancia y acompañada de martirios sin cuento y de penosos sacrificios, ésos la despojan de sus preciosos, naturales y sencillos atavíos: ésos la desconocen y la confunden con el error y la supersticion.

Yo os la enseñaré, no para que os asuste, sino para que la ameis como á una amiga, y ella vivirá entre vosotras y os hará felices.

Casi siempre nuestros males son nuestra propia obra; y si escudriñásemos detenidamente nuestra conciencia, encontraríamos en ella el orígen de las desventuras que lamentamos.

Yo os haré ver que la mujer buena es siempre dichosa, que la Providencia no la desampara nunca, y que si le niega toda felicidad aparente, por sus inexcrutables designios, le deja en cambio el más inestimable de todos los bienes; el que jamás se acaba; el que nada, ni nadie, puede arrebatarle: LA PAZ DE LA CONCIENCIA.

Mi único propósito es consolaros, y mi más constante deseo se cifra en que, cuando sintais alguna afliccion, abrais estas pági-

nas y halleis en ellas vuestro alivio: si lo consigo, ¡benditas sean las dulces horas que empleé en este trabajo, pues ellas os habrán procurado un bien que pocos han pensado en proporcionaros!

# CAPÍTULO I.

**De la primera edad de la mujer.**

## I.

En los dias de angustiosa alegría en que se espera un alumbramiento en una familia, lo que más preocupa el ánimo de todos es la esperanza de que sea varon la criatura que va á nacer, y el temor de que sea hembra: todos, sin excepcion, anhelan lo primero, á no ser que la madre, por una razon de egoismo, desee una hija, que más tarde ha de ayudarla en los quehaceres domésticos.

El destino de la mujer es, en verdad, tan desgraciado, que la tristeza que acompaña á su nacimiento no deja de ser fundada y hasta excusable: débil é inofensiva en su niñez, está amenazada de enfermedades sin cuento, excediendo la fragilidad de su organismo á la de todo sér humano: en su adolescencia está tambien rodeada de un sinnúmero de males físicos, y, segun la naturaleza de cada

una, de algunos morales de difícil ó imposible curacion, aunque, lo que pocas veces sucede, no eche de ménos un cuidado previsor y tierno: en la edad madura y la ancianidad, sus dolores crecen en proporcion de los años, y no pocas bajan á la tumba llevando en las sienes la invisible, pero sangrienta corona de un ignorado martirio.

Yo creo, sin embargo, que una acertada educacion podria aliviar los males de mi sexo, y esto es lo que pretendo hacer ver á las madres de familia, sin abrigar empero la ridícula pretension de regenerar la sociedad porque soy la primera en reconocer mi insuficiencia para ello: yo mostraré las llagas; quédese para manos más experimentadas que las mias el aplicar el remedio: descubriré hondos y silenciosos dolores; evítenlos aquellos seres á quienes Dios ha impuesto tan sagrado y dulce deber.

Llega, por fin, el instante del alumbramiento.

—¡Niña! grita el facultativo desde el interior de la alcoba.

—¡Niña! dice la madre con tristeza.

—¡Niña! repite el padre con desaliento.

Y la pobre criatura con un lastimero vagido pide compasion para su debilidad y perdon por haber venido al mundo.

Al escucharle se conmueve el corazon de sus padres: la madre se muestra un tanto resignada, y el padre, cuyo dolor nace, principalmente si es noble

y rico, de haber perdido un heredero que perpetúe su nombre, se aproxima al lecho en busca de su hija: al verla en los brazos de su esposa, que se la presenta sonriendo, sonrie tambien y cubre de besos el semblante de la pobre niña, á quien pocos momentos ántes estuvo cerca de rechazar.

Reconciliados ya los padres con su hija, la trasmiten á los brazos de una nodriza, porque la jóven y elegante madre no puede renunciar á los saraos, paseos y teatros, por el gusto harto plebeyo de criarla. ¿Qué se diria en el círculo en que vive? ¿Cómo mirarian sus aristocráticas amigas tal capricho? Quizá como una miserable mezquindad, ó como una manía, que está en contradiccion directa con los hábitos del buen tono.

Si, por otra parte, el esposo está enamorado de su esposa, lo cual, aunque no es muy frecuente, sucede algunas veces, teme que la belleza de ésta se destruya: marido hay que ha dicho delante de mí que no consentia que su mujer criase á sus hijos porque corria el riesgo de perder los cabellos.

Una vez en poder de la nodriza, apénas la ve su madre: con aquélla duerme y en sus brazos permanece todo el dia, siendo esta mujer mercenaria y grosera la que recoge su primera sonrisa y el acento primero, que con puro gorjeo se escapa de sus labios, expresando siempre los dulces nombres de *papá* y *mamá*.

No parece sino que la Providencia cuida ante todo

de poner en la inocente boca de la criatura estas dos palabras, cuya significacion es lo primero que ha de echar de ménos al pisar los umbrales del mundo. Pero los padres sólo oyen la voz de su hija cuando ha perdido ya su inocente y primitivo eco; cuando ya la ha modulado la nodriza á su placer y en relacion con la delicadeza de su tímpano; y la criatura, cuyos angélicos ojos debian ver contínuamente la sombra protectora de su madre, llega á desconocer á la que le dió el sér, y llora, si por casualidad la toma en sus brazos durante algunos instantes.

Es una cosa sabida que generalmente el padre y la madre salen y entran en casa sin imprimir un beso en la frente de su hija: ningun aprecio les merece esa dulce y santa expansion, que anuncia al pedazo de sus entrañas una separacion, que debe ser sentida quizás como un dolor eterno. ¿Quién os ha dicho, padres de helado y egoista corazon, que no puede poner fin á vuestra vida un accidente ántes de volver á casa, ántes de tornar á ver á vuestra hija?

Con la misma indiferencia sabeis que se acuesta y se levanta: ni recogeis, al dormirse, su aliento con un beso; ni absorbeis en vuestros ojos el rayo postrero de luz, que en aquel dia lanzan sus inocentes pupilas; ni asistís á su despertar para recibir su primer abrazo, su primer acento.

¡La nodriza es quien os roba todos esos tesoros!

Y la nodriza, para conservar por más tiempo su lucrativo puesto, niega á vuestra hija el alimento cuando lo apetece, y obliga á la pobre niña á que se nutra con el oro de su padre, en vez de alimentarse con la savia del seno materno.

Madres jóvenes y hermosas, ya os escucho declamar contra mí y calificar de inhumano sacrificio, de martirio insoportable lo que os exijo. ¡Pero si supiérais cuánto ganaríais en belleza, si os adornase la solicitud materna!... ¡Cuánto más interesantes pareceríais á vuestros esposos dando el pecho á vuestros hijos! ¡Cómo conquistaríais su corazon, y cuán ópimos frutos recogeríais de tan santo y hermoso sacrificio!

Yo conozco á un hombre que se apresuró á cumplir los deseos de su jóven y bella esposa, buscando una nodriza al heredero de sus títulos, y que pasa largas horas en una buhardilla, contemplando embelesado á una pobre muchacha, la cual amamanta á un niño que de él tuvo.

La madre desnaturalizada tiene la culpa de que ese hombre haya buscado, en una falta, el goce inestimable de contemplar el amor materno.

## II.

Al concluir la lactancia, se despide á la nodriza y la niña pasa á poder de una aya, que ha de re-

unir precisamente las cualidades de fea, vieja y santurrona; cuanto más estirada y ridícula aparezca, cuanto más enfáticas sean sus palabras, tanto más suele agradar generalmente; y sin embargo, la niñez ama la belleza y la ternura, como las flores al sol; la infancia se desvía, por instinto, de la vejez adusta é intolerante, y adivina dónde hay bondad de corazon, dulzura de carácter y poesía de alma; preguntad á una niña de tres años quién quiere que la vista para ir á paseo; si su abuela, ó la doncella de su madre, muchacha risueña, coqueta y abispada; de seguro se decidirá por la segunda, porque la juventud y la niñez han sido unidas por el Criador con un lazo de flores.

Así, pues, la criatura que sale del dominio de su nodriza, sufre un martirio más cruel bajo el de su aya; á lo ménos la nodriza era jóven, cantaba y reia, enseñando una blanca é igual dentadura, y entónces la niña olvidaba los pellizcos y golpes que recibia, y se reia tambien y gorjeaba alegre. Pero ahora... ¡ay! El aya no rie nunca; le enseña séria y tiesa á leer y rezar, pero no como debe hacerlo una madre.

¿Sabeis cómo debe enseñar á leer y á rezar una madre? Oid: la mia ponia mi cartilla en su falda, y luégo me decia:

—Vamos, amor mio, vamos á ver si te aprendes una letra, y luégo te llevaré á paseo; empieza; A, como hace el borriquito; B, como te pide pan tu

cordero; C, acuérdate del cedacito; D, piensa en tu dedito; y en seguida volvia á nombrarme cada letra por el apodo que ella misma le habia dado; todas tenian el suyo; habia *sillita*, *pastel*, *gatito*, y cuando conseguia, á fuerza de dulzura y paciencia algun adelanto, me llenaba de caricias y me llevaba á paseo, poniéndome mi sombrero de paja, que me tenía enamorada por su tamaño y por sus hermosas y flotantes cintas.

¿Quereis saber ahora cómo aprendí yo á rezar? Mis padres tenian el cuidado, conforme me iban enseñando la oracion dominical y la del ángel, de hacerme comprender la que rezaba; yo sabía que *nuestro eterno Padre estaba en los cielos*, y le pedia de todo corazon *se hiciese su voluntad* en mí, y en todo cuanto me pertenecia.

Sabía que *María*, *madre de Dios*, era la más hermosa y *bendita entre todas las mujeres*, y que aquel niño Jesus que me sonreia en los altares era *el fruto bendito de su vientre:* pedíale con efusion que rogase por mí miéntras viviese y *en la hora de mi muerte*, y esperaba de Dios y de su santa Madre el consuelo de todas mis amarguras, y en ellos veia á mis celestiales bienhechores.

Mi padre me enseñaba ademas oraciones adecuadas á todas las situaciones y dolores de mi vida: cuando yo era niña padecia del accidente llamado alferecía, y me enseñó la siguiente oracion:

*¡Vírgen Santísima, hazme buena y líbrame de todo mal!*

*¡Santa Elena gloriosa, líbrame de alferecía!*

Estas tiernas y sencillas palabras, unidas á las oraciones tan elocuentes y dulces que la Iglesia nos enseña, las han repetido mis labios todos los dias de mi vida: hoy las repiten tambien, y cuando mis cabellos se maticen de plata, creo que ni uno sólo las habré olvidado.

¡Plegue á Dios que al helar mis labios el soplo de la muerte las repitan todavía, como un último suspiro de amor dirigido al Dios de las misericordias y á la Reina del cielo, como un acento de gratitud á la memoria de mis nobles y cariñosos padres!

## III.

Preciso será dar ya un nombre á la recien nacida. ¿Quereis, lectoras amadas, que le ponga el mio? Esta niña, tipo viviente de la hija, esposa y madre de nuestra actual sociedad, me interesa y compadece tanto, que quiero partir con ella el hermoso y envidiable privilegio de llevar el nombre de la Madre de Dios.

Llamémosla, pues, *María*, y sigámosla en los primeros años de su niñez.

El aya tiene una paciencia suma hasta que llega á cobrar confianza en la casa; pero no bien la ad-

quiere, se queja de todo exageradamente. Como el aya es casi siempre solterona, no comprende el amor ni el dulce sentimiento de la maternidad; por lo tanto, su intolerancia para con la pobre María es tan rigurosa como inhumana; la obliga á levantarse á una hora dada, tenga ó no más gana de dormir; luégo la hace rezar cierto número de oraciones, sin detenerse, siquiera sea brevemente, á explicarle lo que sus sublimes palabras significan; ha de tomar todos los dias exacta cantidad de desayuno, no ha de mirar al gato, no ha de correr, no ha de cantar, se ha de saber las letras sin tropiezo; ¡pobre María si se distrae! La estirada dueña va corriendo á dar parte á la mamá, con una cara capaz de infundir miedo á un veterano.

—Diga V. á la niña que venga, contesta la madre á la queja.

Y la reverenda señora trasmite la órden con el rostro iluminado de una perversa alegría.

Pero la madre siente desvanecerse su enojo ante la mirada diáfana y azul de los ojos de su hija y á la vista de sus copiosos rizos: la sociedad embota el amor de una madre, empero no alcanza á destruirlo; la dama toma en brazos á la niña, le da dulces y le regala un precioso juguete de porcelana, que escoge de entre los que se ven encima de la consola; nada de enterarse de la dificultad de la leccion, nada de correccion maternal y solícita, nada de hacer repetir á la niña los renglones; ésta

asiste al tocador de su madre, quien al bajar la escalera para subir al carruaje pone en su manecita una moneda de plata y le dice:

—Encarga á Juana que vaya á buscarte pasteles.

Pero lo que hay que ver es el gesto del aya al oir á su educanda mandar á la cocinera por pasteles: la rabia trastorna por un momento sus grotescas facciones; mas despues, excitada por el ejemplo de la cocinera, que saborea uno de los pasteles, come tambien, con gran contento de María, quien le da á manos llenas, olvidándose de su delacion.

Desde este dia el aya toma su partido: condesciende con todos los caprichos de la niña, y á pesar de las correcciones y gran celo que aquélla aparenta delante de los padres, pásanse meses y años cobrando sus honorarios, y sin que María sepa leer ni mucho ménos escribir; en cambio, la niña se ha vuelto soberbia y voluntariosa con los mimos de su madre y el descuido de su aya; odia á ésta instintivamente, y anhela separarse de su lado por cuantos medios le son posibles.

De esta manera llega á los doce años, en cuya época, advirtiendo sus padres que nada sabe, resuelven hablar claro al aya y exigirle que mire más por los adelantos de la niña y por su educacion, sin hacerse cargo de que las primeras impresiones son las que jamás se borran, pudiéndose comparar, si son malas, á las ortigas, que por

más que se arranquen de la tierra renacen siempre, amargas, desoladoras y punzantes como el remordimiento, sombrías y hoscas como la maldad.

## IV.

He comenzado á pintar la educacion de la mujer en nuestra actual sociedad por la clase más elevada, porque es la única clase que *educa* á sus hijas.

En la clase pobre se crian éstas hasta los ocho años en un completo abandono, como el trigo en los campos de la Mancha. Al cumplirlos, los padres, obligados por la imperiosa ley de la necesidad, sólo estudian la manera de que sus hijas se ganen el necesario alimento, ya que no les sea dado cooperar al sosten de su familia, que siempre suele ser más numerosa de lo conveniente; empero la miseria que aflige al pueblo excusa en parte su descuido, por más sensible que nos sea el punible abandono en que viven sus hijas.

En la clase media, ó vegeta la mujer en la más completa ignorancia, ó se le da una educacion por la que adquiere hábitos de opulencia, á los cuales no alcanzan sus bienes de fortuna, y que por lo tanto son las más veces ridículos y siempre perjudiciales.

La clase media se divide en dos opiniones ente-

ramente opuestas: los padres que tienen orgullo en confesarse *chapados á la antigua* enseñan á lo sumo á sus hijas á leer, á escribir y las cuatro reglas de la Aritmética para que tomen la cuenta á su criada; pero no les permiten más libros que el Ejercicio cuotidiano, ni les consienten escribir más que lo necesario para apuntar la ropa á la lavandera; nada de correspondencia, aunque se ausente una amiga de la infancia, si es que le consienten tener amigas; las pobres niñas tienen que renunciar á su cariño, y la amistad llega á ser para ellas una quimera, que rompe la tiranía de sus padres; tiranía que quizás maldicen y detestan en su interior.

Estos padres no llevan jamás á sus hijas al teatro ni á los paseos concurridos; se evita pronunciar delante de ellas la palabra *amor* con el mismo cuidado que si fuese una blasfemia, como si el amor no fuese la base de todas las felicidades de la vida; no se les consiente hablar delante de sus padres, á quienes dan el estirado y poco simpático *usted;* no se les enseña á hacerse plato en la mesa, ni á trinchar, ni á comer con desembarazo; á una hora dada de la tarde se les hace rezar el rosario, aunque se duerman; la velada la han de ocupar precisamente en hacer calceta, y á las ocho se han de meter en el lecho, donde, léjos de dormir, pasan la noche inquietas, siéndoles imposible conciliar un sueño que no es llamado por el dulce cansancio de la niñez, y perdiendo en su insomnio el rosado

matiz de sus mejillas y el brillo de sus risueños ojos.

Por el contrario, los padres de la clase media que hacen gala de ostentar el *moderno barniz francés*, ponen á sus hijas desde los seis años en el colegio de Mme. A..... ó Mme. G....., pagando unos honorarios que, por crecidos, suelen quedar insolventes durante algunos meses; se encarga muy particularmente que se les enseñe con cuidado el dibujo, el baile, la música y el francés; en cuanto á la costura, zurcido, planchado, confeccion de vestidos y bordado, por más que el saberlo hacer puede ahorrar grandes sumas de dinero en una casa, son materias muy secundarias; en esos colegios no se enseña á las niñas á peinarse solas, ni á mullir su lecho, ni á zurcir su ropa, ni á pegar una cinta en un zapato ó un boton en un brodequin; el peinado lo hace una doncella, el lecho lo arregla una criada, y el calzado... el calzado se tira cuando se rompe; así una hija de un empleado que tiene doce ó diez y seis mil reales de sueldo al año se educa con hábitos de duquesa millonaria, y ¡pobre del marido á quien toque en suerte despues! Esa niña, que no tiene más dote que su educacion francesa, le llevará un caudal de exigencias y caprichos de muy difícil, si no imposible liquidacion.

Las niñas, de que ahora trato, están al corriente de todas las modas y de todas las ocurrencias de la poblacion; como algunas veces las directoras las lle-

van al teatro—á palco principal se supone—como las dejan estar en el balcon durante algunas horas, es cosa muy natural que un pollo fije la atencion en la más medrada y esbelta, y que la enamore, primero con gestos y luégo con epístolas, que traen y llevan las criadas, mediante algunos reales que el pollo toma de la gaveta de su papá.

Entónces empieza la emulacion y la envidia entre las pensionistas.

—¡Cómo! exclaman: ¿Eloisa—los padres elegantes de la clase media dan nombres románticos á sus hijos,—Eloisa tiene novio y nosotras no?

Y todas se afanan por el balcon más que nunca; en el teatro creen que cuantos fijan por casualidad los gemelos en el lado en que está situado su palco, son adoradores de sus gracias y pasan el dia ensayando cien peinados, estudiando el modo de reir y anhelando llevar vestidos largos y recoger sus abundantes y hermosas trenzas.

Este es el estado de la actual educacion de la mujer, dividida en tres distintos métodos.

Educacion de la aristocracia, encomendada al aya; es decir, abandonada: educacion de la clase media, que se llama recta y sana; entiéndase educacion grosera é hipócrita: educacion de la misma clase, nominada culta y elegante; quiere decir inmoral, anti-religiosa, anti-social é inconveniente.

Decidme, severos detractores de mi sexo; ¿qué puede ser la mujer con cualquiera de estas tres edu-

caciones? Con la primera, disipada y sin corazon y mala madre, porque apénas conoció á la suya. Con la segunda, tosca, devota sin fe, intolerante y grosera, porque no conoce la sociedad y la han llenado de absurdas preocupaciones. Con la tercera, mala esposa, mala madre y culpable quizas de faltas imposibles de reparar.

Ahora vuelvo á vosotras, lectoras mias; no creais, os lo ruego, que en la educacion de la mujer niego yo honrosas excepciones; tal vez vosotras, que leeis las amargas verdades que dejo consignadas, sois buenas y tiernas madres, hijas sumisas y cariñosas, esposas irreprensibles; si por acaso vacila vuestra fe, yo os probaré en otro capítulo que hay mujeres que reunen las cualidades más bellas, y sobre todo que hay un método de educacion infalible para hacer la felicidad de vuestras hijas, de esas niñas, encanto de vuestros ojos y orgullo de vuestro corazon.

# CAPÍTULO II.

**De la mujer en su juventud y ancianidad.**

## I.

Volvamos á ocuparnos de María, á quien hace rato dejamos presenciando la reprimenda que su madre dirigia al aya, y en la cual, segun indicamos, le encargaba *que mirase más por la educacion y los adelantos de la niña.*

Como ya he dicho, ésta tiene buen corazon; compadecida de ver á su aya reconvenida con acritud por una culpa, que se achaca á sí propia, aunque en realidad no es suya, se propone estudiar y aprovechar las lecciones de los maestros de todas clases que hace cuatro años la dirigen, y que, sin embargo, de nada le han servido; se aplica, pues, un tanto al dibujo y á la música, y fija algo más la atencion en las lecciones de bordado, que le da el aya, preciso es confesarlo, con suma maestría; de donde resulta que en breve puede bordar á su mamá

un pañuelo, que el aya compra á hurtadillas, y que se borda del mismo modo, entre la maestra y la discípula, ejecutando aquélla toda la parte dificultosa de él.

El dia que María presenta á su madre el pañuelo, la alegría de ésta no tiene límites; el regalo es inesperado, bonito en verdad, y seduce la vista, colocado en una linda y perfumada caja, y teniendo para viso un rosado papel de seda.

Para colmo de sorpresa, María lleva despues á sus padres al salon, canta una romanza francesa, acompañándose con el piano, y cuando han cesado los aplausos y las caricias de los autores de sus dias, les conduce á su cuarto y saca de su cartera de dibujo una cabeza original y hecha á lápiz, que quiere colocar en el álbum de su mamá.

El bordado, la melodía y el dibujo dicen bien claro que la niña tiene talento, que su imaginacion es poética y apasionada; ha cantado con ternura y sentimiento, y en el dibujo se nota esa celeste expresion que sólo puede prestar un alma bella; pero los padres, léjos de aprovechar tan hermosas dotes, creen ya casi terminada la educacion de su hija, y al dia siguiente la llevan al baile que da una dama de la aristocracia, amiga de la madre.

Esta imprudente recompensa tiene una influencia fatal en todo el resto de la vida de María; su vestido de baile, lleno de perlas y blondas, la deslumbra; aquella noche sabe por primera vez que es be-

lla, y cree, como se lo dicen, que sus grandes ojos son *los más hermosos del mundo*, que sus espesos rizos son *red de corazones*, que *su risa enloquece*, y que su figura *es adorable.*

Sí, muchos hombres de nuestra sociedad cuentan en el número de sus placeres el de despertar la vanidad en el corazon de una niña inocente. ¡Y luégo se quejan de la coquetería de las mujeres y aborrecen el matrimonio!

Desde este dia empieza á robustecerse el orgullo de María, que nació primero que su razon, por los contínuos y perniciosos ejemplos que ha tenido á la vista: presentada en el mundo ántes de tiempo, gracias á su desarrollada estatura y á su *talento precoz*, el mundo la nutre con el veneno mortal de su lisonja y de su falsedad, y ántes de curarse de los defectos de la infancia, adquiere el más refinado coquetismo y el orgullo más insoportable.

A ejemplo de sus amigas, pide á su madre una doncella para su servicio particular, que le es otorgada en seguida; quiere que, cuando va á la iglesia con su aya, la siga un lacayo con un almohadon y una bolsa de terciopelo, que contiene sus devocionarios, y sale por las tardes en el carruaje de su madre, con su aya tambien; pero como ésta se duerme, María queda sola y en libertad de hacer cuantos gestos quiera, y de tomar cuantas posturas le acomoden.

## II.

Desde que la niña ha entrado en el mundo, ha concluido de hacer caso de sus maestros; con lo que sabía se quedó: es decir, con acompañarse una cancion en el piano, dibujar muy medianamente y bordar á medias una flor.

Las visitas—porque ya es admitida en el salon de su madre—el paseo y las tertulias ocupan casi todo su tiempo, robándole las horas que le restan, el cuidado de elegir tres ó cuatro trajes cada dia en su numeroso guardaropa.

Los maestros y el aya se conservan, sin embargo, cuatro años más en la casa, con el mismo fruto que si no estuvieran. Mas ¡oh, cuán bella se presenta á María el dia en que cumple la décimasexta primavera de su edad! ¡Aquel dia en que, dándose su educacion por terminada, va á quedar en una libertad completa é ilimitada! ¡Aquel dia que se ha fijado para despedir á los maestros, y en el cual se va á ver para siempre exenta del molesto trabajo, no de dar leccion, sino de inventar disculpas para no darla!

Llega, por fin, el suspirado momento de que se cumplan sus deseos.

¡No más música, no más dibujo, no más frances é italiano! ¡No más aya, que coarte el coquetismo

y charla de sus amigas!.¡Ya podrá entregarse á la meditacion, á que hace algun tiempo se muestra tan aficionada! ¡Ya podrá hacer versos á solas! Porque habeis de saber, lectoras mias, que á casi todas las mujeres que se educan como María, les da á los diez y seis años por escribir versos, que, por lo regular, suelen ser pasto de las llamas.

La causa de las meditaciones y de los versos de María es el amor; ha encontrado en un baile á un hermoso jóven, espiritual y simpático como ninguno; la ternura y la poesía de su lenguaje han cautivado su corazon, vírgen, hasta que le vió, de todo amor; es el marquesito D..... que acaba de llegar de sus viajes y pertenece á una opulenta y nobilísima familia.

Cuando María sale en carruaje, el Marqués sigue á caballo su coche, sin que la familia de aquélla vea en esto nada de particular, porque todo el mundo sabe que María asiste á las *soirées* de la madre del noble jóven; y entiéndase que el mundo, para algunas personas de la aristocracia, está reducido al círculo en que viven; el resto de la sociedad no significa nada á sus ojos, y dicen de él lo que Cleopatra decia de sus eunucos, al desnudarse delante de ellos para meterse en el baño: *Un esclavo no es hombre.*

Como la madre de María no ha establecido entre ella y su hija esa dulce intimidad que comienza en la cuna y acaba en el sepulcro, ó quizás, segun

mis creencias, ni áun acaba allí; como vive la jóven casi emancipada, no confia á la que le dió el sér el secreto de su amor. Y ¿para qué? Ella sabe muy bien que su casamiento está ya tratado desde hace tiempo con otro, y como ha vivido sin el amor de su madre, ni comprende tan dulce sentimiento ni tiene confianza en él. Así, pues, la doncella es quien trae y lleva las cartas, y quien da las citas para el paseo, las *soirées* y los teatros.

Durante tres meses, la jóven vive mecida por halagüeñas ilusiones; su dicha, su único bien se cifran en encontrar al Marques en las tertulias, bailar con él un rigodon ó una polka, verle constantemente á caballo junto á su carruaje, descubrirle en misa apoyado en una columna del templo; pero un dia deja el Marquesito de pasar por debajo de sus balcones á la hora que acostumbraba hacerlo, por la noche no le ve María en el teatro: el domingo siguiente falta á la iglesia, y la jóven llora sin cesar, y oculta con cuidado á sus padres un pesar que devora el color de sus mejillas, y apaga el brillo de sus ojos.

Una tarde se presenta en su casa la marquesa D..... y el corazon de María late de gozo; pero la anciana señora viene á participar á la madre de la jóven el enlace muy próximo de su hijo con una rica heredera inglesa.

Al oir estas palabras pierde enteramente el color la pobre jóven y sale vacilante del salon.

Un mes despues, y quince dias ántes de verificarse la boda del hombre que fué su amor primero, se casa ella con el esposo que le habian destinado, sólo por tener el placer de asistir con el título de *señora* al enlace de aquél.

¿Puede amar María á su marido? Creo inútil decir que no.

¿Puede haberse apagado el amor que alimentó su corazon, en el breve espacio de un mes? Es imposible.

¿Hay peligro de que vuelvan á reanudarse las relaciones interrumpidas por ambos casamientos El peligro es tan inminente, como el que corre de quemarse un brazo una persona, que tiene ardiendo la manga de su vestido.

## III.

Poco hablaré ya de María, una vez colocada en la condicion de esposa, en esa condicion en la que puede convertirse una mujer en ángel ó demonio del hogar doméstico, y en la que muchas, sin embargo, no son ni uno ni otro, lo cual es mil veces peor.

María es pronto madre, pero sigue las mismas huellas de la suya; sus hijos van desde el seno materno á los brazos de las nodrizas, y luégo á poder del ayo ó aya, miéntras ella pasa la vida en

el tocador, en el carruaje y en los bailes, ó hundida en una cómoda butaca, dormitando ó leyendo, con esa indolencia tan encantadora en una dama del gran tono, cuando se abandona á ella despues de cumplir con sus deberes de esposa y madre; pero tan culpable cuando es su única ocupacion.

Mas ¿quién es el responsable de que María abandone todos sus deberes, por una vida llena de molicie? Su madre, que le dió el ejemplo.

¿Qué sabe ella de cultivar el talento de sus hijas? ¿Qué sabe de formar su sensibilidad y su corazon? ¿Acaso se tomaron con ella esos cuidados? ¿No la dejaron crecer á su albedrío, del mismo modo que se abandona un precioso y aromado arbusto en un jardin, sin que una mano protectora se tome el trabajo de arrancar las ortigas que nacen en su derredor?

¡Ay! su inteligencia, á manera del arbusto, se ha viciado con creencias falsas que han invadido su luz virginal, del mismo modo que las zarzas rodean á la planta, la sepultan bajo su maleza, y sofocan su precioso aroma!

## IV.

Vengamos á la edad en que la nieve de los años cambia el color de los cabellos de María.

Miéntras sólo algunas hebras de plata matizaron

sus rubios rizos, las aguas olorosas, los cosméticos, las pomadas, y todos los productos de la química ocultaron aquel estrago.

¡Cuántos afanes ha costado á la noble dama el conseguir este fin! ¡Cuántas horas de eterna inmovilidad delante de su tocador! ¡Cuántos dolores é incomodidades en la cabeza!

Madres que ostentais con santo orgullo vuestros cabellos de plata, bien podeis compadecer con toda la sinceridad de vuestros amantes corazones, el cruel martirio que el gran mundo impone á algunas de las mujeres que viven en su seno.

Vosotras, al recoger sencillamente en trenzas vuestras canas, al cubrirlas con la blanca toquilla con cintas grises, que tan bien sienta á la ancianidad serena, digna y virtuosa, os ahorrais infinitos dolores, de los cuales ni siquiera teneis una idea aproximada.

María se hace murmuradora por pasatiempo.

Ella, que vengó su primer desengaño con un incesante y refinado coquetismo, goza ahora, que ya no puede ejercerle, con que la imiten sus hijas.

En su salon se saben todas las novedades del dia. En él se refieren y comentan las intrigas amorosas de sus amigos, y de los que no lo son. En una palabra, María es la primera que se burla de las mujeres de buenas costumbres, de las que guardan en público y en su vída privada el decoro de su nom-

bre; porque en la alta sociedad no escasean, por fortuna, los modelos de virtud.

Quizás María, en el último tercio de su vida, y por distraccion, se hace devota ó mujer política, ó ambas cosas á la vez.

En este caso, pasa el dia en leer los periódicos, en asistir á las sesiones de Córtes y en visitar las iglesias, llamando la atencion con su elegante carruaje y con su fastuoso tren, cuyo gasto, supérfluo en su mayor parte, podria redimir de la miseria á algunas familias necesitadas.

¿Y á qué va María al templo? ¿A orar? No me atreveria yo á asegurarlo, porque sé que su madre no la enseñó á elevar su corazon á Dios con esas tiernas y poéticas oraciones que la madre más prosáica no descuida, si tiene algun conocimiento de sus sagrados deberes.

¿A qué va, pues, á la casa de Dios? ¡Ay! ¡A lo que van tantas otras mujeres! A distraerse, y á lucir á los ojos de los ignorantes y de los necios su lujo y su riqueza.

## V.

Para concluir los desoladores, pero verídicos cuadros que estoy poniendo ante vuestra vista, amadas lectoras mias, tengo que volver á la clase media, á fin de bosquejar el resto de su existencia.

con rasgos breves, por más que sean demasiado duros y enérgicos.

Muy pocas palabras dedicaré ya á la educacion que da á sus hijas desde los doce años, la fraccion de la clase media que se llama *chapada á la antigua.*

Muchas de estas niñas se casan á los catorce años, porque, como en su casa reina la más severa economía, por lo regular no carecen de bienes de fortuna.

Danles generalmente por esposos, amigos antiguos de sus padres, que pueden ser muy bien sus abuelos, porque los autores de sus dias temen á los jóvenes del mismo modo que al fuego, como si ellos hubieran nacido viejos ya.

Sucede algunas veces, que si la muchacha tiene el valor suficiente, se verifica en el seno de la casa una representacion á lo vivo de la célebre comedia de Moratin, *La Mogigata;* nunca falta un estudiante en la vecindad que le preste libros y que le dé conversacion, miéntras sus padres duermen la siesta: y de más de una sé yo, que ha huido con el amante ignorado el dia mismo señalado para la boda con el candidato presentado por los padres, quienes encontraron á su hija, despues de mucho tiempo, casada con un hombre indigno ó perdida para siempre.

Si la índole de la jóven es dulce, tímida y paciente, se representa *El Sí de las niñas;* pero con

la diferencia de que el vetusto amante no es tan noble como el de *Paquita*, ó no tiene el talento y el mundo que aquél, y deja consumar el sacrificio.

Si estas mujeres quedan viudas en una edad lozana, como es lo más probable, ¡Dios sabe el ejemplo que dan á sus hijas!

El férreo y abrumador disfraz de la hipocresía cae de repente á sus piés, y aunque no vuelven á vender su libertad, gozan por completo del mundo, cuya entrada han comprado con la muerte de las tres personas que deben ser lo más caro para una mujer: sus padres y su esposo.

Esas mujeres son las que, por lo regular, educan á sus hijas *á la moda*, no pudiendo resolverse á seguir el método que con ellas emplearon sus padres, sin reflexionar que las hacen más infelices si cabe, y que ellas mismas se labran su desdicha, pues en su ancianidad cobran en desvío y abandono, cuantos mimos dieron á sus hijos durante la niñez.

En cuanto á las jóvenes que reciben la educacion *elegante*, concluyen por casarse, despues de muchos trabajos, con un oficial de ejército, con un empleado de corto haber, ó con un literato; es decir, con ocho ó diez mil reales de sueldo, si se casa con alguno de los dos primeros, y con un caudal de... esperanzas é ilusiones si da su mano al hijo de Apolo, todo lo cual no basta, ni con mucho, para pagar las cuentas de la modista y bordadora.

Lo que pasará en el interior de la casa, no bien se eclipse la luna de miel, lo dejo al buen juicio de mis lectoras.

De nada sirve que el marido sea bueno; de nada que trabaje sin descanso. Cuanto mayor sea su bondad; cuanto con más abnegacion se sacrifique, tanto más crecerán los caprichos y las exigencias de la esposa.

No há muchos dias un marido de esta clase, á quien conozco, tuvo que pedir prestados cien reales á un amigo para reunirlos á otros cien que él poseia, y comprar á su mujer un abanico que se la habia antojado.

Es de advertir que sólo habian trascurrido doce dias del mes, y que el infortunado marido no tenía esperanzas de percibir dinero hasta los primeros del entrante; á pesar de ello, se apresuró á cumplir los deseos de su esposa en nombre de la paz conyugal, segun dice, pero al mismo tiempo habla sin cesar del suicidio, como el único medio de libertarse de los sinsabores domésticos que le agobian. Sin embargo, este hombre es padre de tres niños, de los cuales el mayor apénas cuenta cuatro años.

Estos padres suelen ser los que, escarmentados de la educacion de sus esposas, educan á sus hijas con el mayor rigor, estando siempre en contradiccion directa los preceptos con el ejemplo.

Acerca de lo que de esto puede resultar no me

atrevo á hacer suposiciones aventuradas; pero sí puedo asegurar que no se conocerá en el seno de esas familias, ni el recíproco amor, que es el lazo más dulce y fuerte de la sangre, ni el sincero respeto de los hijos á sus padres, que es la base precisa de la sociedad.

Termino tan amargos cuadros, lectoras mias, con gran contento de mi parte; no más llagas por ahora: quiero ya mojar mi pluma en el bálsamo bienhechor que ha de curarlas, quiero presentaros imágenes risueñas y consoladoras, y ejemplos dulces, que redunden en bien de la educacion de vuestras hijas.

# CAPÍTULO III.

**Una madre jóven.—Ángela.—De la influencia de las flores y de la música en los niños.—De lo importante que es el que una niña se convenza del cariño de su madre.**

## I.

No voy á ocuparme ahora de la clase elevada ó de gran tono; yo creo que una madre debe educar á sus hijos con hábitos modestos, por más que haya nacido en noble y opulenta cuna, puesto que no sabe ni puede saber los golpes que la suerte les tiene deparados, ni las vicisitudes por que podrán pasar en el discurso de su vida. Tomaré, pues, por tipo á una noble señora de la clase media, que fué esposa feliz de un hombre digno y estimable, y que es hoy madre dichosa de dos jóvenes, modelos de virtudes y tan hermosas como buenas.

La historia de estas tres excelentes criaturas me la ha referido mi madre en su mayor parte; del resto he sido yo misma testigo ocular, y tal como es, voy á presentarla á mis lectoras.

La señora de Rivera habia sido educada en una

capital de provincia por sus padres, que eran en extremo rigoristas; su madre, señora de pocos alcances, casó muy jóven con un anciano hacendado, de carácter duro é irascible, quien dominó enteramente á su esposa.

En breve dió ésta á luz un niño, lo que colmó de alegría al anciano.

Al año siguiente le hizo padre de una niña; mas este acontecimiento le fué del todo indiferente.

El anciano reconcentró todo su cariño y sus cuidados todos en su heredero, que salió por desgracia, rudo, grosero y de tan escasos alcances como su madre; la educacion que recibió acabó de echar á perder su índole; su padre le mimaba con exceso ó le castigaba con extrema severidad; pero como no pienso tratar de él, le dejaré para ocuparme de su hermana.

La pobre niña, que habia sido dotada por el cielo de un alma esencialmente poética y de un corazon apasionado, fué educada con la más absoluta dureza. Dulce, sensible hasta el extremo, tenía esa encantadora timidez, que es el principal atractivo de los niños; sin embargo, por la más pequeña falta se le imponia un rudo castigo, tal como darle de golpes ó dejarla todo el dia sin alimento, y encerrada en un cuarto oscuro y plagado de ratones.

El despiadado padre era su verdugo; su madre, cuyas facultades intelectuales habia embotado totalmente el rigorismo de su esposo, tenía helado

el corazon hasta para el cariño materno; además carecia enteramente de fuerza moral en su casa, siendo, por el contrario, el primer individuo de la familia que se sometia servilmente al despotismo de su marido.

Por fortuna, la hermosa índole de su hija no se amargó con el rigor. Siempre atenta á sus obligaciones, siempre dulce y solícita, sobre todo con su madre, llegó á despertar un tanto el corazon de ésta, que vió, por fin, en el amor de su hija, el único consuelo de su desgraciada suerte.

La juventud de la infeliz niña fué acompañada de contínuos dolores; apénas vestia con decencia, porque su avaro padre creia que cuanto gastase con la hija, era quitárselo al hijo; un capellan, ayo de su hermano, le enseñó á leer y escribir, á cuyas dos únicas materias se redujeron todos sus estudios, porque su padre prohibió absolutamente que se le enseñase más.

A los diez y seis años se la hacía levantar con la aurora, ayudar á las criadas á limpiar la casa y tomar parte en los oficios más bajos; luégo tenía que trabajar sin descanso con la aguja hasta la hora de comer: desde la mesa, servida sin decoro alguno, iba á las Cuarentas Horas con su madre, y al llegar á casa tomaba de nuevo la labor hasta las nueve de la noche, hora en la cual se rezaba el rosario en familia, y cada uno se iba á su cuarto.

Mas la pobre jóven ni áun cuarto suyo tenía; dor-

mia en la misma alcoba que una criada anciana y regañona, que le apagaba la luz mucho ántes de que el sueño visitase sus párpados.

Al cumplir diez y siete años, un vecino vió en la iglesia á la madre y á la hija, y quedó prendado de la cándida belleza de ésta; tomó algunos informes, y pidió su mano, que le fué otorgada sin consultar á la interesada.

El Sr. Rivera era un jóven de veintiocho años, de figura regular y buen talento; su madre, que habia quedado viuda muy jóven, le habia educado con ternura, dejando, cuando murió, un vacío, dificil de llenar en su corazon.

Su esposa—pues la jóven no tuvo ánimo para negarse á este enlace—su esposa, digo, encontró en él un amor ilimitado y un interes por su dicha que hasta entónces le habia sido desconocido; su corazon sensible, aunque tímido por el excesivo rigor que siempre habian empleado con ella, fué bien pronto de aquel hombre, que le habia dado su nombre, y que habia desarrollado ante su vista un porvenir de paz y de felicidad.

## II.

La señora de Rivera no tardó en dar á luz una niña, y su nacimiento llenó de gozo su corazon y el de su esposo, sin que ni uno ni otro dirigiesen

al cielo una queja, porque no les habia concedido un varon.

A pesar de ser muy pingüe su fortuna, resolvió la madre criar á su hija, creyendo, y con razon, que no debia negar á ésta la primera muestra de su amoroso interes.

Yo abrigo la creencia, aunque para algunos será tal vez una supersticion, de que una madre que amamanta á sus hijos, les trasmite todos sus sentimientos con el alimento de su seno.

El alma tierna y poética de la señora de Rivera, y su sensible y amoroso corazon, se reflejaban en la dulzura de sus grandes ojos garzos. Los azulados ojos de su hija adquirieron bien pronto la misma expresion: parecia que las pupilas de la niña recibian la luz de los ojos de la que le habia dado el ser, puesto que contaba muy pocos meses todavía, cuando ya se advertia en ellas una chispa de inteligencia.

Yo he anhelado muchas veces, durante el período de mi vida literaria, tener delante, para inspirarme, á un niño de grandes y azulados ojos; del mismo modo que en la primavera y estío coloco en mi mesa de escritorio un ramo de flores frescas, que dilaten mi espíritu, los grandes ojos de una criatura dilatarian mi corazon en los nebulosos dias y en las eternas noches del invierno; una mirada infantil encierra todo un poema de alegría, de pureza y de inocencia.

¡Cuánto ama una buena madre los ojos de su hija! ¡Cuán dulce es á su corazon ver descorrer sus grandes párpados cuando despierta, verlos iluminados por la alegría, verlos empapados por el dulce llanto de la infancia, que nunca llega á entristecerlos; verlos, en fin, velados por la trasparente y diáfana nube del sueño!

La señora de Rivera estimaba en mucho el dulce placer de contemplar las facciones de su hija, y miéntras duró su lactancia, se privó de toda clase de diversiones, no obstante la envidiable posicion que su esposo ocupaba en la capital de provincia donde vivian.

Ella moduló el primer acento de su hija; ella recibió su primera sonrisa, y ella formaba cada noche y cada mañana la señal de la cruz sobre la frente de esta criatura, con tanto extremo querida, como un escudo para preservarla de todo mal.

Algunas madres tienen á la cruz una devocion llena de ternura, y yo he visto muchas veces á la señora de Rivera hacer la señal de la cruz sobre el lecho de su hija dormida, á pesar de que ésta cuenta ya diez y ocho años.

Despues de la proteccion de María, la proteccion de la cruz es la que más ternura inspira á una madre de corazon tierno y amante.

No obstante el apasionado amor que la señora de Rivera profesaba á su pequeña Ángela, jamás

obtuvo ésta una de esas condescendencias que se llaman *mimos*.

Desde los primeros meses de su vida, la acostaba despierta en la cuna, siempre á una hora regular y constante, y la mecia al compas de una canturia, dulce y melancólica como su corazon, reposada y serena como su alma.

Cuando el sueño cerraba los anchos y trasparentes párpados de Ángela, aproximaba su madre á la cuna un veladorcito; cubria la luz de la lámpara que ardía sobre él con una gasa verde, y se sentaba junto á la cuna en una silla baja, tomando su bordado, que interrumpia de vez en cuando para contemplar á su hija dormida.

Entónces una lágrima de felicidad humedecia las largas pestañas de la jóven madre, cuyo nombre de pila creo no haber dicho todavía, y que no quiero omitir, en gracia de la poesía y dulzura que encierra. La madre de Ángela se llamaba Magdalena, y aunque su pensamiento primero fué llamar con el mismo nombre á su hija, prefirió luégo ponerla bajo la proteccion de *María de los Ángeles*.

## III.

Para presentaros, mis amadas lectoras, del mejor modo posible el delicioso cuadro que ofrecian madre é hija durante las largas veladas del invierno que siguió al nacimiento de Ángela, no

hallo medio mejor que repetir las palabras con las cuales tantas veces me lo ha pintado mi madre.

«Nada más encantador—me decia—que ver la dulce y simpática figura de Magdalena, colocada como un ángel de paz junto á la cuna de su hija; aquel invierno, que por cierto fué bien cruel, tenía yo un indecible placer en ir todas las noches á su casa, porque era la amiga más querida de Magdalena, y la única persona admitida en el lindo aposento donde velaba el sueño de la niña.

»Figúrate, hija mia, una salita cuadrada, amueblada con sillas y canapés de limonero, y dos consolas de la misma madera, que sostenian otras tantas lunas de regular tamaño, engastadas en sencillísimos marcos.

»Sobre las mesas, y en dos bonitas copas de porcelana de Sevilla, dos ramos de esas pálidas flores de invierno, que, no obstante, son tan gratas á la vista; en las puertas y balcones, cortinas de damasco amarillo, antiguo, pero cuidadosamente conservado; sobre el pavimento una estera alfombrada de gracioso dibujo, y en el centro de la estancia una copa antigua de bronce llena de rojas ascuas.

»Un poco retirado de la copa estaba colocado el velador de cedro, tambien de anticuada forma, y regalo de la madre de Magdalena á su hija; la anciana le habia usado siempre para leer sus devociones y colocar encima sus libros de rezo.

»El velador contenia un jarron etrusco con otro ramo de flores, un álbum, un libro y útiles de costura.

»Frente á él, y colocadas entre las dos consolas, se veian dos jaulas doradas, prisiones de un lindo canario más dorado que ellas, y de un colorin de vivos matices. Las avecillas, sin miedo á la luz artificial, lanzaban de vez en cuando un armonioso trino, cuyas notas caian en la sala como las cuentas desgranadas de un largo collar.

»Inmediata al velador estaba la cuna de caoba, cubierta con cortinas de muselina blanca, y cuyas sábanas y almohadas habian sido bordadas por Magdalena; acostada en ella dormia Ángela, y su rostro infantil se destacaba blanco é inocente cercado por los encajes de su gorrito.

»Tocando á la cuna, estaba colocada la silla de Magdalena.

»Llevaba ésta casi siempre un traje de merino lila, bordado con trencillas del mismo color en la delantera y en el talle, cuyos graciosos contornos señalaba con una perfeccion maravillosa; un cuello blanco y liso y unas mangas correspondientes completaban el atavío, tan sencillo como elegante, de la jóven madre.

»La luz de la lámpara reflejaba dulcemente en las gruesas trenzas de sus cabellos castaños, y en su blanca frente, que revelaba en su admirable pu-

reza la serenidad de su alma y el candor de sus diez y nueve primaveras.»

Callaba mi madre, absorta en el dulce recuerdo de aquel hermoso cuadro, sin pensar en que ella, durante muchos años, habia ofrecido á sus amigos un espectáculo igual. ¡Admirable modestia la de las almas buenas y sensibles!

«Te aseguro, hija mia, continuaba tras un corto silencio mi buena madre, te aseguro que las facciones de Magdalena estaban revestidas entónces de un encanto que yo no sé explicar; cuando fijaba sus grandes ojos garzos en el semblante de su hija, la sensibilidad y el amor materno esparcian en sus miradas una celeste luz; su linda boca sonreia como extasiada, y por fin una lágrima de amor rodaba por su mejilla, é iba á caer en su blanca y afilada mano.

»Más de una vez, durante esas serenas veladas, ví despertarse á la pequeña Ángela; pero en lugar de llorar y chillar como hacen casi todos los niños, fijaba sus azulados ojos en el hermoso semblante de su madre; ésta mecia la cuna suavemente, depositaba un beso en la frente de su hija, y los ojos de la niña se cerraban con lentitud, al mismo tiempo que sus labios se entreabrian con una sonrisa dulcísima, cual un rayo de luna, como para dar gracias á su madre por su presencia.

»En provincias, las gentes se recogen temprano; á las once me retiraba yo, y Magdalena dejaba

su bordado por un tomo de las meditaciones de Lamartine, ó por una novela de Mme. de Genlis ó de Mme. Staël; cuando daban las doce, trasportaba la cuna á su alcoba con ayuda de su doncella, y la colocaba junto á su lecho; en seguida se hacía desnudar y despedia á la doméstica.

»Poco despues entraba su esposo, besaba amorosamente á la madre y á la hija, y se retiraba á su cuarto.

»Entónces Magdalena se arrodillaba al pié de la mesita de altar que habia inmediata á su lecho, y apoyando sus manos cruzadas en la cuna de Ángela, rezaba fervorosamente las oraciones de la noche, pidiendo á Dios que le conservase la vida de su esposo y la de su hija.»

## IV.

De este modo pasó el primer año de la vida de Ángela; al cumplirse conocia á su madre en el roce de su vestido y en el leve ruido de sus pisadas; igualmente adivinaba la llegada de su padre en el sonido de la campanilla, y cuando éste cantaba vistiéndose en su cuarto para salir, los labios de la niña sonreian con una extraña expresion de felicidad y bienestar.

El señor Rivera, que era excelente músico, se habia constituido en maestro de su esposa, quien hizo en poco tiempo rápidos adelantos; los dos es-

posos pasaban las noches calurosas de estío junto á su piano cantando, ó bien Magdalena bordaba, en tanto que su marido leia en voz alta los versos de nuestros mejores poetas, que en su boca y realzados por su acento sonoro y reposado, tenian un encanto singular.

Ángela, acostada en su cuna, se dormia al arrullo de la poesía y de la música, y entre el perfume de las flores que llenaban el aposento de su madre, en el cual estaba colocado su lecho infantil, iluminado por la luz de la luna: desde que cumplió los ocho primeros meses no habia ya que mecerla, y muchas veces, al acabar de cantar su madre una pieza de Bellini ó de leer su padre una poesía de Melendez, se volvian ámbos, y veian cerrados por el sueño aquellos ojos, que algunos minutos ántes brillaban como dos estrellas.

A las ocho de la mañana saltaba Magdalena de su lecho, se echaba una bata, y su primer cuidado era tomar á la niña de su cuna, donde gorjeaba tranquilamente, ó lloraba, cansada de su postura. Si lo primero sucedia, vestíala su madre entre caricias; si acontecia lo segundo, guardaba silencio, y no le daba siquiera un beso.

Pero en este caso, Ángela echaba pronto sus brazos al cuello de su madre, y clavaba en ella sus grandes ojos, como admirada de su seriedad.

—Hoy eres mala, Ángela; has llorado mucho, decia Magdalena.

Y la niña doblaba su cabeza como ruborizada, y una lágrima brillaba en el espléndido y diáfano azul de sus pupilas.

—¿Llorarás mañana, hija mia?

—¡No, no! se apresuraba á contestar la pequeña Ángela con un movimiento de su rubia y rizada cabeza.

La madre cubria entónces de caricias á su hija, y era muy raro que ésta llorase al dia siguiente; si lo hacía, Magdalena se volvia sorda hasta las ocho, que era la hora de vestirla; cuando la sentaba en sus rodillas se repetia la misma leccion del dia anterior, segura de que así grababa en su alma la saludable idea de que toda falta lleva su castigo, y de que el arrepentimiento y el propósito de la enmienda traen consigo un perdon consolador.

Jamás hizo sonar en los oidos de la niña la dura frase de, *no te quiero*. Aquella hermosa y noble jóven queria conseguirlo todo de su hija por la persuasion y el cariño, y era imposible que negase un sentimiento que llenaba su corazon.

Las criaturas que se acostumbran á oir estas duras y absurdas frases—*no te quiero*, *porque eres mala*—llegan á familiarizarse con ellas, y tienen en poco el amor de sus padres cuando se les hace creer que por una leve falta se les arrebata, y cuando se les devuelve, sin que nada hayan hecho de su parte para reconquistarlo, y sólo con que medie un corto espacio de tiempo.

Ese dulce y sagrado sentimiento jamás debe ser profanado; una buena madre debe persuadir á su hija de que el amor materno nunca puede faltarle; debe convencerla de que este amor será su escudo en todos los peligros, su puerto de salvacion en todas las tempestades de la vida. De otro modo, ¿cómo ha de tener confianza en ella? ¿Cómo le confesará sus faltas, si teme el desamor de la que ha de oirlas, como una consecuencia precisa é inevitable de su confianza? ¿Cómo ha de amar la mano que continuamente la amenaza?

Madres de familia, escuchad el ruego que os dirijo en nombre de vuestra dicha y por el bien de la humanidad entera. No digais jamás, ni áun chanceándoos, á vuestros hijos: *¡no te quiero!* No destruyais con esas palabras imprudentes el dulce y santo lazo de amor que Dios mismo formó.

¿Hay acaso alguna entre vosotras que no esté dispuesta á dar cien veces su vida por la hija de sus entrañas? ¡No! Pues entónces, ¿á qué mentir á vuestro propio corazon? ¿A qué desear que esas niñas tengan en poco el bien mayor que podeis darles? Porque, no lo dudeis, á fuerza de oiros repetir esas palabras las escucharán con indiferencia, y segun el temperamento y la índole de cada una, perderán la fe que debe inspirarles vuestro amor.

Por malas, por indómitas que sean, en ninguna ocasion les hagais escuchar palabras duras é injuriosas. Castigadlas severa, pero dignamente; si las

rebajais á sus propios ojos, si las haceis perder el sentimiento de su dignidad, ¡ay de vosotras! ¡Ay tambien de ellas y de sus hijos!

Siempre que he oido decir ó he leido que hay padres que maldicen á sus hijos, un estremecimiento de horror ha recorrido todo mi cuerpo, y mi corazon ha suspendido medroso sus latidos. Y sin embargo, yo no creo que haya un padre ó una madre que, por muy irritado y ofendido que esté, consienta en llamar sobre la cabeza de su hijo la cólera de Dios; no, no creo que tales padres existan; prefiero creer que la maldicion paterna es un recurso que se emplea en el drama ó en la novela para conmover el alma fria de los lectores ó espectadores escépticos; y áun concediendo que haya padres que se cieguen hasta ese punto, que haya madres que olviden de este modo su sagrada mision sobre la tierra, creo que Dios será más piadoso, y no lanzará su anatema sobre la cabeza del pobre sér que ha sido rechazado por sus padres con tan bárbara crueldad.

La severidad, la dureza en los modales, crecen insensiblemente, y una madre no debe romper jamás el dique de su propio decoro, que, una vez olvidado, nunca se vuelve á recobrar. Por una culpa de poca consecuencia, falta á la consideracion que su hija tiene derecho á esperar de ella; cree que no hay energía en su lenguaje si no prorumpe en injurias, y lastima la dignidad de su hija hasta un ex-

tremo, que no se borra de su memoria en la vida.

Estudiad, madres de familia, el carácter de vuestras hijas. Si es dulce, tímido, melancólico, emplead la dulzura. Si es terco, simulado é insensible, mostrad entereza. Pero, cualquiera que sea su índole, dominadla por la persuasion; procurad que nunca duden vuestras hijas del cariño que les debeis, y respetad su decoro, pues este sentimiento, cuando está bien dirigido, es el móvil de todas las virtudes de la mujer.

# CAPÍTULO IV.

**Nacimiento.—Desgracia.—Ángela y Rosa.—La nueva casa.—Primera educacion de las dos niñas.**

## I.

Dos años acababa de cumplir Ángela cuando su madre le dió una hermana.

Púsole á la recien nacida el nombre de Rosa, y en verdad que nunca fué mejor aplicado, porque era tan bella, como la flor cuyo nombre llevaba.

El nacimiento de esta niña hizo peligrar la vida de Magdalena, y fué preciso, por lo tanto, buscar una nodriza, sin que la pobre madre se apercibiese siquiera de una medida, á la cual se hubiese opuesto con todas sus fuerzas, si su estado no hubiera sido tan deplorable.

Durante dos meses permaneció la jóven madre al borde del sepulcro. Su naturaleza, muy débil de sí, sucumbia al rigor de sus padecimientos, y no salia del sueño letárgico que la hacía asemejarse á un cadáver, más que para caer en un doloroso delirio.

Venció, por fin, su juventud, y tras tantos dias de amargura, llegó uno en que el Sr. Rivera vió con una alegría inmensa que los ojos de su esposa reflejaban una centella de vida.

El primer movimiento de Magdalena fué echar sus brazos al cuello de su marido. Su primera palabra preguntar por sus hijas.

La nodriza trajo á las dos á su presencia.

Ya contaba Rosa dos meses, y aún no habia recibido ni una caricia de su madre. Los ojos de la pobre enferma se llenaron de lágrimas al ver á su hija en los brazos de una nodriza; pero su natural delicadeza selló sus labios y se contentó con acariciar á las dos niñas, con igual ternura y con el mismo afan que si hubiera estado privada de su vista durante largos años.

No tardó en conocer Magdalena que la mujer á quien estaba encomendada su hija era una de esas mujeres groseras y egoistas, que tanto abundan en su clase; pero su dulzura y talento supieron vencer pronto todos los inconvenientes, si bien resignándose á un sufrimiento continuo y completamente ignorado.

Con el pretexto de descansar en lo posible á la nodriza, rogó á ésta que trasladase su cama á su misma alcoba: de este modo pudo velar por la pobre criatura, á quien el pesado sueño de la nodriza privaba muchas veces del preciso alimento. Magdalena, con una paciencia evangélica, la mo-

via suavemente para despertarla, ó ponia á la niña junto á su pecho, pudiendo Rosa satisfacer así su necesidad, sin que la nodriza despertase.

Cuando Magdalena pudo levantarse, estableció el mismo método de vida que habia tenido, y que seguia siempre con Ángela. Solamente habia la diferencia de que ántes bordaba ó leia junto á una cuna, y ahora leia ó bordaba sentada entre dos.

Ella vestia y desnudaba á Rosa, lo mismo que á Ángela: ella espió el primer acento de sus labios: ella recibió su primera sonrisa y su beso primero: ella la dormia en la cuna, con la tierna y melancólica canturia que ya conocemos; ella rodeó su cuna de flores y pájaros, y sus sueños de música y poesía.

—¿Para qué pagas entónces la nodriza? solia preguntar á Magdalena su padre, cuyo carácter grosero, díscolo y regañon se habia hecho aún más insoportable desde que la decrepitud habia sustituido en él á la vejez.

—Padre mio, contestaba Magdalena dulcemente; la pago sólo para que dé á Rosa el alimento que yo no puedo darle, mas no para que me robe el placer de cuidarla y los sublimes goces del amor maternal.

Rosa crecia hermosa y gentil. Así como Ángela era un retrato de su madre, con sus dulces y rasgados ojos garzos, sus rubios rizos y su blanca tez,

Rosa copiaba las facciones de su padre, en sus grandes ojos azules-oscuros, sus negros y rizados cabellos y su tez morena y animada: ámbas niñas tenian la nariz linda y delicada, la boca diminuta, inocente y risueña, bien arqueadas las cejas, y largas y ensortijadas las pestañas; sus frentes eran nobles y elevadas, y sus manos y piés, esa doble muestra de buen linaje, como dice Alejandro Dumas, hijo, llevaban el sello de una perfeccion exquisita.

## II.

Un inesperado disgusto aquejó de súbito al esposo de Magdalena; púsole pleito un pariente suyo, sobre unos bienes vinculados, que formaban casi su fortuna entera; pero el Sr. Rivera, que tenía un alma muy noble, ocultó su dolor á todos, y en particular á su esposa, por ser la persona á quien más amaba en el mundo.

No obstante, el pleito seguia sus eternos y complicados trámites, y Rivera, empeñado ya su honor, vendió una de las dos fincas que constituian el dote de su mujer para subvenir á los gastos que se originaban, y litigó con teson durante seis meses.

Entre tanto las dos niñas crecian y se hacian cada dia más lindas: pero en los ojos de Rosa habia ido apareciendo una chispa de malicia y travesura, que hacía un singular contraste con el angélico

candor que se retrataba en el rostro de su hermana.

Sus caractéres eran tambien enteramente opuestos.

El de Ángela era dulce, reposado y demasiado melancólico. El de Rosa travieso, turbulento y un tanto terco. La una buscaba con ánsia las caricias de su madre, y su mayor delicia era tener apoyada su cabeza en el seno de Magdalena miéntras ésta leia. La otra huia del regazo materno para jugar con el gato y tirar de los largos rizos de su hermana.

Así pasaron los seis meses que duró el pleito, que al fin perdió Rivera, saliendo además condenado en costas, para cuyo pago tuvo que vender la última finca que le quedaba del dote de su esposa.

No bien se hubo sentenciado el pleito, cuya vista presenció el marido de Magdalena, salió éste del tribunal, y se dirigió á su casa vacilante y trastornado. Llevaba el cabello erizado, y cubierta la frente de sudor, y su respiracion era entrecortada y jadeante como el estertor de un moribundo. Subió lentamente al cuarto de su mujer, y apoyándose en el marco de la puerta, soltó una lúgubre carcajada.

Era estío.

Magdalena trabajaba sentada junto á un balcon, abierto y entoldado de flores. Ángela, sentada á sus piés, deshojaba un clavel. La pequeña Rosa, vestida ya de corto, jugaba con un grueso mastin,

que habia comprado Rivera para que fuese el amigo de sus hijas.

Estas y su madre llevaban batas blancas de muselina, asemejándose á una nevada paloma con su familia de pichones de nevado plumaje.

Al oir la carcajada seca y nerviosa de su marido, palideció densamente Magdalena, y se levantó corriendo ansiosa á su lado.

—¡Todo lo he perdido!... ¡todo!... ¡todo!... balbuceó aquél entre el ruido sordo de una insensata carcajada; y cayó desplomado á los piés de la infeliz jóven.

## III.

Una demencia pacífica, pero profundamente triste, fué postrando desde aquel dia al Sr. Rivera que no conocia á nadie más que á su mujer y á sus hijas, ni guardaba memoria de otra cosa que de la desgracia que le habia sumido en la pobreza.

Así, pues, la infeliz Magdalena supo esta desgracia por las frases incoherentes que su esposo dejaba escapar en medio de su delirio, y más tarde por las muestras de conmiseracion que la poblacion entera se apresuró á darle, al mismo tiempo que declamaba contra los manejos é intrigas del hombre que les habia arrebatado su legítima fortuna.

*La justicia*, dice Fenimore Cooper, *es la disciplina del débil y la espada del fuerte. Para los unos*

*es un escudo, y para los otros es un arma que constantemente amenaza sus pechos; en fin, la justicia es una palabra sublime en la lengua, pero una de las más equívocas en la aplicacion.*

Para la desgraciada familia de Rivera que no pudo presentar *pruebas legales* de la razon que le asistia, fué una cruel enemiga. Sólo quedaron á aquellos infortunados algunas alhajas, el poco dinero que habian ahorrado y el producto de un censo muy corto sobre una casa solar en un pueblo inmediato.

Por espacio de un mes velaron dos facultativos junto á Rivera observándole atentamente, y esperando proporcionarle algun alivio; pero al cabo de este tiempo se despidieron de Magdalena, declarando que ante aquella terrible perturbacion mental, eran insuficientes los recursos de la ciencia.

La dolorosa escena que voy á referir, y que mi madre me ha repetido muchas veces, tuvo lugar en el cuarto contiguo al del enfermo, y en presencia de los padres y del hermano de Magdalena.

Al ver ésta que los facultativos se despedian, se levantó pálida como una estatua de alabastro, pero firme y digna: abrió un *secretaire* y tomó de él dos paquetes que contenian quinientos reales cada uno, únicos que habia en el cajon.

—Señores, dijo con sentido y dulce acento, dirigiéndose á los dos doctores, que presintiendo lo que iba á suceder se miraban con aire confuso;

señores, no puedo pagar de otro modo los cuidados de ustedes por mi esposo, que ofreciéndoles la seguridad de una eterna y viva gratitud; hay ciertos beneficios que sólo á Dios le es dado recompensar.

Tembló la voz de Magdalena al pronunciar estas palabras, y dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus blancas mejillas.

Los dos médicos se inclinaron profundamente para ocultar la emocion que se retrataba en su semblante.

—Ahora, prosiguió Magdalena con voz serena, suplico á ustedes que admitan esta pequeña muestra de mi agradecimiento, no como una recompensa, sino como una memoria mia.

Los médicos retrocedieron excusándose noblemente á tomar el dinero.

Al ver que lo rehusaban, la palidez se hizo más intensa en la frente de la jóven.

—Entónces, dijo sacando de su dedo anular una sortija de diamantes y otra de rubíes, únicas que se veian en sus manos; entónces, señores, espero de ustedes que me harán el favor de usar estas sencillas joyas, muy caras para mí, por haber sido dádiva de mi esposo.

Los dos doctores tomaron las sortijas, eligiendo el más anciano la de más valor: despues saludaron profundamente, y salieron de la estancia.

Habian rehusado mil reales en dinero, y se lle-

vaban doce mil en pedrería. Como éste se ven en la sociedad muchos rasgos de abnegacion y delicadeza.

Cuando hubieron desaparecido los médicos, Magdalena se apoyó desfallecida en un sillon.

—¡Hija mia! ¡qué has hecho! exclamó su madre abrazándola entre sollozos; ¡esta mañana me dijiste que contabas por todo recurso con el producto de esas dos sortijas!

—Pues de mí nada esperes, murmuró su padre levantándose: cuando te casaste, te dí tu dote: luégo le cedí la casa por entero á tu hermano, y tu madre y yo dependemos de él.

—Merecias por tu locura que te abandonase, dijo á su vez el hermano, que era un hombron de seis piés, de un abdómen colosal, y de una voz de sochantre; pero, añadió irguiéndose é hinchándose como un pavo, por compasion á tus hijas te señalaré 160 rs. cada mes.

Al oir estas palabras, se levantó Magdalena tranquila, serena y digna.

—Gracias, padre mio, por el buen deseo de usted, dijo con voz reposada: gracias, hermano, por tu oferta; pero no necesitas ponerla por obra: rehuso tus socorros, sin que por eso deje de apreciar en lo que vale tu generosa intencion.

—Pero, hija mia, ¿con qué vas á vivir? exclamó su madre acongojada.

—Tengo con qué vivir, madre mia, y además, sé

trabajar; contestó la jóven sin perder su calma dulce y llena de dignidad.

Al decir estas palabras, salió del aposento y se dirigió al de su esposo.

—¡Hija mia! ¡tú vas á perecer y yo nada puedo darte! exclamó la pobre madre que la habia seguido llorando.

—Aún puedo contar con algun dinero, y con veinte pesos que me da cada mes el censo que poseo, madre mia; repuso Magdalena.

—Pero eso es muy poco.

—No se apure usted, abrigo la certeza de que Dios no me abandonará.

Y esto diciendo, se sentó junto al sillon de su esposo, que al contemplarla, dejó ver en sus labios una sonrisa triste é idiota, pero en la cual se traslucia una expresion de bienestar.

## IV.

Magdalena empezó el arreglo de su casa despidiendo á su doncella, á un criado y á otra muchacha que estaba encargada del cuidado de las niñas. Únicamente conservó á la nodriza de Rosa y á la cocinera.

En seguida vendió algunos muebles y se trasladó á una casita, situada en un barrio muy solitario de la ciudad, y que por lo mismo adquirió por un alquiler muy módico. Redujo despues á dinero

toda la plata que poseia, excepto la necesaria para su servicio, é hizo lo mismo con algunas joyas de remoto orígen que le habia dado su madre.

Su casita, recien blanqueada, carecia hasta de balcones: sólo dos ventanas, cerradas con dos persianas verdes, se abrian encima de la puerta de entrada: las dos restantes daban á un jardincillo cuadrado, en cuyo centro se alzaba una frondosa higuera con toda la majestad de sus muchos años.

Una parra y una madreselva, plantadas al pié de las ventanas, les daban cortinas de flores, verdor y algunas uvas.

En la tapia de en frente habia brotado en las grietas una yedra silvestre que subia hasta el final de ella, extendiéndose allí en un lecho de trigo y de cebada verde, nacido de las semillas que se desprendian de los picos de los gorriones, calandrias y pardillos.

En uno de los ángulos más sombríos del jardin brotaba de la tapia un hilo de agua pura y cristalina, yendo á caer en un tosco lecho de piedra, entre cuyas quebraduras nacian hierbecillas y verde musgo; una canal, formada de tres tejas en declive, la hacía descender, y rodeando el jardin con un pequeño arroyo, iba á desaguar en un cauce, que la conducia léjos de aquel recinto.

Aquella casa acababa de dejarla un digno y respetable sacerdote para irse á pasar al campo la pri-

mavera y el verano. La poesía y la religion son hermanas, y la casita que he descrito con su pobre jardincillo, era lo más poético que puede imaginarse; respirándose en ella al mismo tiempo un inexplicable perfume de pureza y felicidad.

Cuando Magdalena se trasladó á ella con su familia empezaba Abril; el extremo de la tapia comenzaba á bordarse de amapolas y margaritas, y la madreselva ofrecia las primeras flores.

Magdalena instaló á su esposo en el gabinete, cuyas ventanas entoldaba la vid; hizo colocar en él algunos cuadros que representaban escenas campestres, muebles sencillos y cómodos, una enorme jaula llena de pájaros cantores, algunas macetas de plantas olorosas, y su piano, del cual no quiso deshacerse.

Ella pasó á habitar con sus hijas la salita, cuya ventana entoldaba la madreselva; adornóla con colgaduras de muselina blanca, sillas de paja, una mesa de labor y un velador para tomar el té.

Una sala inmediata servia de dormitorio, y en ella se veia una cama cubierta de cortinas oscuras para la nodriza, otra velada por cortinas blancas para Magdalena, y las cunas de las dos niñas.

El comedor y el cuarto de la cocinera estaban á la parte de la calle.

Magdalena llamó á un hombre, que se encargó, por un precio muy modesto, del cuidado del jardincillo, en uno de cuyos ángulos se construyó un

sólido dormitorio de madera para *Sultan*, el gran perro, amigo de Ángela y Rosa.

Pronto cambió el huertecillo de aspecto. Crecieron en él el resedá, el sándalo, la hierba doncella con sus flores azules, y algunos rosales y jazmines. Se ensanchó algun tanto el arroyo, que una vez limpio dejó ver en su seno chinas de mil colores, y aquel reducido terreno se llenó de esos pájaros é insectos que siempre han sido amigos de la paz y la alegría.

El arroyo se pobló de ranas, los árboles de cigarras, el suelo de hormigas, la tapia de lagartijas, y en el tejadillo de la alcoba de *Sultan* formó su nido una golondrina, que cada mañana al nacer la aurora dejaba su lecho, se asomaba á mirar el jardin y sacudia su blanca túnica y su manto negro, lanzando al aire, miéntras se aseaba, su sencillo canto, terminado en un prolongado trino.

## V.

Dos meses hacía que Magdalena habitaba su nueva casa, cuando cumplió Rosa un año; el mismo dia fué despedida la nodriza, quedando la niña bajo el cuidado de su madre.

Rosa era vivaz, pero demostraba ya una gran violencia de carácter: lloraba desesperadamente por la contraccion más leve; era poco cariñosa y obstinada hasta el extremo.

Su madre se propuso corregir estos defectos en su orígen, y despues de meditar maduramente, se trazó un plan de conducta invariable.

De las dos niñas, Ángela despertaba la primera y llamaba suavemente á su madre; ésta que, desde el alba estaba al lado de su marido, acudia al momento y la vestia, sentándola luégo en la cama de su padre, que la contemplaba con una satisfaccion reconcentrada y silenciosa. El pobre loco era casi feliz, y sonreia sencillamente cuando pasaba sus descarnados dedos por los gruesos bucles rubios de su hija.

Poco despues despertaba Rosa, llorando á gritos, Magdalena se colocaba junto á su cuna y la tomaba en sus brazos si callaba al verla; si seguia llorando colérica, se dedicaba á sus quehaceres con la mayor tranquilidad; iba, venía, cambiaba el agua de los jarrones de flores, ó se sentaba á hacer labor como si no se apercibiese de los lamentos de Rosa; cuando ésta callaba, la vestía hablándola con calma; llevándola despues á abrazar á su padre, y luégo al comedor, donde, así que Magdalena vestia á su marido, tenía lugar el almuerzo de la familia.

Ángela, que ya contaba tres años, tenía la obligacion de entretener á su hermanita hasta la hora de comer; daba despues leccion de lectura sobre la falda de Magdalena, y pasaba la tarde á los piés de su padre, cogiéndole el pañuelo cuando se caia, cantándole canciones en su gorjeo infantil, ó ha-

blando con *Sultan*, que iba siempre pegado á sus vestidos, y se sentaba gravemente á su lado así que ella lo hacía en la banqueta colocada junto al sillon de su padre.

Al hacerse de noche Magdalena se sentaba á la mesa de comer y daba de cenar á sus hijas, sentadas cada una en su silla.

Rosa acababa la primera su parte, y queria meter la manecita en el plato de Ángela; pero su madre se lo estorbaba á pesar de sus lloros y gritos.

Al levantarse de la mesa acostaba á Rosa en su cuna, y Ángela la mecia, aunque no de muy buena gana; sin embargo, el carácter de esta niña era tan hermoso y angélico, que bastaba una reflexion de su madre para que se resignase á pasar dos ó tres horas oyendo los gemidos de su hermana.

La buena y previsora Magdalena quiso de este modo acostumbrarla á ser paciente y sufrida, y hacerla entender que tenía el deber de cuidar á su hermanita, y al mismo tiempo prevenir á Rosa de que su madre no era capaz de sujetarse á sus caprichos.

Ya oigo á algunas de mis lectoras que al llegar á este párrafo preguntan:

—¿Y qué hubiera hecho Magdalena si en lugar de ser su hija mayor de carácter dulce y suave hubiera sido voluntariosa é irascible como la menor?

Hé aquí la contestacion que puedo dar con toda seguridad, conociendo á Magdalena:

Si ambas hubieran sido díscolas y de mala índole, su madre las hubiera dejado llorar tranquilamente, á la una meciendo la cuna y á la otra acostada en ella, acostumbrándolas así, á la menor, á recogerse á la hora de siempre, áun contra su gusto; y á la mayor, á cumplir el deber de cuidar á su hermana.

Yo aconsejaré á todas las madres de familia que adquieran serenidad bastante para oir llorar á sus hijos durante la infancia. El llanto que les arranca el verse contrariados en sus gustos, les evita despues lágrimas muy amargas é infinitas aflicciones sin consuelo; la madre que quebrante la voluntad de su hija dispensa á ésta el más grande de los beneficios, enseñándola á vencerse á sí misma é imprimiéndola desde luégo una fortaleza muy necesaria en todas las circunstancias de la vida.

# CAPÍTULO V.

**De lo necesario que es estudiar la índole de las niñas para dirigirlas con acierto.—Los castigos de Rosa.—La buena educacion.—La tristeza de Ángela.—El nido de jardin.—Santa ó verdugo.**

## I.

Uno de los primeros cuidados de una buena y cariñosa madre debe ser estudiar detenidamente el carácter de sus hijas, para dirigir con acierto su índole, y sacar fruto de sus desvelos y lecciones.

De poco servirá que á una niña tímida y de escasos alcances se la amedrente y se la castigue con rigor, por sus pocos adelantos en las materias que se le enseñan. De poco que le acumulen lecciones y que se busquen para ella los maestros más severos. Sólo se conseguirá embotar más y más su inteligencia, y hacerla cobrar aversion á una instruccion que no comprende.

Hay organizaciones vulgares y egoistas que se manifiestan desde la más tierna niñez; á las criaturas que les hà cabido en suerte la desgracia de nacer tan funestamente dotadas, se les debe dar

con preferencia la educacion intelectual, á fin de desarrollar con la mayor latitud posible su sensibilidad, y de elevar sus pensamientos.

Cuando hablo de educacion intelectual, no pretendo aconsejar siquiera que ésta sea profunda y científica: en mi concepto, la ciencia es árida é ingrata para la inteligencia del hombre; vacía y oscura para la inteligencia de la mujer.

Yo os aconsejo, madres de familia, que enseñeis á vuestras hijas únicamente á sentir. La mujer que siente, es buena hija, buena esposa y buena madre: y para desarrollar la sensibilidad de vuestras hijas no teneis más que hacer que enseñarlas á leer, y dirigir con tino sus lecturas.

*Los cuentos á mi hija*, primero; *El almacen de niños* y *Las veladas de la quinta*, en seguida; *Las tardes de la Granja*, *El almacen de señoritas*, y *Los dias en el campo* despues, trabajarán por vosotras en su espíritu y en su corazon.

Enseñad á vuestras hijas á amar á Dios sobre todas las cosas: enseñadlas á admirar sus obras; haced que comprendan su grandeza, su poder, su eterna bondad, y serán dulces, sensibles, tiernas y agradecidas.

Dos años más pasaron Ángela y Rosa con el mismo método que ya dejé explicado.

Reducíanse las ocupaciones de la mayor, á acompañar á su padre despues del almuerzo, á leer una hora cada dia, y á mecer á su hermana, ocupacion

bastante molesta por el carácter irascible de Rosa, pero que, sin embargo, desempeñaba Ángela con una paciencia inalterable.

Las tareas de Rosa consistian en llorar casi contínuamente, mortificar á su hermana, y decir todos los dias las primeras letras del silabario sobre las rodillas de su madre, aunque de muy mala gana.

Los caractéres de las dos niñas formaban el contraste más perfecto. Ángela era cada dia más dulce y complaciente. Rosa se volvia por instantes más desenvuelta, insolente y voluntariosa.

A la primera habia que obligarla á que cesase en los trabajos que se le encomendaban, pues su celo en cumplir con sus obligaciones y su laboriosidad excesiva, alteraban su salud. La segunda era indócil, entrometida y bachillera: su espíritu de chismografía era tal, que no se podia hablar ni hacer nada delante de ella, sin correr el riesgo de que en seguida lo supiesen, no sólo todos los individuos de la casa, sino hasta las personas á ella extrañas. Mentia con el mayor descaro y serenidad: era golosa y glotona hasta el extremo; y finalmente, aunque en una edad tan tierna, apenas habia defecto que no se encontrase en ella, lo cual prueba claramente que existen criaturas dotadas de perversa índole, sin que haya contribuido á desarrollar su maldad el ejemplo de los que las rodean.

La buena y dulce Magdalena lloraba amarga-

mente su desdicha; porque, en verdad, no hay dolor más acerbo para una madre, que ver á un pedazo de sus entrañas tan funestamente dotado: pero, firmemente decidida á corregir aquel perverso é indómito carácter, pidió valor á Dios y se preparó á sufrir duras pruebas, para domar aquella fatal naturaleza.

En provincia no hay más que dos clases de colegios: ó los montados con extraordinario lujo, en los cuales se educa á las niñas *á la francesa*, género de educacion que ya he deplorado, ó los pagados por las corporaciones municipales, y dedicados á las niñas pobres, en los cuales sólo aprenden á leer, hacer calceta, y coser bastante mal.

Restan aún los de religiosas, que son, á mi modo de ver, los más recomendables, por su excelente método interior, la pureza de la moral que en ellos se enseña, y el templado rigor que se usa en su esmerada enseñanza: empero esos santos y seguros asilos sólo están abiertos para las madres que tengan bastante fortaleza para dejar de ver enteramente á sus hijas, hasta que su educacion esté terminada.

La fria y dura reja del locutorio impide que puedan imprimir un beso en sus frentes, llegando á veces el rigor de los conventos hasta prohibir las visitas de los padres, si afectan demasiado la sensibilidad de las pensionistas.

Estos colegios son ademas bastante caros por lo general.

Magdalena pensó muchas veces, durante las largas horas de sus meditaciones, en lo conveniente que seria poner á Rosa, ántes que adelantase en años, de pensionista en un colegio: pero por nada en el mundo hubiera ella consentido que tomase la *educacion francesa*, áun cuando sus recursos hubieran alcanzado á pagarla.

Repugnábanle los colegios gratuitos por la poca fe que su método de enseñanza le inspiraba, y en cuanto á la educacion del claustro, aunque quizá la hubiera preferido á otra cualquiera, le estaba vedada, porque su corazon de madre no hubiera podido consolarse de la privacion de dejar de abrazar á su hija todos los dias, y porque tampoco en medio de su pobreza, tenía medios para satisfacer sus honorarios, que, como ya he dicho, son en casi todos bastante crecidos.

Decidióse, pues, á emprender sola la educacion de Rosa, al mismo tiempo que seguia la de Ángela.

Su primer cuidado fué enseñarla á leer, para elevar aquella inteligencia depravada y rastrera, por decirlo así.

Creia, y con razon, que la desenvoltura é insolencia de la niña serian veladas por esa nube de pudor, que emana de la sensibilidad del corazon y de la nobleza de sentimientos.

Muchos dias quedó Rosa sin comer y sin almorzar durante el año, que gastando la paciencia de su madre, tardó en aprender solamente á deletrear.

Este castigo—el único sensible para ella—no era el ménos riguroso, por ser el que con más frecuencia se le aplicaba, pues aquella dulce, hermosa y poética madre habia tenido bastante fortaleza para prohibir severamente á todas las personas de la casa, que diesen á la niña el más insignificante alimento.

Dia llegó en que Magdalena hubo de retirarse á su cuarto para llorar libremente al ver á Rosa pálida y delgada, por haber estado tres dias comiendo sólo la mitad de lo necesario; pero la indócil criatura no habia querido doblegarse á aprender la letra que su madre le exigia supiese, despues de tres meses de enseñársela con una paciencia evangélica, y el castigo siguió riguroso é inalterable.

¡Oh, qué gozo tan inmenso llenó el corazon de la pobre madre, el dia en que su hija leyó balbuciente el primer renglon de su libro! ¡Con qué exceso de caricias la indemnizó y se indemnizó á sí propia de los sufrimientos que le habia costado el castigar á la hija de su corazon! ¡Con cuántas lágrimas de ternura bañó sus rizados cabellos!

Aquel dia vió Rosa satisfechos algunos insignificantes caprichos, de los muchos que diariamente

le ocurrian, y que pocas veces veia realizados. Aquel dia fué á comprar una muñeca con su madre, quien invirtió en ella el coste de una prenda de vestir que le era indispensable. Aquel dia obtuvo permiso para salir con Ángela, á pasear un corderillo blanco, propiedad de entrambas. Aquel dia, en fin, cenó sopas con leche, que eran su plato favorito.

Desde entónces Rosa, que no contaba todavía cuatro años, pareció reflexionar: no bien se levantaba, tomaba su librito y se iba junto á su hermana para que le dijese las letras que se le olvidaban: pero su índole irascible y su carácter interesado y egoista se descubrian siempre, con una claridad harto aflictiva para la pobre Magdalena

No bien la niña tomaba el libro, seguíala su buena madre al lado de Ángela, y se ocultaba para observar, sin ser vista, á las dos hermanas. Rosa, al entrar, gritaba á Ángela que ya estaba leyendo.

—Déjame sentar en tu silla.

Levantábase la niña sin replicar, y la voluntariosa ocupaba su asiento, empezando á murmurar entre dientes las sílabas.

—¿Qué letra es ésta? preguntaba dando codazos á su hermana que estaba sentada á su lado sobre la alfombra.

Ángela llevaba su manecita á la parte donde ha-

bia recibido los golpes, y luégo con un acento lleno de mansedumbre, nombraba la letra que apuntaba su hermana.

Rosa seguia murmurando durante algunos minutos, sin que Ángela se quejase de que le incomodaba para leer el monótono sonido de su voz.

—¿Qué letra es ésta? volvia á chillar Rosa avisando á su hermana con un nuevo golpe.

—¡Ay! ¡que me has hecho daño! exclamaba Ángela, cuyos grandes ojos pardos empañaba una lágrima de dolor.

—¿Me dices qué letra es ésta?

Ángela la nombraba, y entónces Rosa tiraba el libro y escapaba corriendo á jugar ó á tirar al pobre Sultan de sus enormes orejas.

Supo, por fin, leer, y su madre la dedicó enteramente á los libros: buscó para ella lecturas sencillas, fáciles y entretenidas, y no pocas veces logró verla interesada con las preciosas novelitas infantiles del canónigo Smith, ó con la amena obra titulada, *Cuentos á mi hija*.

## II.

Al cumplir ocho años, una tristeza profunda se apoderó de Ángela. Lloraba sentada en el jardinillo, durante horas enteras, y sin que nadie sospechara siquiera la causa.

Magdalena esperó, durante muchos dias, que

aquella melancolía cediese el lugar, no á la alegría que jamás habia advertido en el carácter de su hija, pero sí á la apacible tranquilidad que era ántes su habitual estado; mas la tristeza de la niña se hacia cada dia más intensa y su encantador semblante reflejó bien pronto el abatimiento de su espíritu.

Entónces su madre la siguió en sus acciones, y hasta en sus pensamientos, tardando poco en penetrar la causa de su melancolía.

Siempre que Ángela salia del cuarto de su padre rompia á llorar amargamente, siendo muchas las veces que, al mirarle, se deslizaban por sus mejillas gruesas lágrimas, sin advertir que su madre la observaba con angustiosa admiracion.

El corazon de la amable y sensible niña se comprimia con un dolor muy prematuro, atendida su corta edad, al ver el estado de su padre, que, en efecto, era lastimoso.

Hacia tiempo que la razon de Rivera se habia enervado completamente, á la vez que su cuerpo se demacraba con una rapidez, que hacia presentir que su fin estaba muy cercano.

Ángela, con el instinto admirable de su corazon, habia comprendido que en breve no tendria padre.

Magdalena, que veia llegar desde hacía mucho tiempo aquel golpe fatal, tuvo que inventar mil ardides para consolarla; relevábala de todo trabajo monótono, y procuraba distraer en lo posible su

imaginacion activa, y demasiado impresionable.

Ángela habia tomado un extremado cariño al nido que la golondrina habia formado en el tejado de la casa de Sultan; la pobre avecilla tenía allí su vivienda desde hacia seis años, y en cada uno de ellos sacaba una larga familia de polluelos, que en los inviernos llevaba consigo al África.

La primavera estaba empezando, cuando la tristeza invadió el corazon de la hija de Magdalena. La pobre niña tenía cifrado su único placer en bajar al jardinillo todas las tardes y saludar á las nuevas flores, que cada dia abrian sus cálices á las templadas brisas de Abril.

La golondrina le hacia compañía: Ángela le ponia trigo y pan en un banco de piedra, que su madre habia mandado colocar junto á la fuente, y la avecilla hacia viajes sin cesar al tejado para llevar á sus hijos el alimento con su pico.

Hermoso estaba el nido: en derredor del tejadillo, cubierto de verde musgo, habian brotado frescas y enanas hierbecillas, entre las cuales veíanse algunas coronadas por una flor. El blando lecho de los polluelos, mullido en ausencia de su madre por Ángela, estaba limpio y entretejido de amarillo heno, y de hierbas olorosas.

Entónces conocí yo á Ángela, y á pesar de ser tan tierna nuestra edad, nos amamos mucho, porque ambas teníamos una aficion igual por los pájaros y las flores.

## III.

Una hermosa mañana de las últimas de Abril, bajaron las dos hermanas al huertecillo. Ángela estaba muy triste. Su padre no dejaba el lecho hacia cuatro dias, no abria los ojos, y rehusaba todo alimento.

La pobre niña apartada del lado del enfermo por el cuidado maternal, se escapaba, sin embargo, á cada instante de la vigilancia de la criada, para entreabrir la puerta, y contemplar las desencajadas facciones de su padre.

Rosa la acompañó dos veces: empujábala por detrás con violencia, é introducia su negra y rizada cabeza, para mirar á la alcoba.

Cuando se separaba, sus grandes y atrevidos ojos estaban pensativos, y sus bellas y expresivas facciones aparecian contraidas por una dolorosa impresion.

Y era que la ternura de Magdalena, unida á su prudente rigor, habian labrado la ruda índole y los duros sentimientos de aquella niña, del mismo modo que el lapidario infatigable labra y trabaja el diamante en bruto.

Rosa sentia ya. Su alma leal estaba retratada en sus gruesas y hermosas facciones, en su franca y trasparente mirada, siempre clavada con osadía en la persona con quien hablaba, y en la impetuosidad é irreflexion de sus acciones.

Aquella niña podia decir como Sócrates:

*Yo nací con marcada propension á todos los vicios:* y como el gran filósofo, podia añadir:

*La educacion modificó mi carácter, hasta cambiarle en otro.*

La segunda vez que Magdalena vió desde la alcoba de su esposo las cabezas de sus hijas pegadas á la puerta, salió sin hacer ruido, y tomándolas una de cada mano, las condujo al jardin.

La desdichada jóven estaba pálida como la muerte, pero áun tuvo una sonrisa para sus hijas, para aquellas desdichadas criaturas que iban á quedar sin padre.

—Toma, hija mia, dijo á Rosa dándole el primer tomo de las *Veladas de la Quinta* que yo le habia llevado aquella mañana, y colocándola en un asiento de blando césped: lee este libro, donde hay muchas niñas buenas.

Rosa tomó ávidamente el libro, y se puso á leer con suma atencion.

Conociendo Magdalena que la quietud de aquélla estaba ya asegurada por algun tiempo, se volvió hácia Ángela que lloraba silenciosamente.

—¿Quieres matarme con tu pena, amor mio? preguntó la jóven sentándose, y poniendo á su hija sobre sus rodillas.

Ángela calló instantáneamente, y besó con cariño á su madre.

—Vamos; añadió ésta, sonriendo siempre, con

la dulce bondad de una santa: vamos, Ángela mia, tú has olvidado que hoy es domingo, y que la pobre golondrina espera su banquete con impaciencia.

La boca inocente de Ángela se entreabrió con una sonrisa, y sus melancólicos ojos se animaron levemente.

—En cambio, continuó Magdalena, he cuidado de traerte el trigo: toma, no quiero dárselo yo, porque deseo que siempre te esté agradecida á tí, y para esto es preciso ocultarle tu descuido.

La niña besó con gratitud la mano de su madre y dejó en ella una lágrima.

Aquellas dos criaturas se comprendian bien, porque sus almas, hermanas, eran de esas que Dios concede sólo á sus escogidos.

—Así que acabes de echar el trigo á la golondrina, hazme un ramillete, dijo Magdalena levantándose, y besando en la frente á su hija.

No bien salió del jardin, Ángela extendió el trigo en el sitio acostumbrado, y la golondrina fué á buscar el primer grano para sus hijos, que empezaron á piar aleteando gozosos é impacientes.

La golondrina hacia sus viajes con pasmosa rapidez; pero su pequeña familia aumentaba la gritería ansiosa del alimento.

De repente alzó Rosa la cabeza incomodada, pues la algazara de los pájaros la distraia de su lectura;

cogió una gruesa piedra que tenía al lado, y la lanzó al nido con toda su fuerza.

La golondrina, que en aquel momento ponia un grano de trigo en el pico de uno de sus hijos, cayó del tejadillo al suelo, dando un débil quejido, y quedó muerta á los piés de Ángela.

El cuerpo de la pobre madre fué seguido por los de sus hijos heridos de muerte tambien. Los tiernos animalitos se agitaron durante un instante, y quedaron yertos.

Ángela se puso al pronto pálida y enmudeció: luégo lanzó un agudo grito, y cayó desmayada.

Rosa, muda tambien, permaneció sentada é inmóvil; mas al ver caer á su hermana, se levantó y corrió á la puerta, llamando á gritos á su madre.

De pronto retrocedió sobrecogida. Magdalena estaba en el umbral, y su semblante profundamente alterado, le dió á conocer que habia presenciado cuanto acababa de pasar.

A una señal de su señora apareció la doméstica, que tomó en sus brazos á Ángela y la condujo á su lecho; en seguida Magdalena cogió de la mano á Rosa, que lloraba asustada, y la llevó al cuarto de su esposo.

En el jardin quedó sólo un polluelo, que piaba triste y huérfano en su abandonado nido.

## IV.

Al entrar Magdalena con su hija de la mano en el cuarto del enfermo, su padre y su madre, que se encontraban allí, salieron á su encuentro.

Un sacerdote salia con la Santa Uncion, último de los sacramentos que faltaba suministrar al moribundo, y que en aquel momento acababa de recibir.

Aun se veia sobre la mesa, cubierta con un rico tapete, el Crucifijo, ante el cual ardian dos bujías. A la cabecera estaba sentado otro sacerdote para asistir á la agonía de Rivera, que habia recobrado la razon por uno de esos prodigios que se ven todos los dias, y que ni la ciencia misma alcanza á explicar. Dios sin duda quiso despojar su alma de las sombras de la locura para llamarla á su seno.

—Vete, Magdalena, vete, dijo su padre á la jóven.

Mas ésta hizo un signo negativo, y adelantó hasta los piés del lecho.

—Ven conmigo, hija mia, dijo su madre queriendo llevársela.

Magdalena la rechazó suavemente.

—Pero esa niña... observó el sacerdote.

Nada contestó tampoco la jóven madre al ministro de Dios; pero inclinándose hasta el oido de

su hija, murmuró con acento solemne estas palabras:

—Rosa, tú has hecho morir á una madre á la vista de sus hijos... puesto que no te dolió su pena. ¡Mira ahora morir á tu padre!

La niña abrió desmesuradamente sus grandes ojos, palideció de espanto, y sus labios temblaron convulsivos.

Rudo era el choque, casi inhumana la prueba; pero aquella enérgica y poderosa naturaleza de siete años resistió á ella todavía, y Rosa clavó su absorta mirada en el rostro ya desencajado de su padre. No obtante, su alma se reveló entónces en toda su espléndida belleza. El carmin más vivo sucedia en las mejillas de Rosa á la más intensa palidez, y gruesas gotas de helado sudor corrian por su frente. No lloraba. Su corazon, prensado de angustioso dolor, se deshacia en su pecho.

De repente se detuvo su respiracion; juntó sus blancas manos, y escuchó con avidez. Habia sonado la voz de su padre.

—¡Adios... Magdalena mia!... murmuró débilmente. ¡Dios te bendiga por... tu santa virtud!

Rivera oprimió las manos de su mujer; luégo se incorporó con la ansiedad de la muerte, y divisando á su hija le tendió los brazos. Magdalena tomó á la niña y la puso en ellos.

—¡Rosa!... ¡hija mia!... ¡sé buena... para que pagues á tu madre... lo que ha hecho por mí!

murmuró el moribundo..., en tanto que la niña, blanca como una estatua de cera, le miraba con extraviados ojos.

—¡Ángela!... ¡Ángela!... balbuceó su padre.

Magdalena dejó á Rosa al cuidado de su madre, salió vacilante, y un momento despues volvió con Ángela en los brazos, inanimada todavía.

El moribundo abrió los suyos, y estrechó contra su pecho á su hija.

De pronto sintió Magdalena que el amante lazo formado por los brazos de su esposo se aflojaba, y desprendiendo á Ángela de ellos, fué á depositarla en un sofá.

—¡Ven! murmuró con ahogada voz, tomando de nuevo á Rosa y llevándola al seno de su esposo, que ya se habia desplomado sobre el lecho. ¡Ven, hija mia! ¡el último beso de tu padre le necesitas tú, para que en adelante seas buena!...

Y acercó la frente de su hija á los labios de su esposo, que los imprimió en ella, exhalando en aquel ósculo su último suspiro.

A la impresion de aquellos labios helados lanzó la niña un agudo grito; se irguió pálida y fria; luégo, como una flor tronchada por el huracan, se doblegó en los brazos de su madre, y quedó privada de sentido.

Magdalena la depositó junto á su hermana en el sofá, y volvió al lado del cadáver, cuyos ojos cerró piadosamente. Despues volvió al sofá donde

estaban sus hijas, se dejó caer de rodillas delante de aquellos cuerpos inmóviles, y dobló la cabeza, ahogada por los sollozos.

—¡Sí, gime! ¡gime ahora! exclamó su padre con ira; llora por tus hijas, cuando te has complacido en que la más pequeña presenciara la agonía de su padre. ¡Eres un verdugo!

El sacerdote, que habia oido las palabras que Magdalena dirigiera á su hija al entrar en la alcoba, y que habia espiado todos sus movimientos, se volvió hácia el anciano, así que escuchó sus imprudentes é iracundas palabras.

—¡Es una santa! dijo con tono solemne y señalando á Magdalena, que permanecia inmóvil en la misma postura.

Y en seguida volvió á ponerse de rodillas á los piés del lecho para continuar el oficio de difuntos.

# CAPITULO VI.

**Una disculpa y una explicacion de la autora. — Las estatuas del sepulcro.—El pájaro huérfano.—Madre y escritora.—La adolescencia.—Los amores de Rosa.— Música y recuerdos.— Fin de la historia.**

## I.

Si hay alguna entre vosotras, lectoras mias, á quien no le agrade que me haya valido de tipos vivientes para presentar las reglas de la educacion y los ejemplos de la virtud, yo le ruego que me perdone. He creido que sería más agradable este método, y que los séres de que hablo interesarian más que las lecciones áridas y monótonas de que pudiera haber llenado muchas páginas, pero que siempre hubieran sido de ménos importancia, ofrecidas á manera de precepto.

Un pedagogo con faldas ha sido siempre ridículo, y si el femenino preceptor está dotado, como yo, de una fisonomía apacible y de una débil constitucion, su moral, exigida severamente, no será escuchada, ni harán otra cosa sus pretensiones que

inspirar una irónica lástima. Si yo predicase la moral rígida y descarnada, y una madre curiosa quisiera conocerme, al mirar en mis ojos la misma suave ingenuidad que en los de su hija, pensaria que mis lecciones las habia escrito una persona grave y que las firmaba yo.

Recuerdo que, cuando á la edad de ocho años escribí y dí á luz mi novela *Rosa*, mi primer ensayo en este género de literatura, nadie quiso creer que fuese obra mia, no obstante ser tan sencilla como una rosa de invierno.

Yo vi á *Rosa* en mi ciudad natal, en las manos del pobre artesano, en el tocador de la elegante dama, en el pupitre del respetable padre de familia, en la cocina del campesino, y en la humilde habitacion del virtuoso eclesiástico; pero todas estas gentes, si por acaso se alzaba entre ellas alguna voz que al verme pasar decia: *Esa es la autora de* Rosa, mecian la cabeza con incredulidad, murmurando: *esa niña no puede haber escrito este libro; será obra de su padre.*

Como se ve, debí á la suerte de tener un padre dotado de talento que no fuesen más allá las suposiciones, achacando mi obra á otra persona, aunque, á decir verdad, la figura inocente de la autora alejaba todo pensamiento injurioso y atrevido acerca de ella.

¿Y sabeis, lectoras mias, cómo escribí yo la novela de que os hablo? Oidlo.

Acostábame á las diez y tenía que hacerme la dormida hasta las doce, hora en que la casa quedaba silenciosa, y todos sus habitantes entregados al sueño.

Sucedia algunas noches que me dormia yo tambien, y en vez de despertarme á las doce, salia del sueño á las tres ó las cuatro de la mañana; pero fuera cualquiera la hora en que me despertaba me sentaba, escuchaba con inquietud, y luégo me deslizaba del lecho, pasaba á otra habitacion, encendia luz, y me ponia á escribir en pedazos de papel de todas clases, tamaños y colores, porque entónces yo carecia hasta de papel!

Allí, delante de mi manuscrito, olvidaba el frio excesivo de las madrugadas de Enero. ¡Pero era tan medrosa! Cada silla se me figuraba una sombra, y cada puerta un gigante: yo rezaba una salve y pedia valor á la Vírgen, que casi siempre me le concedia.

Algunas veces se acababa el aceite de la luz que me alumbraba y se apagaba ésta, sin que yo, embebida en mi trabajo, echase de ver su agonía hasta que moria por completo.

¡Ay, Dios mio! ¡Todavía tiemblo al recordar lo que entónces pasaba por mí! Más de una vez me sucedió que, al ir á buscar la puerta de salida, puse mi helada mano en el gato dormido sobre una silla, y la angustia contuvo felizmente en mis labios el grito de horror que iba á lanzar. Más de

una vez, al inclinarse por su propio peso hácia adelante una de las largas y espesas trenzas de mis cabellos, creí que una mano se posaba sobre mi cabeza, y mi corazon, yerto, detuvo sus latidos.

Una noche, cuando más preocupada estaba yo, describiendo la agonía de Rosa, me pareció sentir ruido; era tal mi enternecimiento, que lloraba copiosamente sobre lo mismo que escribia, y en el exceso de la pena que me inspiraba la suerte de aquella niña, creacion mia, me olvidé al instante del rumor que habia percibido, y que en otra ocasion me hubiera amedrentado.

Pero, ¡oh, Dios de piedad! ¡Cuál fué mi espanto al ver reflejar una luz á lo léjos! El miedo me dió fuerzas, y despues de apagar de un soplo mi pobre lamparilla, me refugié corriendo en el balcon.

Un instante despues ví entrar á mi madre.

Acercóse ésta á la mesa en que escribia yo poco ántes; pero creyó que los papeles que en ella habia eran apuntaciones ó cuentas de la casa, y no los tocó. Luégo se acercó al balcon y lo cerró con fuerza, sin verme, á causa de la oscuridad, y sin que yo me atreviese á decir nada.

Aquella noche llovia agua helada, y yo no tenía más abrigo que mi bata. Mis piés, frios siempre, áun hallándome junto á la lumbre, estaban resguardados sólo por unas babuchas de tafilete, y aunque mi cabeza, abrasada por el insomnio y abrumada por el peso de mi cabello, sintió un pla-

cer indecible con el frio de la noche, bien pronto mis miembros quedaron yertos y paralizados. Yo recé, sin embargo, á la Madre de Dios, porque me habia salvado y habia salvado tambien mis papeles, y despues me quedé adormecida.

Al amanecer, cuando la criada encargada de la limpieza abrió el balcon para barrer el aposento, me halló inmóvil, fria y entregada á un sueño que, segun todas las apariencias, debia ser eterno.

Aquella noche de martirio me conquistó el perdon de haber escrito una novela, y *Rosa* fué terminada en las horas de recreo, con alguna mayor tranquilidad; pero en lugar de encontrar á su aparicion la recompensa de mis fatigas, sólo alcancé por premio la incredulidad general de que fuese produccion de mi pluma. Esta ha sido la razon, lectoras mias, de proponerme afirmar con el ejemplo lo que anhelo enseñar en mis escritos, y de que éstos sean, cuantas veces me sea posible, la relacion fiel y verídica de hechos positivos. Mis lecciones no pueden ser sérias, porque carecen de la autoridad que pudiera imprimirles el carácter grave de quien las da, y prefiero que sean dulces, persuasivas y que tengan el mayor carácter posible de verdad.

Por eso os estoy refiriendo la historia, triste sí, pero ejemplar y tierna de Magdalena y de sus hijas.

Voy á finalizarla en este capítulo; pero, apoyada

ya en tan saludables verdades, no temeré daros despues algunos consejos, y emitir ideas que me son propias, aunque siempre contando con la amable indulgencia, que es el distintivo más hermoso de la mujer, y que me complazco en creer reside en vosotras.

## II.

Dos meses despues de la muerte de Rivera, tres personas enlutadas se veian junto á su tumba arrodilladas, contemplando un grupo de piedra formado por dos estatuas del tamaño natural, que coronaban la losa funeraria. Aquellas tres personas eran Magdalena y sus dos hijas. Las estatuas que se veian sobre la tumba, representaban á las dos niñas.

El escultor las habia colocado arrodilladas, con las manos unidas y en actitud suplicante. Jamás las facciones de un sér viviente han sido tan divinamente reproducidas por el cincel como lo estaban las de las hijas de Magdalena: jamás se ha visto un símbolo más perfecto del cariño filial.

Despues de un rato de oracion fervorosa, durante la cual corrieron abundantes lágrimas por las mejillas de Magdalena, se levantó ésta, y las dos niñas la imitaron.

—Hijas mias, dijo la madre, dirigiéndose á las dos huérfanas, aunque estaba segura de que Rosa

no podia comprenderla: hijas mias, yo he gastado cuanto poseíamos en comprar ese sepulcro para vuestro padre, y ahora necesitamos trabajar para vivir.

Ángela se arrojó sollozando al cuello de su madre, y por las mejillas de Rosa se deslizaron dos gruesas lágrimas, con asombro de Magdalena, que la miraba fijamente.

—¡Ay, Dios mio! exclamó la niña; ¡cuánto siento ahora, mamá, haber sido tan mala y desaplicada! ¡No sé hacer más que dobladillos y leer, y no puedo trabajar como Ángela!

Una viva, pero dulcísima admiracion, se pintó en las entristecidas facciones de Magdalena. Por más que su esperanza maternal hubiera entrevisto un cambio feliz en el carácter de Rosa, nunca habia llegado á creer que fuese tan completo y repentino; abrazóla tiernamente, y tomando las dos niñas de la mano, volvió á su casa.

Habitaba la misma en que su esposo habia exhalado el último suspiro: el alma enérgica y tierna de la señora de Rivera no podia comprender cómo hay séres que quieren huir de los sitios postreros que han habitado las criaturas que les han sido queridas: y el odioso egoismo que tal proceder encierra, era para Magdalena repugnante y despreciable.

—¿Acaso, decia ella á su madre un dia en que ésta le exhortaba á que cambiase de habitacion,

acaso, madre mia, podré yo borrar jamás de mi alma la imágen de mi esposo, del padre de mis hijas? ¿Acaso podré olvidar que á él he debido la parte más dulce de felicidad que me ha sido concedida sobre la tierra? ¡Nunca! Esta casa me trae á cada instante los recuerdos de mi ventura perdida, y tanto ménos infeliz seré, cuanto más vivos y profundos sean esos recuerdos.

La casa, empero, sufrió alguna variacion. El cuarto de Rivera fué cerrado por Magdalena; pero todo lo que en él habia, permaneció en idéntico estado: quedó el lecho intacto, el sillon en que el enfermo se sentaba en el mismo lugar, así como la biblioteca, el velador, la sillería y los cortinajes: el gran retrato al óleo del difunto, que se elevaba sobre un divan, colocado al frente de la puerta, siguió presidiendo, severo y apacible á un tiempo, la estancia mortuoria, y sólo fueron sacados de allí la pajarera, poblada de canarios y colorines, y las flores que crecian en limpias y frescas macetas. Pero las flores y los pájaros fueron colocados en la estancia de Magdalena, que experimentaba un íntimo y melancólico consuelo al escuchar los dulcísimos cantos que tantas veces habian alegrado el oido de su esposo, y al sentir los suaves perfumes que él aspiraba con tanto placer.

El choque violento que Magdalena hizo sufrir á Rosa, obligándola á presenciar la agonía de su padre, cambió enteramente el carácter de la niña. Su

precoz y despejada inteligencia y la vivacidad de su carácter, la hicieron recibir de lleno aquella ruda prueba, excitando en ella todas las fibras sensibles que yacian embotadas por su índole fogosa, indómita, rebelde y egoista.

El cambio fué tan radical como provechoso. Su robustez, unida á la gran actividad que le prestaba la vivacidad de su imaginacion, la hacian más útil que á su hermana para toda clase de trabajo. No bien la señora de Rivera ordenó de nuevo el arreglo de su casa, desplegó la niña un deseo tan grande de trabajar, y tanta aptitud para todas las tareas, que su madre no dudó en encargarle una multitud de cuidados domésticos, para los cuales estaba Ángela imposibilitada, por su delicada salud.

La señora de Rivera y su hija mayor se dedicaron con asiduidad al bordado, único recurso que hay en provincias. Rosa exigió á su madre que la enseñase tambien á bordar, y en breve pudo desempeñar la parte más fácil de la obra, con un tino y una limpieza que tenian absortas á su madre y hermana.

No obstante, Magdalena, para no violentar su natural viveza, le hacía dejar la labor á cierta hora de la tarde, y la exhortaba á que fuese á jugar; pero entónces la niña tomaba un libro y volviendo á su asiento, leia en voz alta y argentina, para distraer á su madre y á su hermana, hasta muy cerca del anochecer.

Entónces Magdalena dejaba la labor, tomaba por la mano á sus hijas, y se dirigia con ellas á la habitacion de su esposo. Allí, arrodillada á la puerta de la alcoba, rezaban durante una hora fervorosamente por aquél que tanto las habia amado en la tierra, y le pedian les alcanzase de Dios la gracia de no apartarse nunca del camino de la virtud, y de reunírsele en el cielo, cuando el sueño eterno cerrase sus ojos para siempre.

Desde aquella estancia, que era para la señora de Rivera y sus hijas un templo, Ángela y su madre pasaban al comedor para tomar un ligero refrigerio, segun se acostumbra en provincia, donde se come lo más tarde á las dos. Rosa, cuyo estómago robusto no necesitaba de tantos cuidados, bajaba al jardin *á dar de cenar*, como ella decia, á la pobre golondrina, á quien su arrebato habia dejado huérfana.

La niña habia cobrado á la inocente avecilla un extremado y tiernísimo cariño. Ella la cuidaba y alimentaba, y ni un solo dia dejaba de derramar lágrimas al acordarse de la muerte de su madre y sus hermanos, pues á este recuerdo iba unido el de la agonía y el del último beso de su padre.

Cuando en el inverno próximo la pobre avecilla abandonó el jardin para trasladarse al cálido clima del Africa, una tristeza profunda se apoderó de aquella criatura, tan insensible y egoista en otro tiempo.

—Te has divertido en hacer infeliz á tu hija, decia un dia á la señora de Rivera su vulgar y grosero hermano: afortunadamente, habia nacido con un carácter enteramente opuesto al de Ángela, y hubiera sido dichosa, á no ser por tus extravagancias, porque era incapaz de sentir.

—Hermano mio, contestó Magdalena con el acento dulce, pero firme y grave, que empleaba siempre con él; hermano mio, *yo prefiero que mi hija sea buena, á que sea feliz* (1).

## III.

El dia en que Ángela cumplió doce años, llamó la señora de Rivera á su cuarto á sus dos hijas. Ya hacía cuatro que éstas ocupaban la salita contigua á la de su madre, la cual, aunque habia sido amueblada con una sencillez tan rigurosa que rayaba en pobreza, estaba llena de gracia, de buen gusto y de elegancia.

Magdalena se hallaba sentada junto á una mesita que contenia papeles y un recado completo de

(1) En una de las relaciones de Fernan Caballero que lleva por título *Justa y Rufina*, he encontrado estas mismas palabras, en boca de la marquesa de Villamencía, acompañadas de una nota, en que el autor dice que siente no atreverse á revelar el nombre de la madre á quien oyó esta contestacion: yo la he oido igualmente en boca de la madre que encubro bajo el nombre de *Magdalena*, y su belleza me hace darla á luz tambien, áun á riesgo de que se me acuse de plagiar á Fernan Caballero.

escribir de blanca y elegante porcelana. Delante de ella habia un libro, encuadernado en pasta oscura de la más sencilla, y algo más léjos un cuaderno bastante abultado, en el que, al parecer, estaba escribiendo al entrar Ángela y Rosa.

Magdalena llevaba un vestido negro de seda, único traje que usaba desde la muerte de su esposo: un cuello, blanco y liso, hacía resaltar la suave palidez de su hermoso rostro, cuyas facciones conservaban toda la belleza de sus treinta años, y el encanto y pureza que prestan la tranquilidad de la conciencia y la serenidad del alma. Su talle esbelto y flexible estaba lleno de gracia, y aunque los pesares habian adelgazado un tanto el óvalo encantador de su rostro y sus blancas y afiladas manos, sus rasgados ojos garzos conservaban la vivacidad de su rica imaginacion, y su sonrisa la dulzura melancólica que tan poética la hacía.

Muchos y ventajosos casamientos se le habian ofrecido á la jóven viuda; mas para ella, que despreciaba de corazon á la mujer que recibe en el tálamo de su primer esposo á un segundo dueño, sólo quedaban en la tierra la tumba del hombre con quien estuvo unida, y el amor de sus hijas.

La señora de Rivera abrió sus brazos á las dos niñas, estrechándolas á la vez sobre su corazon, segun su amante y antigua costumbre, y luégo permaneció con una mano de cada una entre las suyas.

—Hija mia, dijo dirigiéndose á Ángela; hoy

cumples doce años, y voy á realizar el propósito que tenía desde el dia en que naciste, y en el cual me afirmé cuando Dios me envió á tu hermana: voy á hacerte un regalo, Ángela, á condicion de que Rosa ha de participar de él.

—¡Ah, mamá! ¿has podido pensar que yo dejaria de partir con Rosa todo cuanto tuviera? exclamó Ángela enternecida.

—Lo sé, repuso Magdalena; sé, hijas mias, que os amais tiernamente, y Dios sin duda me ha concedido esta dicha para que olvide todas mis desgracias. Aquí teneis mi regalo, añadió, tomando de la mesa el libro de que ya hice mencion; en este libro he consignado todas mis acciones, hasta que me uní á vuestro padre: este volúmen es el diario de mi niñez y de mi adolescencia, y en él están depositadas todas las lágrimas de mis sufrimientos, todas las memorias de mis escasos placeres. ¡Hijas de mi alma! prosiguió la señora de Rivera estrechando de nuevo contra su pecho á las dos niñas; si llega un dia en que alguna reprension mia os parece injusta, abrid este diario y me perdonareis mi injusticia en gracia de lo que he sufrido; si en alguna ocasion dudais de la senda que debeis seguir, quizá en él encontrareis consejos saludables que os servirán de guía en el revuelto y dificultoso camino de la vida.

Ángela y Rosa batieron alegres sus manecitas, y tomando el precioso volúmen, escrito todo por

su madre, se asieron del brazo disponiéndose á salir.

—Este manuscrito, añadió Magdalena señalando el cuaderno abierto que tenía delante, este manuscrito es la continuacion de mis memorias desde que me casé hasta hoy; el dia que os entregue á un esposo digno de vosotras, os daré una copia de la segunda parte del diario de mi vida; es todo el dote que, en medio de mi pobreza, os puedo señalar; ahora id á poneros vuestros sombreros, y vámonos á la iglesia.

Ángela y Rosa salieron saltando de gozo; empero en sus grandes y expresivos ojos se veia brillar el llanto del enternecimiento.

Al volver de la iglesia tomaron el libro de su madre; entornaron la ventana de su cuarto, y sentándose ámbas en el rincon más apartado de la estancia, dieron principio á la lectura. Aquel dia estaban relevadas de todo trabajo, por ser el dos de Agosto y la fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles: de vez en cuando alzaban los ojos del libro simultáneamente, y exclamaban con la voz embargada por el llanto:

- ¡Oh, cuán buena es nuestra mamá! . . .

. . . . . .

. . . . . .

Ángela y Rosa devoraron ansiosamente todo el libro, aquel libro que, segun la misma autora decia en él, habia sido escrito con inauditos trabajos

y ocultado con el más prolijo afan; pero desde aquel dia, todos, al levantarse las dos hermanas, dedicaban á su lectura una hora que robaban de su sueño para no faltar á sus tareas, y en breve llegaron á saberlo de memoria, del mismo modo que sabian sus oraciones diarias.

## IV.

Mi primer propósito, al hablar de las memorias de Magdalena, fué tratar, aunque ligeramente, de la ya tan debatida cuestion de si conviene ó no la literatura en la mujer: mas he pensado despues que nuestro siglo es el de las escritoras, y que necesito un capítulo especial si he de elogiar la parte buena de la literatura para la mujer y de condenar los abusos que ésta hace de ella. Concluiré, pues, en éste la historia de la señora de Rivera y de sus hijas, dejando para más adelante un asunto, que es, á mi parecer, harto grave y trascendental para ser tratado con ligereza.

La adolescencia de Ángela y Rosa fué tan tranquila y apacible como su infancia; Magdalena dobló sus cuidados para con ellas, desde que los encantos de la primera juventud empezaron á ocupar el lugar de la cándida hermosura de la niñez, y su vigilancia se hizo más tierna y exquisita, y al mismo tiempo más asidua.

Su vida era en verdad harto fatigosa, pues ma-

dre é hijas trabajaban sin descansar para poder subvenir, aunque escasamente, á los gastos y atenciones de la casa. Rosa era la más á propósito para el trabajo, por su índole activa y su robusta constitucion, opuesta en un todo á la frágil de su hermana. La generosa niña se levantaba con la aurora, presidia y ayudaba á la limpieza de la casa, que hacía una anciana criada, que tenian por toda servidumbre; despues llevaba ella misma el desayuno á su madre y á su hermana, que permanecian acostadas, oponiéndose miéntras le era posible á que se levantasen: daba de comer á los pájaros, regaba las macetas de flores, y bajaba al jardincito para cortar otras nuevas; luégo peinaba sus hermosos cabellos negros, se ponia su sencillo vestido blanco, y se sentaba á bordar junto á la ventana entoldada de madre-selva.

No bien el viejo Sultan veia desde su casita la rizada cabeza de la jóven empezaba á arañar la puerta y á gemir, hasta que la doméstica bajaba á abrirle; entónces subia con gran prosopopeya, lamia, moviendo su enorme cola, las blancas manos de la jóven, y se tendia á sus piés dando un resoplido de satisfaccion y bienestar.

Poco despues entraban en la salita de labor Magdalena y Ángela, que habian hecho ya su tocado; abrazaban á Rosa, y se sentaban á trabajar á su lado.

Ángela era una hermosa criatura, de talla es-

belta, blanca tez, grandes y melancólicos ojos, y fisonomía llena de dulzura y sentimiento. La fragilidad y delicadeza de su organismo se echaban de ver en sus formas poco pronunciadas, en su tez que ostentaba la diáfana pálidez del nácar, y en la gracia casi infantil de sus facciones, que, por otra parte, estaban muy distantes de tener una regularidad perfecta.

Rosa era más alta y corpulenta. Su tez habia tomado un ligero tinte moreno, que hacía un delicioso contraste con el sonrosado de sus mejillas, sus grandes ojos turquíes, guarnecidos y coronados de negra seda, y su profusa y rizada cabellera de azabache. Sus facciones eran más perfectas que las de Angela. En suma, la una era la belleza del alma, la ternura y poesía del pensamiento. La otra era la hermosura del cuerpo y el encanto de los sentidos.

Cuando Ángela cumplió diez y ocho estíos, los diez y seis abriles de Rosa eran la personificacion de la gracia vivaz y juvenil, y más de una vez el corazon de su madre se oprimió, al pensar en los peligros que podria traer á su hija su fresca y encantadora belleza.

Rosa era un tanto coqueta: reia de contínuo para enseñar sus menudos y nacarados dientecillos, y el dia que no salia á paseo, se sentaba junto á una de las ventanas que daban á la calle.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, entró de

improviso su madre: Rosa volvió la cabeza sobresaltada, y la señora Rivera vió á un gallardo jóven, apoyado en la esquina de una calle que hacía frente al edificio. Magdalena fijó en su hija una mirada profunda y triste, que hizo bajar la cabeza y ruborizarse á la doncella.

—Eso no está bien hecho, hija mia, dijo la madre cerrando la ventana.

Y tomando á la niña de la mano, se la llevó á otra habitacion.

Dos dias despues, uno de los amigos de su marido pidió permiso á la señora de Rivera para presentarle su hijo: accedió Magdalena, y aquella noche misma vió en su casa al rondador de Rosa.

La prudente madre le ofreció su casa cortesmente, y esperó vigilando á su hija. El jóven, que era un calavera de los muchos que abundan en la sociedad, no escaseó las visitas. Era rico, gallardo, y llevaba un nombre ilustre: cualquiera madre, en el lugar de Magdalena, se hubiera creido muy dichosa en poder dar tal marido á su hija; pero la señora de Rivera no pensaba así.

Ocho dias habian pasado apénas desde la presentacion del jóven, cuando su padre pidió á la viuda de su amigo la mano de Rosa. Magdalena se la negó con política, pero con firmeza, y rogando al pretendiente que suspendiese sus visitas, fundándose en que desde el momento que habia deja-

do de ser amigo de Rosa, para ser su amante, habia perdido todo derecho á verla.

Padre é hijo se retiraron muy irritados, por lo que llamaban un desaire. Desde aquel dia, Rosa perdió el color y el sueño. Sus ojos, enrojecidos é hinchados, patentizaban que pasaba largas horas entregada al llanto, pero ni una queja se escapó de sus labios.

Ángela dejaba por las noches su lecho, se sentaba á la cabecera del de su hermana y la consolaba, llorando con ella cuando no podia lograrlo.

Así pasaron algunos dias. De repente las mejillas de la jóven se animaron de nuevo, pero en lugar de ser con el colorido de la salud, fué con el bermellon de la fiebre; parecia agitada, y acabó de perder el apetito y el sueño.

Llegó un dia, sin embargo, en que rendida de fatiga, se adormeció en el sillon de su madre. Media hora hacía que duraba su sueño, cuando Magdalena, que la habia observado, entró con lento paso, cerrando tras sí la puerta. La señora de Rivera tocó su frente abrasada y luégo besó sus mejillas descoloridas y sus hinchados párpados; despues apoyó su mano en el corazon de su hija, y contó con ansioso cuidado sus latidos. En aquel momento los labios de la jóven se agitaron, dejando escapar estas frases entrecortadas por suspiros:

—¡Abandonar á mi madre... y á mi hermana!.... ¡Oh! ¡Es demasiado terrible el sacrificio!

La desdichada madre palideció intensamente y llevó su mano al corazon al mismo tiempo que de sus ojos brotaba un raudal de llanto; pero atenta sólo con esa santa abnegacion de las madres á aliviar á su hija, desabrochó el corpiño que oprimia el agitado pecho de Rosa. Una carta cayó al suelo. Levantóla la señora de Rivera y la leyó. En ella avisaban á la jóven que se preparase para un depósito judicial que tendria lugar dentro de dos dias. La carta estaba firmada por el desairado amante y por su padre.

Una amarga sonrisa plegó los labios de la desgraciada Magdalena.

—¡Y es éste, exclamó, el hombre, que durante veinte años ha dado la mano de amigo al padre de esta niña! ¡Oh! prosiguió elevando una mirada de súplica al azulado cielo; tú, esposo mio, que tan amante fuiste de tus hijas, inspira á esta mal aconsejada criatura desde ese asiento de gloria, que te conquistaron tu virtud y tu martirio!....

La señora de Rivera colocó de nuevo la carta en el seno de Rosa, abrochó su corpiño, y despertándola suavemente. salió con serenidad de la estancia. Diez minutos despues volvió á entrar en ella como quien ha dejado algo olvidado. Rosa leia aquella carta acaso por la octava vez, y las copiosas lágrimas que corrian de sus ojos regaban el escrito. Al ver á su madre, quiso ocultarle, mas la señora de Rivera alargó la mano con imponente calma.

—Rosa, dame esa carta, dijo.

Alargóla la niña temblorosa, y Magdalena la leyó, como si no la conociera.

—Hija mia, dijo despues devolviéndosela, yo me opongo á que te unas á un hombre que no puede hacerte feliz; ahora vé á encerrarte durante dos horas en la habitacion de tu padre, y cuando salgas de ella, ven á participarme lo que te dicte tu conciencia.

Era de noche ya. Rosa, conmovida por la blandura de su madre, besó llorando su mano, y tomando una luz, se encaminó al cuarto mortuorio, cuya llave le habia entregado Magdalena. Al llegar allí, se arrodilló delante del retrato, y elevó sns manos cruzadas pidiéndole perdon por el delito de abandonar á su madre y á su hermana, miéntras que dos raudales de lágrimas regaban sus pálidas mejillas.

De súbito oyó la voz de su hermana, que cantaba una melodía dulce y tierna acompañándose con el piano. Aquella música habia sido compuesta por el señor Rivera para su esposa, cuando daba á ésta lecciones de música.

La voz de Ángela se elevaba sonora y pura como la de un ángel. Era el eco de su alma santa é inocente.

El dolor, que traspasaba el corazon de Rosa, dió lugar, al escuchar aquella música, que tantas veces la habia adormecido en su infancia, á una

sensacion benéfica y dulce: levantóse lentamente la jóven, y se aproximó más al retrato de su padre, que le pareció se sonreia con ternura. Todos los recuerdos de su infancia, todo cuanto habia hecho sufrir á su buena madre, se representó entónces en su imaginacion con extraordinaria viveza.

Luégo, la sagrada memoria de la agonía de su padre coronó todos estos recuerdos: oyó su voz moribunda, que en aquel mismo sitio le habia mandado fuese buena para con su madre, y todos aquellos tiernos y melancólicos pensamientos regeneraron su corazon, y disiparon la venda fatal que oscurecia su razon, en tanto duró aquella tierna y poética melodía. Cesó por fin ésta; y Rosa alzó su bella cabeza radiante de una expresion sublime.

—¡Gracias, padre mio! exclamó levantándose: ¡gracias por haberme inspirado desde el cielo! ¡No tendrás que acusarme de ingrata el dia que nuestras almas se reunan á los piés de Dios!

Rosa enjugó sus lágrimas, imprimió un beso en las ropas del lecho, y salió de la estancia. Volvia curada á los brazos de su madre y de su hermana, que la recompensaron con caricias todas las penas de su amor.

Magdalena comprendió, con la exquisita delicadeza de su alma, que la persuasion conseguiria más que el rigor en el carácter impetuoso de su hija, y todos sus remedios se redujeron á despertar los recuerdos de Rosa, con el canto dulce de su

hermana y con la influencia de su estancia en el aposento de su padre.

Aquella mujer, modelo de esposas y de madres, hizo un templo del aposento de su esposo, donde sus hijas buscaban consuelo á sus aflicciones, en vez de recibir en él á otro sér que arrancase de su corazon el dulce recuerdo del compañero de su juventud.

## V.

Seis meses despues de estos sucesos y ántes de cumplir diez y nueve años, Ángela casó con un jóven hacendado, de gallarda figura, esmerada y sólida educacion y heredero de un ilustre nombre. El mismo dia de su casamiento, la señora de Rivera cumplió su promesa, dando á su hija una copia de la segunda parte de sus memorias.

Estas contenian su vida de esposa y madre, y es bien cierto que si Ángela necesitase de lecciones para ser un modelo de todas las virtudes, en ninguna parte como en sus páginas podria encontrarlas.

Rosa acaba de cumplir diez y ocho años y vive con su madre. Aún habitan ambas la casita en que su padre rindió el último aliento. Aún están las ventanas entoldadas de parras y madre-selva. Aún vive Sultan, cuya obesidad ha llegado á ser monstruosa. Aún conserva el jardin su vieja higuera que se carga de fruto en el estío, sus margaritas y amapolas, su hiedra y su arroyuelo, y en el tejado de

la vivienda de Sultan se ve todavía el nido de golondrinas renovado cada año, y que ya ha sido cuna de muchas generaciones de polluelos.

Rosa va á casarse con un jóven pintor, con el cual es probable que venga á residir á Madrid. Su madre es la primera en darle fuerzas para esta dolorosa separacion, repitiéndole de contínuo estas palabras:

—La primera obligacion de una buena esposa, es no separarse del hombre que ha elegido por compañero.

Ángela es madre de una niña que lleva el nombre de la señora de Rivera y que se parece á Rosa. La jóven, dulce y poética madre está escribiendo ahora para el recreo de su hija un volúmen de cuentecillos de un mérito singular, y en cuyo estilo sobresalen la fe y la ternura.

No obstante, este libro no verá la luz, al ménos miéntras su autora viva. La única preocupacion del elevado talento de Ángela consiste en creer que la literatura de la mujer debe servir únicamente para educar á sus hijos y embellecer el hogar doméstico.

# CAPÍTULO VII.

**Diario de Magdalena.**

No puedo decidirme á cerrar la historia de la señora de Rivera y de sus hijas, sin dar á conocer á mis lectoras algunos párrafos de los dos manuscritos que contenian las memorias de aquélla.

Muy grato me hubiera sido copiar íntegros estos dos preciosos libros, que he leido con sumo detenimiento; pero razones ajenas á mi voluntad no me lo permiten, por más que, haciéndolo, hubiese satisfecho uno de mis más fervorosos deseos.

Empezaré, pues, á entresacar del que comprende desde que Magdalena cumplió siete años, época en la cual concluyó de aprender á escribir, hasta los diez y siete, á cuya edad se casó.

Las primeras hojas de este manuscrito estaban llenas de una letra gruesa, incorrecta y desigual; luégo iba mejorando, y por último, llegaba á ser limpia y perfecta, cuya circunstancia probaba los progresos de la niña en la escritura, y su extremada aplicacion.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Qué deseos tenía de saber escribir! Por fin hoy los veo realizados. Hoy que cumplo mis siete años.

»Mi padre, que siempre me regaña, dice que debia haber sabido mucho ántes. Y sin embargo, mi mano es tan pequeña, que apénas puede sostener la pluma. Pero, como asegura mi tia la monja, los padres siempre tienen razon, y mi padre la debe tener al decirme que soy desaplicada.

»¡Cuánto siento las horas que he perdido en jugar, y que debia haber empleado en estudiar y aprender! Sí, sí; de hoy en adelante trabajaré más para que no se enoje mi padre, y para ver si mi madre, que está siempre triste, se alegra un poco.

»¡Triste! ¡yo tambien lo estoy, y no sé por qué! Algunas veces me pongo á cantar, y no puedo seguir. ¡Mejor lloraría! Como no tengo juguetes, no sé con qué alegrarme. No obstante, ahora estaré mucho más distraida, porque leeré y escribiré en mi diario.

»¡Mi diario! ¡Cuánto voy á querer á mi diario! Él será como una amiga á quien cuente todo lo que haga. No sé por qué tenía yo tanta gana de contar á alguien mis acciones y mis pensamientos. Ahora los contaré á mi diario. Y para no contarle nada malo, seré muy buena.

»¿No sería una cosa muy vergonzosa escribir aquí desobediencias ó glotonerías? No, no; ántes quemaré mi diario que manchar sus blancas hojas con la relacion de acciones malas.»

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Ya se ha pasado un dia desde que cumplí siete años!...

»¡Qué pronto! Hoy he jugado dos horas en el jardin..... digo, no; me he dormido al pié de un álamo, lo ménos hora y media; primero corrí, corté flores y perseguí á una gran mariposa hasta alcanzarla.

»Juan el jardinero me decia que le pasase un alfiler por enmedio del cuerpo, y que la pusiera dentro del fanal del reloj, donde permaneceria siempre disecada. Yo no he querido..... ¡Ay, Dios mio, me dió tanta lástima! ¡Matar á un pobre animalito que ningun daño me ha hecho! Me horrorizo de ver cómo mi padre, mi hermano, Juan y hasta mi madre, que es tan buena, andan por el jardin sin cuidado de pisar las hormigas..... Yo no puedo, no puedo pisarlas..... si me pisaran á mí lloraria..... ¿las he de pisar á ellas porque no saben llorar?

»Coloqué á la mariposa en un agujero formado en el tronco de una higuera; pero ella empezó á revolotear, y como dejaba allí los colores de sus alitas, la puse en completa libertad, porque me dió

pena; despues, no sabiendo qué hacer, me senté y me dormí.

»Yo estoy siempre sola. ¡Dios mio, qué pena es estar sola! Mi madre cose siempre callada. Algunas veces la veo llorar..... ¿Qué tendrá?»

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Yo no sé qué escribir hoy; ¡mi vida es tan igual!

»Me llaman así que amanece; me visto, me lavo y me peina la criada; luégo almuerzo, y me pongo á hacer calceta.....

»Ya me canso de hacer calceta..... pero mi madre me manda hacerla, y yo no quiero pensar siquiera en que me incomoda esta labor, porque, segun dice mi padre, las buenas niñas callan siempre y obedecen.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Qué dichosas son esas niñas de la casa de enfrente! Como son dos hermanitas, pueden jugar; tienen muñecas, y las visten y desnudan, y hermosos pedazos de tela de seda para hacerles vestidos. Su mamá canta, y la mia llora, porque papá la regaña diciéndole que me da mimo. ¿Qué será mimo?

»Ellas llaman de *tú* á su papá y á su mamá, como si fueran niños como ellos y amiguitas suyas.

» ¡Qué bueno debe ser llamar de *tú* á sus padres!..... Pero el mio dice que es un gran pecado. Sin embargo, si yo le tuteara no le tendria tanto miedo, y me atreveria á confiarle todos mis pensamientos.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

« Hoy he ido á pasar la tarde con mi tia Sor Francisca en el convento de la Encarnacion. Como soy pequeña, abren la portería para recibirme, y me llevan á la sala de labor de las religiosas.

»Estas señoras creo que me aman más que mis padres. Me toman en brazos, me besan tanto, y me dan tantos dulces y bollos.....

»Mi tia me llevó á su celda.

»—¿Sabes rezar, Magdalena? me preguntó.

»—Sí, señora.

»—Vamos, reza un *Padre-nuestro* y un *Ave-María* para que yo te oiga.

» Yo empecé el *Padre-nuestro*. Al llegar á estas palabras: *que estás en los cielos*, una idea repentina me impidió pasar adelante.

»—Tia, dije, ¿á quién debo tener más respeto y querer más, á Dios ó á mis padres?

»—A Dios, hija mia, y luégo á tus padres.

»—Pues entónces, tia, ¿por qué á Dios le llamo de *tú* y á mis padres de *usted?*

»—Porque ese es el uso establecido; yo, sin embargo, no condeno que los hijos llamen de *tú* á

sus padres: Dios, que es infinitamente grande, bueno y poderoso, quiere que á él y á su Madre les llamemos de *tú*, porque él y sus ángeles han hecho las oraciones que rezamos; así, pues, no hallo una falta de respeto en llamar de *tú* á los padres, que son su imágen.

»—Tia, entónces ¿por qué mis padres no quieren que les diga de *tú*?

»—No sé, hija mia, ni quieras tú investigar los motivos que ellos puedan tener: obedece y calla, que tu deber es ese.

» Yo callé, y pasé muy bien la tarde, hasta la hora en que mi madre fué á buscarme.». . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«No he querido interrogar á mi madre acerca de lo que pregunté á mi tia; es tan buena, que parece que no tiene otra voluntad que la de mi padre, y nunca piensa en averiguar los motivos de sus órdenes. Yo, sin embargo, he pensado ya muchas veces en lo que ayer me dijo mi tia; ella, que, segun confiesan todos, es una santa, no encuentra mal hecho que una niña diga de *tú* á sus padres.

»¡Cuánto me alegraria yo de poder llamarles así! Parece que se debe decir con más sentimiento y confianza: *¡Cuánto te quiero, madre!* que no *¡cuánto la quiero á usted, madre!*

»¿Será acaso por el odio que mi padre tiene á las modas, por lo que no quiere que yo deje para

él y para mi madre el *usted?* Pero yo creo que tambien hay algunas modas buenas; ésta, por ejemplo, que viene á dar á los padres el mismo tratamiento que damos á Dios y á su Santa Madre. Tampoco quiere que diga yo *Papá* y *Mamá* como las niñas de enfrente; de eso me consuelo con más facilidad, porque Jesucristo nunca llamó *Mamá* á la Vírgen Santísima.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Hoy me ha pegado mi padre tanto, que me duele mucho la cabeza; mi madre ha dicho, en presencia de mi padre, que él tenía razon, y me ha reprendido tambien; pero despues se ha quedado sola conmigo y ha llorado y me ha abrazado repetidas veces.

»¿Qué querrá decir esto? Si merezco que me castiguen, si mi padre tenía razon, ¿por qué me abraza mi madre cuando él no está delante? ¿Si la tenía yo, si el castigo no fué merecido, por qué calló cobardemente, dejando que me maltratasen?

»Hoy es la vez primera que no me han conmovido las caricias de mi madre. Mi culpa fué leve, á mi parecer; pero quizás me equivoque yo; tomé, sin pedir permiso, un libro que leia mi hermano para ver las estampas que contenia.». . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Cuánto tiempo sin escribir nada en mi diario!

A la verdad, temo tanto que me vean, que sólo miéntras duermen los demas, me atrevo yo á escribir en él, y esto durante muy poco rato; Mariana, nuestra anciana criada, me amenaza con contarlo á mi padre, porque, como está su cama en mi cuarto, dice que no puede dormir con luz.

»¿Serán todas las niñas tan desgraciadas como yo? ¿Las regañarán tanto como á mí? ¡Oh, Dios mio! ¡yo quisiera saberlo!» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«No me dejan comer fruta, y Juan, el jardinero, que lo sabe, me va siempre detrás cuando bajo al jardin. Ayer, pues, rogué á Mariana, cuando iba á la compra, que me trajese algunos albaricoques y consintió en darme gusto, aunque de muy mala gana.

»Cuando me los trajo, se me iban los ojos tras ellos. ¡Eran tan frescos y hermosos! Tuve que darle, sin embargo, más de la mitad, temerosa de que contase á mis padres mi capricho, ó de que otro dia se negase á satisfacerle.

»Tomé los que me quedaron en mi delantal, y me senté para comerlos en una reja muy baja que hay en una salita, situada en el patio para tomar el fresco. Me restaban sólo cuatro albaricoques, y no teniendo ya gana de comer más, los iba á guardar para otro dia, cuando oí la voz de una niña que me pedia limosna.

» Mi primer impulso fué darle la fruta que me quedaba; pero pensé en el placer que tendria yo al comerla al dia siguiente, y le dije que perdonara por Dios.

»La pobrecita se alejó mirándome con tristeza, y yo corrí á guardar mis albaricoques en el fondo de una caja. Sin embargo, en todo el dia estuve tranquila.

» Hoy he ido á buscarlos no bien me levanté, y los he encontrado podridos. ¡Dios me ha castigado por mi falta de caridad!». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Al volver mi madre de misa, adonde no he podido acompañarla por estar enferma hace dias, ha venido con ella un muchacho que traia un perro enorme, con una cuerda al cuello; así que le ví eché á correr toda asustada, pero mi madre me siguió, me tomó de la mano y me hizo volver junto al muchacho y al perro.

» Este se habia sentado sobre sus patas, y me miraba tristemente con sus grandes ojos amarillos. El pobre animal estaba muy flaco y parecia muerto de fatiga. El muchacho tenía siempre agarrada la cuerda que rodeaba su pescuezo, pelado del roce.

»—Ven, me dijo mi madre; ven Magdalena, y no tengas miedo; te he traido este perro para que juegues con él y le cuides; esto te distraerá.

»—Bien, madre, contesté yo, mirando sin cesar al perro con mucho temor.

»—Mira, continuó mi madre, este infeliz animal iba á ser arrojado al rio por una turba de muchachos que se lo encontraron echado sobre un monton de basura; el pobrecito no tiene amo, y está aniquilado por el hambre; vamos, hazle una caricia.

»Yo me acerqué á él con timidez, y el manso animal empezó á lamer mis manos; luego, más animada, tomé unas tijeras, y corté la gruesa cuerda que martirizaba su cuello; entónces dió un pequeño aullido de regocijo, y siguió acariciándome.

»Mi madre dió al muchacho una moneda de plata al mismo tiempo que entraba mi padre.

»—Por qué das dinero á ese chico? preguntó con muy mal humor.

»He comprado ese perro para Magdalena, contestó mi madre con su inalterable dulzura.

»—¡Bonito es, por vida de tantos! dijo mi padre, dando un puntapié al animal.

»—Lo iban á matar, y me dió lástima, repuso mi pobre madre confundida.

»—No lo irian á matar por bueno; voy á echarle á la calle; no quiero perros en mi casa.

»Mi madre volvió la vista adonde yo estaba; grande afliccion debia pintarse en mi semblante, porque, á pesar de su timidez, se aproximó á mi

padre, y le dijo algunas palabras al oido. Mi padre salió murmurando entre dientes.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Hoy he cumplido diez años; me levanté temprano y me fuí á llamar á *Capitan*—éste es el nombre que he puesto al perro.—El animal dormia profundamente en el pajar; despertóse al momento y empezó á saltar en torno mio.

»Todavía conservo la esperanza de que me le dejen, á pesar del mal recibimiento que le hizo ayer mi padre.

»Fuí con él á la orilla del arroyo, y le lavé lo mejor que pude. Casi le puse bonito.

»A Capitan le falta poco para ser tan alto como yo; es blanco, con manchas amarillas, grandes orejas y un rabo muy largo; su cabeza es enorme, y cuando esté gordo será un perro colosal; es manso como un cordero, y siempre me está lamiendo las manos.

»Se dejó lavar, sin moverse ni chistar. Luégo le sequé con una bayeta y le llevé á la cocina.

»La buena Mariana me dió todo lo que sobró de la cena de anoche, y Capitan lo devoró en un instante. Mariana me aseguró que le iba á poner á cocer, para la hora de la comida, un puchero grande de patatas, porque me dijo que le daba pena de verle tan flaco.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Me he puesto muy mala esta tarde. Hace ya algunos dias que estoy enferma, y que no duermo ni tengo ganas de comer.

»A medida que voy creciendo me voy poniendo más triste. Ayer y hoy, sin embargo, estoy más contenta. Mi perro va siempre conmigo, me acaricia y me quiere; no doy un paso sin que él me acompañe, y cuando me siento se echa á mis piés; esto consuela la tristeza que hace tanto tiempo me consume sin saber por qué.

»Al caer la tarde, y estando contemplando los árboles del jardin, me desmayé; cuando abrí los ojos me encontré acostada en mi lecho, y á mi madre junto á mí. Capitan, sentado sobre sus patas, me miraba triste y silencioso. Por entre las cortinas de la alcoba vi á mi padre y al médico que hablaban junto á un velador, donde ya ardia una vela.

»—Esa niña, decia el médico, necesita distraccion; por eso aconsejé á su señora madre que le comprase un perro; el perro es el compañero natural de la infancia y el animal que más la distrae y que mejor se aviene con ella; usted, caballero, debe ser más indulgente y cariñoso con esa niña; su carácter es de aquellos á los cuales intimida el rigor; la criatura que nace tan pródigamente dotada de sensibilidad, dulzura y sencillez, no necesita felizmente de severidad.

»—¿Es decir, que quiere usted que le deje hacer cuanto se le antoje?

»—Casi me atreveria á asegurar que eso sería lo mejor; á Magdalena no puede antojársele nada malo.

»—No hay duda, pues, que el capricho de tener en casa á ese perrazo es muy conveniente.

»—Ella no ha exigido que le trajesen al pobre Capitan; la inocente moria de melancolía y falta de cariño, como una flor sin rocío y sin sol; no obstante, vuelvo á suplicar á usted que no tenga la crueldad de arrebatarle ese fiel compañero de sus juegos.

»—Entre su madre y usted van á hacer de mi hija una alhaja.

»El médico nada contestó; se acercó á mi cama, me pulsó, recetó una bebida calmante, y se fué despues de besarme en la frente.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Qué hermoso está Capitan! Corre y salta ya alegremente por el jardin y por el patio. Se ha hecho más grande que la ternerilla que tenemos en la torre (1). Está grueso como una bola, y todos le quieren en casa, hasta mi hermano, que ántes siempre le estaba dando puntapiés.

»¡Cuántas veces me han hecho llorar los aullidos dolorosos del pobre Capitan! ¡Pero ya nadie le pega! Él es feliz, y yo tambien. Además, estoy

(1) *Torre:* casa de campo en Aragon.

mucho mejor, cabalmente desde que puedo correr y jugar con mi perro.

»¡Es tan travieso! Cuando me ve sentada viene adonde yo estoy, me coge un pliegue del vestido, y empieza á tirar con los dientes, como diciendo: vamos, vamos á correr.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Hoy tenía muy poca gana de coser, y resolví decir que estaba mala para que me consintiese mi madre dejar la labor é irme á jugar al jardin. Sin embargo, como es la primera vez en toda mi vida que he mentido, me encontraba sumamente embarazada; en fin, me decidí, y pedí permiso á mi madre para recoger el cestillo de mi costura.

»—¿Qué te duele? me preguntó.

»—La cabeza, contesté yo algo confusa.

»—¿Sólo?

»—Y el estómago tambien, añadí, temerosa de que no le pareciese bastante pretexto mi dolor de cabeza.

»¡Mas ay! mi madre, en vez de decirme que me fuese á jugar, me mandó que me acostase, lo que tuve que hacer á pesar de mi resistencia.

»Cuando llegó la hora de comer me dieron solamente un poco de sopa, que es lo que de peor gana como siempre; no me dieron pescado, ni arroz con leche, ni un dulce siquiera de los muchos que justamente habia hoy para postres.

»Dios ha castigado severamente mi mentira, porque además esta tarde ha venido una señora vecina con su niña, que traia una muñeca muy bonita, segun me dijo Mariana, y no he podido jugar con ella, ni participar de los helados y dulces que se han servido en el refresco.

»Me he privado de mil cosas que apetezco de continuo sin poderlas lograr, y además he cometido un pecado y he ofendido á Dios.

»¡Ya no volveré á mentir!». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Qué contenta estoy! He presentado á mi padre una riquísima camisa que he cosido para él sin que lo supiera, y me ha regalado un hermoso vestido de seda y una monedita de oro de dos duros.

»He ido corriendo á ver á mi madre para enseñarle mi regalo. Capitan corria como un loco detrás de mí, tirándome de la falda.

»—El vestido lo estrenarás el domingo, hija mia, me ha dicho mi madre; y para completar tu atavío, ha añadido abriendo un cajon de su cómoda, aquí tienes un aderezo de coral, que te guardo desde el el dia que naciste, para dártelo cuando acabases con primor alguna obra de costura.

»Y diciendo esto me puso en la mano un estuchito que contenia unos pendientes, un alfiler para el pecho y dos brazaletes de coral fino engarzados en oro.

»Yo besé llorando sus manos. ¡Dios mio, qué placer tener alhajas! Son las primeras que he poseido en toda mi vida.

»—¿Quieres decirme ahora en qué piensas emplear esa moneda de oro? me preguntó mi madre; si lo deseas, te compraré con ella un abanico.

»—Como usted quiera, madre mia, contesté yo bajando los ojos algo confusa.

»—¿Pero tenias tú otra intencion?

»—Habia pensado pedir á usted permiso para emplear la mitad, es decir, veinte reales, en comprar un collar dorado para Capitan, y para dar el resto al pobre tio Mateo el tullido.

»—¡Ah, qué buena eres, Magdalena mia! dijo mi madre abrazándome; esta tarde iremos las dos á compar el collar y á dar los veinte reales restantes al tio Mateo.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

(Aquí hay muchas hojas llenas de algunos detalles tan parecidos á los que ya se conocen de la existencia de Magdalena, que creo inútil repetirlos; su vida siguió deslizándose uniforme y monótona hasta los catorce años, de cuya época voy á continuar copiando algunos párrafos de su diario) . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Qué dulce al corazon es rezar! Siempre he orado con alegría; pero desde hace algun tiempo necesito más de los consuelos que la oracion me proporciona.

»Tengo catorce años y poco más de un mes; ya sé cuanto debo saber para que mi madre viva descansada, pudiendo desempeñar á su satisfaccion todos los cuidados de la casa. Voy á escribir mi vida de hoy para acordarme perfectamente de ella, si acaso algun dia llevo otra.

»Me levanto al amanecer, y con la ayuda de Mariana barro y limpio mi cuartito, en el cual duerme ésta tambien; luégo limpio yo sola la sala de labor; despues entro á dar los buenos dias á mis padres, y me peino para ir á misa con Mariana.

»Por cierto que no me puedo peinar sola; porque mi cabello es tan largo!... Todo se me enreda; pero no tengo quien me peine, y no hay más remedio que resignarme á ello.

»En cuanto vuelvo de la iglesia almuerzo, y me pongo á coser hasta las dos, que como; cuando me levanto de la mesa voy á las *Cuarenta Horas* con mi madre; á la vuelta tomo de nuevo la labor hasta las nueve de la noche, que cenamos, y cada uno se va á su cuarto á dormir.

»Cuando entro en el mio, y miéntras Mariana y la otra criada despachan sus quehaceres, escribo un poco en mi diario el dia que tengo alguna cosa nueva que poner en él; pero mi vida es tan igual,

que algunos dias no sé qué escribir, y no le saco del cajon, donde le guardo con el mayor cuidado, para que no sepa mi padre que le tengo.

»Luégo me arrodillo ante un Crucifijo que hay en mi alcoba y rezo durante largo rato. La oracion me hace mayor bien cada dia, y me consuela de todos los dolores que sufro.

»Cuando Mariana entra y me ve rezando, se desnuda callandito para no interrumpirme, y se duerme ántes de que yo haya concluido; pero apaga la luz y me deja á oscuras. ¡Es tan egoista! Sin embargo, miéntras rezo no tengo miedo.

»Mi pobre Capitan me quiere más cada dia, y yo le pago del mismo modo.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Ayer estaba Mariana vistiéndose para salir, y empecé á burlarme de ella por su vestido negro tan antiquísimo, que parece un embudo, y por lo estrafalario de su peinado.

»Ella se me acercó llena de ira, y me pegó un fuerte bofetón.

»—Ahora, me dijo, vaya usted á quejarse á sus padres; el señor le dará sobre mi bofeton media docena más por insolente, y la señora, que es una nadie en casa, no se atreverá á castigarme por no descubrir á su esposo la desvergüenza de usted.

»En medio del llanto y de la indignacion que me sofocaban, conocí que Mariana tenía razon, y para

no dar á mi madre un disgusto, y á ella el placer de que mi padre me castigara, no tuve más remedio que callar y devorar mi afrenta. Además, por una tontería mia, me he conquistado en Mariana un enemigo implacable.

»¡Ah! ¡Hoy me he convencido de que todos los séres, hasta el más ínfimo, merecen consideracion, y de que si les faltamos á ella, nos exponemos á que nos falten á su vez al respeto que nos deben, y nos insulten por añadidura!» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Hoy he pasado todo el dia sin comer, y encerrada en un cuarto que está lleno de ratones y de arañas. Mi padre no quiere que le limpien para que pase yo mucho miedo cuando me encierren en él.

»¡Cómo corrian los ratones! ¡He creido que el terror iba á matarme! Me encerraron porque al oir los gemidos de Capitan, le abrí el pajar para que corriese un poco por el jardin.

»Mariana habia planchado anoche, y puso la ropa en unas sillas colocadas al sol, junto á la puerta de entrada. El pobre Capitan, ignorante del mal que hacía, se subió en una de las sillas, y se acostó sobre las camisolas de mi hermano, ensuciándolas todas, y rompiendo dos con sus grandes patas.

»Como el pobre ya es viejo, le va gustando más

dormir cómodamente que correr. Yo pagué su travesura, pero estoy muy contenta de haberle evitado el castigo. No obstante, me zumban las sienes, y estoy mala, sin duda de no haber comido en todo el dia.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Hace cuatro dias que no he escrito en mi diario, porque he pedido permiso á mis padres para cuidar á la hija del tio Mateo, el tullido, que está muy enferma, y he pasado en su casita cuanto tiempo me ha sido posible.

»La pobre Juana está muy mala. Le he llevado, con autorizacion de mi madre, algunas camisas mias usadas, y sábanas para la cama. ¡Pobre Juana! ¡Era tan bonita, y ahora está tan desfigurada! Nació un dia despues que yo, y sin embargo, yo la llevo medio palmo de alta. ¡La miseria y las privaciones no la han dejado crecer!» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Qué lindas jóvenes se han hecho las niñas de la casa de enfrente! Ayer, cuando salieron á paseo con su madre, no me cansaba de mirarlas. Llevaban vestidos de muselina blanca con cintas azules y sombreritos de paja, guarnecidos del mismo color de los cinturones.

»Yo soy tan alta ó más que ellas, y sin embargo no llevo más que un vestido de alepin negro, en

invierno y en verano. Ya no llevo sombrero, y me han hecho una mantilla grande, de fondo de raso, como la de mi madre. Ya no puedo ponerme el aderezo de coral que ésta me regaló; desde que se me rompió el vestido de seda, con el cual le estrené, no he tenido otro que le diga bien.

»¡Qué lástima! ¡Y es tan lindo el aderezo! pero tendré paciencia, como me aconseja mi tia Sor Francisca.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Juana ha muerto! ¡Dios mio! ¡cuánto he sufrido al verla agonizar! ¡Ni mis cuidados, ni mi desvelo, ni los cuantiosos socorros de mi madre, han podido salvarla!

»¡Mi corazon ha quedado desgarrado cruelmente!... ¡Pobre, pobre Juana!» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Dos meses hace que no he abierto mi diario. La muerte de Juana me ha sumido en un estupor doloroso. ¡La queria yo tanto! Ella y Capitan eran los únicos séres que se interesaban por mí.

»Juana me traia todos los dias un ramo de flores del huerto que cuidaba su padre; pasaba hablando conmigo dos ó tres horas y me contaba cuentos; ella arreglaba los domingos mis cabellos con un gusto y un cuidado exquisitos, del mismo modo que si yo hubiera de haber ido á lucirlos á un baile ó al paseo.

»¡Ya sólo me queda Capitan!» . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

«Ya tengo diez y seis años y medio, y mi tristeza crece cada dia.

»Sólo estoy contenta cuando bajo al jardin, y puedo sentarme á contemplar la puesta del sol, ó á mirar la luna por la noche. El cielo atrae mi alma, como si ésta fuera una hija suya que hubiese caido á la tierra, y aquél anhelase recobrar.

Capitan se puso ayer malo. Yo lo conocí en su nariz seca y ardiente y en sus tristes ojos. Mi madre, conmovida al verme llorar, y aprovechando la ausencia de mi padre y de mi hermano, mandó llamar á un albéitar; éste recetó una bebida, que Capitan no quiso probar.» . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

«Acabo de ver á Capitan. Sigue peor, y no levanta la cabeza. Al acercarme á él, sin embargo, ha abierto sus grandes ojos, me ha mirado con fijeza y luégo ha lamido mis manos.». . . . .
. . . . . .
. . . . . .

«He velado toda la noche á mi pobre perro, que está acostado en mi cuarto; mas para que Mariana se callase, he tenido que regalarle un pañuelo de seda.

»Á cada instante humedecia la nariz de Capitan

con agua fresca. El pobre animal me lo agradecia lamiendo mis manos. A pesar de estar acostado sobre dos mantas y de estar arropado con otra muy grande y gruesa, tiritaba sin cesar.» . . . . .

. . . . . .

«¡Ya ha muerto mi pobre perro!... Está tendido á mis piés, frio é inmóvil...

»¡No puedo escribir más!». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«He estado enferma, muy enferma. La muerte de mi pobre y fiel perro, de ese sér tan cariñoso para mí, me causó el dolor más hondo que he sentido en mi vida.

»Hoy he ido por la primera vez á misa con mi madre. Un jóven, vecino nuestro, que acaba de llegar de Madrid, estaba apoyado en una columna de la iglesia, y nos saludó con aire dulce y melancólico. Muy desfigurada debo estar, porque no ha separado de mí los ojos.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Segun me ha dicho hoy mi padre, nuestro vecino ha pedido mi mano, que le ha sido otorgada sin consultarme, y dentro de un mes me caso.

»¿Me alegra el casarme? No lo sé. ¿Me entristece? Igualmente lo ignoro.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Hoy he cumplido diez y siete años y me caso dentro de tres dias. Ya he visto tres veces al que va á ser mi esposo, pero siempre delante de mis padres. Parece bueno y cariñoso, y se llama Raimundo. Ya deseo que llegue la hora de verle. ¡Dios me conceda la gracia de hacerle dichoso...!» . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Oh, pobre Capitan! ¡Si vivieses te vendrias conmigo y con Raimundo, y serías muy feliz! ¡Cuánto te amaríamos los dos!

»¡Raimundo es tan bueno, tan complaciente, tan amante! Desde que le amo, mi corazon late con más libertad, y una alegría que jamás habia conocido ha penetrado en mi alma.

»¡Pobre y querido Capitan! ¡Sólo tú me faltas para que yo sea enteramente dichosa!» . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Hoy he ido á paseo con mi madre y con Raimundo. Á pesar de que sólo llevaba mi pobre vestido de alepin negro, me ha dicho que estaba linda. Despues me preguntó:

»—¿Querrás, Magdalena mia, que elija yo mañana el vestido que has de llevar al volver de la iglesia, para recibir á nuestros amigos?

»Yo le he contestado que sí, y él me ha besado la mano con ternura. ¡Qué feliz he sido paseando

con él! ¡Como yo, ama las flores y el canto de las aves! ¡Ama, en fin, cuanto amo yo!» . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Dentro de diez minutos salimos para la iglesia. Cierro este diario para empezar mañana otro.

»Este está terminado. ¡Dios mio! ¡Concédeme la gracia de que pueda hacer la felicidad de mi bueno y querido Raimundo!»

# CAPÍTULO VIII.

**Continuacion del diario de Magdalena.**

. . . . . .

«Acabo de volver de la iglesia, y todavía estoy con mi traje de boda; pero ántes de pasar al pequeño salon de mi padre, donde se hallan reunidos varios amigos, voy á escribir algunas líneas, que servirán de principio á mi nuevo diario.

»He dejado de ser niña, puesto que soy esposa. Mi inteligencia, dormida en un sueño infantil por el rigorismo de mi educacion, despierta hoy, viva y robusta, iluminada por el sol de mi amor.

»Voy á quitarme el traje negro que he llevado á la iglesia, para ponerme otro. Mi vestido de raso negro y mi mantilla de terciopelo y blondas me los ha regalado mi madre. Mi padre y mi hermano no me han dado nada; aunque el primero, con su rigurosa exactitud, está poniendo ahora mi dote en manos de Raimundo.

»Cuando volvimos á casa iba yo del brazo de mi esposo. ¡Mi esposo! ¡Cuán dulce es esta palabra!

Ella parece que me asegura para siempre el cariño y la proteccion, que nunca conocí, y que tanto ansiaba mi pobre y débil corazon.

»Todos nos miraban.

»—¡Qué guapos son!—decian.

»Y añadian luégo:

»—¡Qué lástima que ella sea tan niña y enfermiza!

»La tristeza y la soledad me han hecho débil y achacosa; sin embargo, creo que la dicha me dará fuerza y robustez.

»A mi lado, sobre un sofá, está tendido el vestido que voy á ponerme, y que Raimundo ha elegido entre los muchos que me ha regalado. Es de tul blanco con doble falda, y está recogida la segunda con ramos de jazmines; mucho dista de ser rico, pero es tan lindo, que su vista hace palpitar de gozo mi corazon.

»Por una coincidencia extraña, hoy se ha casado tambien una de mis jóvenes vecinas. Al ir nosotros á la iglesia volvian ella y su esposo con sus familias; su riquísimo traje valia un tesoro, y apénas podia sostener el peso de sus pendientes de diamantes.

»Ahora la estoy viendo desde aquí. Está acabando su tocado, ayudada de sus doncellas. Lleva un vestido de crespon de la China, blanco, recogido con ramilletes de perlas; pero yo no cambiaria su riqueza por mi dicha. Su esposo es frio, grave,

mesurado; es imposible que se parezca su carácter al de Raimundo.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Me he despertado en mi casa. No bien me he levantado, y despues de ponerme una linda bata de mañana, que he encontrado á la cabecera de mi cama, ha tirado Raimundo del cordon de la campanilla, y se han presentado á recibir mis órdenes un criado, una doncella y una cocinera.

»Mi esposo les ha exhortado á la obediencia, y á cumplir bien y fielmente con sus deberes. Ellos han ofrecido hacerlo así, con tanto respeto y sumision, que me he creido obligada á decirles:

»—Entónces de mi cuenta correrá la recompensa de ustedes.

»Raimundo me dirigió una mirada fria, y áun me atreveré á decir algo severa, que me dejó cortada.

»—Antonio, dijo despues dirigiéndose al criado; sirva usted el desayuno y avísenos en seguida.

»Los domésticos salieron, y Raimundo se acercó á mí.

»—Magdalena mia, exclamó, no muestres jamas con tus criados una blandura perjudicial; te lo aconsejo por tu bien.

»—Yo creí, le contesté confusa, que era necesario animarles á cumplir con sus deberes con la esperanza de la recompensa.

»—Tu juventud é inocencia, y más que todo tu bondad, disculpan este error; nadie merece premio por cumplir bien y exactamente con su deber; miéntras paguemos fielmente á nuestros criados, miéntras les tengamos las consideraciones debidas á todo sér humano, hermano nuestro en Dios, podemos exigirles que nos sirvan bien; cuando nosotros les faltemos, tienen ellos el derecho de abandonar nuestro servicio; el dia en que nos falten, tenemos el derecho de despedirlos de nuestra casa.

»—Tu modo de pensar, Raimundo, me parece poco indulgente.

»—No tal; yo soy generoso y tolerante; al ménos creo serlo; disculpo las faltas involuntarias ó cometidas por ignorancia, mas nunca las premeditadas; uso de bondad casi siempre, porque hallo más placer en mi complacencia que en mi intolerancia; pero esta bondad se agota en el momento que conozco que se quiere abusar de ella.

»—Ya está servido el almuerzo, dijo Antonio, abriendo de par en par las puertas de la sala donde nos encontrábamos.

»Raimundo me presentó el brazo con grave y dulce cortesía, y pasamos al comedor.» . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Quince dias hace que no escribo en mi diario otra cosa que sensaciones de felicidad. Mi vida se desliza pura y suave, como el arroyuelo que corria

sobre un lecho de fina arena rodeando el jardin de mis padres. El carácter de Raimundo, serio é indulgente á la vez, es el que más conviene al mio, que se resiente del apocamiento que le han impreso los dolores de mi infancia y el abandono de mi adolescencia.

»Mi esposo es poco inclinado al bullicio de la sociedad; así es que no frecuentamos ninguna reunion; pero recibimos en casa algunos amigos de confianza, damos largos paseos y empleamos tres horas cada dia en el dibujo y la música, en cuyas artes se ha constituido maestro mi esposo. Algunas noches que nos dejan solos—noches que yo deseo mucho—tomo mi bordado, y Raimundo lee en voz alta *Las meditaciones* de Lamartine, ó las *Odas* de Víctor Hugo, traducidas por él con tanto esmero y escrupulosidad que nada pierde el original.

»A las doce dejamos nuestro pequeño salon, lleno de flores y habitado por dos preciosos pájaros que cantan sin cesar, y yo me retiro á mi gabinete media hora, durante la cual escribo mi felicidad del dia. En seguida guardo mi diario en el *secretaire*, y me arrodillo delante de mi reclinatorio para dar gracias á Dios por la dicha que me ha concedido, y pedirle que me la conserve, conservando la vida de mi esposo.

»¡Oh, qué grato es rezar por la persona á quien debemos nuestra dicha!» . . . . . .

. . . . . .

JOAQUIN ENTRAMBASAGUAS Y PEÑ.

«Podia bastarme escribir diariamente esta frase: *soy feliz*. Tal es la continuidad de mi dicha, que en estas dos palabras está resumida mi existencia. Cada dia me convenzo más del amor de Raimundo, del cual dudé en un principio, conociendo mi escaso ó ningun mérito. Él me ha persuadido de que tengo alguno, y hoy comprendo lo perjudicial que es ajar el amor propio de una jóven y rebajarla á sus ojos.

»En efecto; quien no se estima á sí mismo, quien abriga la creencia desconsoladora de que nada vale, jamás tendrá ánimo para emprender algo bueno, jamás tendrá fortaleza para vencer ningun obstáculo, jamás, en fin, podrá persuadirse del cariño de los que le rodean. Yo veo hoy la vida de un modo muy distinto que ántes. La influencia de Raimundo, de este hombre fuerte y generoso, ha cambiado mi sér. Una mirada suya de aprobacion me engrandece á mis propios ojos.» . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Hasta hoy no sabía yo que hubiera mujeres infieles á sus esposos, ó por mejor decir, nunca me habia ocurrido fijarme en esta idea, del mismo modo que si ella no pudiese residir en mi cerebro; pero esta mañana tomó Raimundo un volúmen de su librería y me lo puso en la mano, rogándome que lo leyera.

»—*Clara de Alba*, leí en su primera página. Y luégo proseguí llena de gozo:

»—Es de Mme Cottin, la autora de *Matilde ó las Cruzadas*, que con tanto gusto acabo de leer.

»—Creo, dijo Raimundo, que no leerás esta obra con ménos complacencia.

»Todo el dia me ocupé en mis labores, pues sólo las veladas dedico á la lectura; pero no bien dieron las ocho, y viendo, con gran satisfaccion de mi parte, que nadie venía, pedí un quinqué y empecé á leer el libro.

»Mucho me agradó hasta poco más de la cuarta parte del tomo; no obstante, cuando ví que la amistad de Federico á Clara se convertia en amor, sentí una especie de repugnancia y malestar que realmente me hacía sufrir.

»—¿Qué tienes? me preguntó Raimundo, que escribia junto á mí.

»Yo le manifesté la causa de mi descontento.

»—Pero, repuso él, el amor de Federico ¿no, está apoyado en la admiracion que le causan las virtudes de Clara?

»—Sin duda, contesté; pero no por eso deja de ser culpable este amor; podré admirar la causa, pero condeno con enojo los efectos.

»—Pues aún tendrás que ver á Clara apasionada á su vez de Federico.

»—¡Es posible! ¿Con un esposo tan bueno?

»—Tú te convencerás de que sí.

»—Pues entónces, dije cerrando el libro, no quiero seguir leyendo esta novela.

»—Yo deseo, por el contrario, que la leas con cuidado y reflexion, dijo Raimundo, volviendo á darme el volúmen; para evitar el peligro es preciso conocerle, y, por mi parte, te aseguro que no te agradeceré jamás tu virtud si la debo á la ignorancia.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»Hoy he leido una parte de la tarde para concluir *Clara de Alba*, y esta noche he devuelto el libro á Raimundo.

»—¿Qué te ha parecido? ha sido lo primero que me ha dicho.

»—Me ha enternecido mucho, y compadezco profundamente la suerte de Clara y Federico; pero no por eso dejan de ser culpables á mis ojos.

»—¿Luégo tú crees que hubieran podido sustraerse á la fatalidad que pesaba sobre ellos?

»—¿Quién lo duda? Si Clara hubiera confiado á su esposo el estado de su corazon en el momento en que sintió grabarse en él la imágen de otro, aquel honrado y bondadoso anciano hubiera alejado á Federico de su casa, hubiera hecho conocer á Clara su error con sus consejos, y quizás todo se habria remediado.

»—Pero ya sabes que Federico no contaba con

más recursos que la proteccion de M. de Alba ni con otro asilo que su casa.

»—El esposo de Clara hubiera sabido buscar para él uno y otro.

»—Federico, al separarse de Mme de Alba, hubiera muerto de pena.

»—No tal; tengo la creencia de que el amor es el que muere en las almas rectas siempre que no halla correspondencia; además, el influjo de la virtud de Clara hubiera purificado la pasion de Federico hasta el punto de volverla á convertir en una perfecta amistad, ó la hubiera extinguido hasta el extremo de hacer á éste indiferente el recuerdo de su amada.

»Raimundo me abrazó, y salió de la habitacion para buscarme otro libro.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Hace dias que me siento mal y sin gana de comer. Si salgo á paseo es por complacer á Raimundo, que no halla gusto alguno en pasear como no sea conmigo.

»Apénas veo á mi padre y á mi hermano. Sólo mi pobre madre viene todos los dias á verme durante una hora, ó me envia recado con Mariana de que me espera.

»¡Desdichada madre mia! Apénas hace cinco meses que me separé de su lado, y me parece que han pasado diez años por ella. Ahora conozco que

yo era su único consuelo en medio de sus sinsabores domésticos.

»Yo, por el contrario, soy muy dichosa, no obstante el malestar que siento hace algunos dias.»

. . . . . .

. . . . . .

»Esta mañana, estando en el cuarto de Raimundo, sentí un fuerte estremecimiento, y dí un grito, porque creí que iba á perder el sentido. Raimundo me abrazó con ternura.

»—No temas, Magdalena, me dijo; ese leve padecimiento nos dará muy en breve una alegría inmensa.

»—¿Cómo? pregunté admirada.

»—Vas á ser madre, prosiguió Raimundo abrazándome de nuevo; soporta, pues, con paciencia tus sufrimientos, al ménos por tu hijo.

»Estas palabras alumbraron mi memoria con un rayo de luz; recorrí todos los pormenores de mi padecimiento, y me convencí de la realidad de mi dicha. Mi primer movimiento fué dar gracias al cielo por tanta ventura desde lo íntimo de mi alma, en tanto que mis ojos derramaban abundantes lágrimas, sin que yo misma me apercibiese de ello. Luégo, cuando volví á mi gabinete, recé durante largo rato y dí de nuevo gracias á Dios fervorosamente.

»Desde hoy sí que puedo decir: ¡soy completamente dichosa!». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Soy dichosa! Así debería empezar á escribir cada noche en mi diario. ¡Oh! ¿hay alguna cosa comparable á lo que experimenté al sentir agitarse á mi hijo dentro de mi seno? ¿Puedo definir yo misma lo que es esta sensacion?

»¡No! Esto puede sentirse, pero no hay palabras para expresarlo en el idioma humano.

»Hace algunos dias qne me cuido mucho; me libro del aire, de la humedad, del calor, y no por mí, sino por mi hijo.

»¡Mi hijo! ¡Qué dulce es vivir con la esperanza de ser madre! ¡Qué desgraciada es la existencia de la mujer cuando no la conoce todavía ó cuando la ha perdido! La vida de la mujer empieza cuando va á darla á otro sér. Yo creo que nuestra mision es la maternidad. La que no está adornada y revestida de ese sagrado carácter es una planta inútil sobre la tierra.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Doce horas hace que soy madre. ¡Gracias, Dios mio, por haberme conducido felizmente al término de mis deseos! ¡Hija mia! ¡Bendita seas!»

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Tengo una hija! Este pensamiento embriagador va á darme pronto la salud para poder pasearla en mis brazos, y mirarla á la luz del dia.

»Hoy van á bautizarla. Al pronto pensamos ponerla mi nombre; pero luégo Raimundo y yo hemos decidido ponerla bajo la proteccion de María de los Ángeles. Se llamará, pues, con el dulce nombre de *Ángela*.

»Ni siquiera hemos pensado una sola vez Raimundo y yo en si hubiéramos preferido que nuestra hija fuese varon. ¿No nos la envia Dios para que embellezca nuestros dias? ¡Oh! ¡esa impía preferencia no podia tener lugar en el alma de mi esposo ni en la mia! ¡Hija de mi alma, á quien tanto deseé, á quien esperé con tanto amor! ¡Bien llegada y bendita seas!». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Ángela se parece á mí, y yo quisiera, para que Raimundo fuese más feliz, que fuese su retrato; pero él me mira con tanta delicia, y me asegura con tanta fe que es así muy dichoso, que ya le voy creyendo.

»¡Cuán feliz soy cuando le veo con Ángela en los brazos! Ella sonrie levemente, como si ya conociera á su padre. En cuanto á él, ¡qué hermoso está acariciando á nuestra hija!» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»Ahora que tengo una hija, voy á comprar un perro grande que la ame, como me amaba á mí mi pobre Capitan. El perro es el mejor y más fiel amigo de la infancia. Él jugará con mi niña, y la alegrará como me alegraba el compañero que perdí. ¡Ah, si ahora viviese, amaría á la hija del mismo modo que amó á la madre!». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Ya he encontrado lo que buscaba. Un hermoso perro de pocos meses, pero muy alto, casi tan alto como Ángela. Raimundo quiere que se llame *Sultan*, porque dice que es nombre muy fácil de pronunciar para los niños.

»Mi Ángela tiene una condicion de ángel. Jamás llora. Cuando la tomo en los brazos para darle el pecho, sonrie dulcemente, como si me lo agradeciera.

»¡Dios mio! ¡no comprendo cómo hay madres que pueden criar á sus hijos y no lo hacen! ¡Pobres mujeres! No saben de cuántos goces se privan. Si pudiesen imaginarlo siquiera, jamás consentirian en separarse de ellos.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

(Creo inútil copiar la parte del diario en la cual explica Magdalena su método de vida, desde que fué madre; mis lectoras le tienen ya claramente

explicado en el capítulo III de este libro, y por lo mismo, y en gracia además de la brevedad, pasaré á la parte en que se refiere el nacimiento de Rosa.)

---

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Tres meses cuenta ya mi segunda hija, y hoy es la primera vez que puedo estampar en el papel la impresion de dicha que su nacimiento me ha causado. Durante dos meses no he vivido en el mundo. Presa de un sueño letárgico, he estado sumergida en la nada, pues mi pensamiento yacia paralizado como mi existencia. ¡Ya contaba mi hija dos meses de vida, y áun no habia recibido el beso primero de su madre!

»Luégo, durante otro mes; ¡he sufrido tanto! La fiebre me devoraba, y si me levantaba, aunque por pocos instantes, no podia hacer más que abrazar á mis hijas. ¡Mis hijas! ¡cada hijo trae al corazon de una madre un inmenso caudal de alegría y de felicidad!». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Mi Rosa es el retrato fiel de su padre. Quizás es más bella que Ángela; pero nada hay comparable á la celeste expresion de candor y de inocencia del rostro de mi primogénita.

» ¡Rosa! ¡Rosa mia! ¿es posible que no haya de poder yo alimentarte en mi seno? ¿Es posible que he de verte en brazos de una mujer extraña y mercenaria? ¡Hija mia! ¿qué has hecho tú, pobre inocente, para que Dios haya secado en mi seno las fuentes de tu vida? ¡Ah! ¡Esta idea me hace sufrir tanto, que desfallece mi corozon! » . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

» A no ser por Raimundo, que me consuela sin cesar, creo que me mataria la pena que siento al ver que una nodriza ha de alimentar á mi hija; pero su cariño sabe prestar á mi pena un calmante tan eficaz, me pinta con tanta ternura y viveza lo que padece viéndome sufrir, que procuro consolarme por su tranquilidad. A lo ménos, he conseguido á fuerza de tacto y de firmeza, hermanada con no pequeña parte de dulzura y persuasion, que la nodriza se avenga á dejarme la niña durante casi todo el dia, y á dormir en mi alcoba por la noche. Así no pierdo de vista á mi hija. Velo su sueño, espío el momento en que ella abre los ojos, y recibo su primera sonrisa, al mismo tiempo que ella no carece de mis besos y de mis caricias.» . . . .

. . . . . .

. . . . . .

« Muchos pequeños sufrimientos he depositado en mi diario durante tres meses, ocasionados por la intervencion de la nodriza entre mi hija y yo.

Pero en cambio, Rosa está hermosa y medrada, y quizás conmigo se hubiera criado endeble y enfermiza.

»¡Cuán bellas son mis hijas! Yo las amo con el mismo amor. No podria decir á cuál de los dos prefiero. La ternura de una madre derrama sus rayos por igual sobre todos sus hijos. Hasta hoy nunca he pensado en que éramos ricos, y Dios sabe que sólo le doy las gracias por nuestra fortuna, cuando fijo los ojos en mis hijas.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Una pena me aqueja hace algunos dias. Raimundo se ha puesto triste de repente. Cuando le pregunto la causa se sonrie con violencia para tranquilizarme, pero al instante vuelve á caer en su pertinaz melancolía.

»¿Qué puede tener?». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

» Cuatro meses hace que deposito cada noche en mi diario una sensacion triste. La melancolía de Raimundo se hace cada dia más intensa y sombría. Algunas veces le he sorprendido llorando encerrado en su cuarto. ¡Dios mio! ¡Sácame pronto de esta angustia cruel, pues ver sufrir á Raimundo es superior á mis fuerzas!» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Dios de bondad! Raimundo está loco..... ¡loco! ¡y nos han arruinado!.....

»¡Cierro aquí el diario de mi dicha!..... ¡No quiero que esté junto al de mis desgracias!..... ¡Dios mio, ten compasion de nosotros!». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

(Despues de las anteriores líneas se encuentran tres hojas en blanco; la continuacion de estas memorias empieza algunos dias despues, y el extracto de ella me servirá de materia para el capítulo siguiente.)

# CAPÍTULO IX.

**Conclusion del diario de Magdalena.**

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Gracias, Dios mio, por haberme inspirado la fortaleza que tanto necesito, y que me abandonó completamente en los primeros dias de mi desgracia!

»¿Qué hubiera sido de mí, sin tu auxilio, ¡oh Dios de bondad! Tú, que das la fortuna y la quitas, das tambien ánimo para sufrir las mudanzas de nuestro destino.

»Ya estoy más tranquila. La oracion continua ha traido á mi espíritu la calma que necesitaba. He recobrado la facultad de reflexionar, que me habia abandonado enteramente.

»Mi esposo vive, aunque privado para siempre de la razon, que le ha arrebatado la injusticia de los hombres..... Yo le amo tanto, sin embargo, que

siento una especie de placer melancólico al pensar en que ya lo soy todo para él en este mundo.

»Al mirarme, se animan sus tristes ojos con una expresion de bienestar; áun me sonrie. ¡Oh, Raimundo, Raimundo mio! ¡Mucho debiste amarme cuando aún hoy, á través de las nieblas de tu cerebro, penetra el rayo bienhechor de tu cariño! ¡Mucho, sí, mucho te amo tambien yo, cuando áun encuentro fuerzas para vivir por tí! Pero ¿y mis hijas? ¡Oh! ¿qué sería sin mí de estas criaturas?

»¡Pobres, pobres hijas mias! ¡Dios me conservará para vuestro padre y para vosotras!» . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Ya estoy en mi pobre casita. Tengo arreglados mis pequeños gastos para que nada falte á Raimundo ni á mis niñas. Yo trabajaré..... y ¡con qué ánimo! Siempre ha sido mi delicia el bordar, y ahora lo estaré haciendo llena de placer todo el dia, porque pensaré en que el producto de mi obra va á proporcionar alguna comodidad á estos séres que me son tan queridos. ¡Dios mio! ¡Desde hoy, todas mis súplicas se fundirán en una; en una sola, para pedirte, con todo el fervor de mi alma, que me conserves la salud.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«El noble y hermoso Sultan parece que conoce,

con el admirable instinto de su raza, que la desgracia pesa sobre sus amos; se ha vuelto más cariñoso y dócil, y á sus locos juegos ha reemplazado una tranquila gravedad.

»Ángela le acaricia sin cesar, y el pobre animal la quiere con idolatría. Rosa le tira de sus largas orejas, y él se contenta con gemir, lamiéndole las manos. Raimundo le acaricia tambien; su locura ha degenerado en una atonía moral, silenciosa y apática, pero á través de la cual se descubre una desgarradora melancolía.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»¡Cuán lindo se ha puesto nuestro jardinillo! ¡Cuán bellas están mis hijas! ¡Qué bien me encuentro en esta humilde casita! ¡Ah! Si Raimundo recobrara la razon y la salud, no cambiaria mi pobreza por la más rica y fastuosa opulencia! ¡Si áun fuese mio su amor, si oyese su grave y armoniosa voz, como en dias mejores, si me alentase su sonrisa, sería muy feliz todavía!

»El amor, si está unido á la virtud y á la religion, es el único sentimiento que embellece la existencia de la mujer. No importa que la aquejen desgracias, ó que el destino enemigo siembre de espinas el camino de su vida; la mujer será dichosa siempre que el amor sonria á través de sus dolores.

»Rosa ha salido desde ayer del poder de su no-

driza. ¡Ya es mia!.... ¡Mia enteramente! Mi pobre Ángela, que sólo cuenta tres años, me sirve ya para jugar con ella y entretenerla. Esta niña tiene un carácter adorable; es una de esas suaves criaturas que aparecen raras veces sobre la tierra, y cuya salud es siempre débil, como si el mundo no diese á sus almas bastante aire y luz para vivir y alegrarse. El carácter de Rosa creo que ha de ser enteramente opuesto, y que me hará sufrir mucho. ¡Una madre no se engaña jamás en sus previsiones!» . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Cerca de un año hace que escribo solamente algunas líneas en mi diario cada noche, pues mi existencia es igual y monótona, aunque no infeliz. Pero ¡ay, en vano he esperado, dia tras dia, hora tras hora, la dicha de ver lucir de nuevo una chispa de razon en los ojos de Raimundo! Ya he perdido del todo esa esperanza firme y rebelde, que resiste á todo, y que sólo es hija de una profunda pasion. Todavía, sin embargo, soy feliz al mirar la noble y bella figura de mi esposo, enflaquecida por los sufrimientos. Todavía paso largas horas contemplando, como en mis dias alegres, su hermoso rostro, iluminado vagamente por una sonrisa melancólica y tranquila.

»Cuando Raimundo queda dormido en su lecho, despues de haberle acostado yo, y de haber llamado

el sueño sobre sus párpados con una de sus melodías favoritas, me siento á su cabecera, y durante largas horas contemplo su rostro tan interesante, tan noble y lleno de atractivos. Si despierta, cuando yo estoy junto á él dibújase en sus labios la sonrisa de bienestar que le es habitual, y se duerme de nuevo tranquilamente; pero dos ó tres veces que ha despertado estando solo ha pasado en vela el resto de la noche.

»¡Oh, mi amado Raimundo! ¡pluguiese al cielo aceptar la mitad de mi vida, en cambio de vivir junto á tí la otra mitad, y de que recobrases la razon!» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«El carácter de Rosa va empeorando cada dia. Es voluntarioso y soberbio, y nada puedo conseguir con la dulzura cuando me determino á ensayarla. Léjos de eso, sus caprichos y exigencias crecen entónces, y he llegado á convencerme, con inmenso dolor, de que no hay más medio que usar de una firme severidad para vencer su carácter díscolo, resuelto y antojadizo. Debo, pues, poner en accion los medios que yo considero eficaces para corregirla; pero ¡cuánto van á costar á mi amante corazon de madre!

»Ángela, por el contrario, es cada dia más sufrida y dulce, pero tambien más melancólica. Jamás la impacientan los caprichos y los raptos de

cólera de su hermana, mostrándose siempre tranquila y resignada. El contraste que forman mis hijas me ha hecho aprender con claridad una cosa que yo, hasta hoy, sólo habia adivinado vagamente: es, que la prudencia y resignacion dan á la criatura una infinita superioridad sobre los malos caractéres: el sufrimiento ciñe las sienes de una corona, que, áun en la inocente frente de mi hija, impone ya respeto.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«El estado de Raimundo es cada dia más deplorable, y no pocas veces falta á mi pecho el aliento y el valor á mi corazon. ¡Oh, Dios mio! Si no me hubieras hecho madre, ¡con cuánto afan te pediria que me sacases de este mundo al mismo tiempo que te lleves al hombre que me deparaste por compañero! Mas este pensamiento, que surge á veces en mi mente, como una imágen de consuelo, debe ser rechazado por mi razon como un crímen!» . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Dios me otorgue fuerzas para emplear con mi hija todo el rigor que necesita! ¡Vírgen mia, Madre de bondad y misericordia, ruega á tu divino Hijo que tome en desquite las penas que esta niña me causa, para aliviar los dolores de su padre, que se aumentan cada instante!

»Hace cinco dias que mi hija sufre una privacion

casi total de alimento, sin que haya podido doblegar su perversa índole y su carácter de acero. No obstante, su corazon es bueno... ¡Salvador del mundo, permite á una madre sin consuelo que repita las palabras que en tu triste oracion dirigiste, postrado en el huerto, á tu Eterno Padre!

»*¡Señor, si es posible, pase de mí este cáliz!*»

. . . . . .

. . . . . .

«Raimundo baja al sepulcro á pasos acelerados, y esta verdad dolorosa, que yo sola creí haber adivinado, no está oculta tampoco al amante corazon de mi Ángela. ¡Sublime instinto el de las almas tiernas! Él ha hecho adivinar á esta niña que pronto va á quedar sin padre, y por eso llora há tanto tiempo sin encontrar consuelo! En vano he procurado, hasta hace poco, descubrir la causa de la melancolía que la devora, y que ya iba siendo sobrado intensa para tomarla por un efecto natural de su carácter meditabundo.

»Por fin, ayer vi aclaradas todas mis dudas. Estando Ángela conmigo en el cuarto de su padre, me volví á mirarla, sorprendida de su prolongado silencio.

»¡Ah! Jamás podrá borrarse de mi memoria la expresion de la mirada que tenía clavada en su padre, y que resumia todos los sufrimientos de su amante y generoso corazon: dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus blancas mejillas.

»¡Oh, hija mia! ¡Nunca hasta ese instante habia comprendido lo que vales!

»Al estrecharla entre mis brazos, volví los ojos hácia la puerta, y ví asomada á ella la cabeza negra y enérgica de Rosa. Yo creí columbrar en sus facciones una expresion de enternecimiento que nunca habia visto en ellas, y que hizo nacer una esperanza en mi angustiado corazon.

»Haz, ¡oh Dios mio, que no salga fallida!» . .

. . . . . .

. . . . . .

(Las hojas del diario que siguen á estas líneas contienen los tristes pormenores de la enfermedad de Rivera... y sus rápidos progresos, y por lo mismo creo deber pasarlas hasta llegar al dia de su muerte.)

---

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Soy viuda!.. ¡y mis hijas huérfanas!.. Ya duerme el sueño eterno el hombre á quien tanto amé, y de quien fuí tan amada!...

»¡Madre de Dios! Alcanza de tu Hijo para esta desgraciada, que le conceda valor para soportar la vida!» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«¡Bendito seas, Raimundo mio, pues hasta en

tu muerte has amparado mi debilidad, y has sabido hacer fecundo tu amor de padre! La dura prueba á que sometí á mi hija ha sido tan eficaz como provechosa.

»He despertado el corazon de mi Rosa, que dormia con profundo sueño en lo más recóndito de su pecho. La vista de la agonía de su padre, y su último beso, helado ya por la muerte, han reanimado, ó por mejor decir, han hecho nacer su sensibilidad.

»Tres dias hace que está delirando, á impulsos de una fiebre nerviosa. En el extravío de su juicio, me llama para pedirme perdon de haber muerto á la pobre golondrina: llama á su padre, y luégo llora amargamente, diciendo que Dios se lo ha llevado para castigarla de su crueldad.

»¡Ángela, yo te arrebaté el último beso de tu padre para darlo á tu hermana! ¡pero tú, hija mia, eras un ángel, y Rosa lo necesitaba para ser buena! Yo estoy bien cierta de que jamás me pedirás cuenta de él.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

(Desde aquí se ven muchas hojas del diario llenas con la explicacion del método de vida de Magdalena, y de la educacion admirable y ejemplar que dió á sus hijas, de lo cual tienen conocimiento mis lectoras. Por lo tanto, continuaré mi tarea desde el dia en que la tierna madre entregó á

Ángela y á Rosa el cuaderno que contiene la primera parte de sus memorias.)

---

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Hoy es para mí un dia muy feliz. Mi Ángela cumple doce años, y está hermosa, y es buena hasta el extremo de llenarme de orgullo las alabanzas que todos le prodigan.

»Rosa es quizá más bella: aunque cuenta dos años ménos que su hermana, es tan alta como ella, y á pesar de que su carácter vivaz é impetuoso forma un marcado contraste con Ángela, del mismo modo que lo forman sus rostros, la madre más exigente sería feliz al mirarla. Ya es buena, y su sensibilidad, si bien no es tan exquisita como la de Ángela, no tiene ese carácter doliente y enfermizo por decirlo así; es viva y profunda. Su actividad, sobre todo, es prodigiosa. El trabajo, léjos de cansarla, la divierte. El cariño que nos profesa á su hermana y á mí es extremado. Hoy recuerdo que, cuando me rendia fatigada al peso del desaliento que se apoderaba de mí, al ver lo incorregible de su carácter, una voz secreta me decia estas palabras:

»*¡Dios te premiará!*

»Entónces volvia el ánimo á mi espíritu abatido, que acababa de fortalecer con la oracion.

»¡Raimundo! ¡tú, que estás al pié del trono de Dios, dale gracias por la conversion de tu hija y regocíjate de ella!

»Esta mañana dí mi diario á Ángela y á Rosa: ese diario que encierra todos los pesares de mi niñez y de mi adolescencia, ese diario, en el cual espero que encuentren lecciones saludables, porque jamás he escrito una letra en él sin implorar primero á Dios y á su Santísima Madre.» . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Continúo mis memorias de esposa y madre, para darlas á la primera de mis hijas que lleve estos títulos. Dios sabe que si hubiera cometido alguna mala accion, la depositaria en este manuscrito, que quemaria ántes de morir, pero que leeria cada noche miéntras viviese para que me recordase mi culpa; mas, gracias á la bondad del cielo, mi corazon y mi conciencia están puros. .

. . . . . .

. . . . . .

(Todo lo demas que pudiera extractar de este diario es conocido de mis lectoras, pues se reduce á pintar los amores de Rosa, y los medios empleados por su madre, para combatirlos; pasaré, pues, en silencio las pocas hojas que quedan hasta llegar á la última página que voy á copiar íntegra.) . .

. . . . . .

. . . . . .

»*En el aposento de mi esposo.*

»He venido á esta habitacion, que es un templo para mí, á escribir estas solemnes palabras:

»HOY CASO Á MI HIJA.

»¡Dios mio! ¡Si no ha de ser dichosa, si ha de apartarse de la senda de la virtud, yo te lo ruego de rodillas, hiéreme de muerte, y deja aliento en mi pecho, ántes de espirar, para que pueda prohibir á mi Ángela que verifique este enlace!.... Yo sé que el precepto de su madre moribunda será inviolable para ella, y de este modo la libraré de que huelle el camino del mal, ó de que su corazon se amargue con dolores, que ya no estará en mi mano evitar!

»¡Y tú, Raimundo mio; tú, á quien tanto he amado, á quien tanto amo todavía; tú, cuyo solitario lecho he conservado inmaculado y puro de otro amor; tú, que fuiste el redentor de mi desgracia, y despues el amparo y el sostén de mi frágil vida; tú, que me has alentado desde el cielo en las duras pruebas por que he tenido que pasar desde que dejaste este mundo; tú, que me ves aquí postrada, y que lees en mi alma como en un libro abierto, dime si obro bien entregando á Ángela al hombre á quien su corazon ha elegido!

»¡Si me engaño; si tú, con tu mirada de bienaventurado, ves en el alma de ese hombre des-

amor ó falsía, hazme un signo por el cual yo pueda comprender tu aviso!» . . . . . .

. . . . . .

*«Á las seis de la tarde.*

»He permanecido en oracion cuatro horas.

»Hace dos que mis hijas se han unido á mí, y acompañan mis plegarias.

»¡Míralas, Raimundo, dulces y hermosas como esos ángeles moradores del cielo!

»Contempla á nuestra Rosa.

»El fatal amor que ardia en su corazon fué apagado por el influjo de tu recuerdo; no desoigas ahora el ruego que te dirige para que bendigas la felidad de su hermana». . . . . .

*«Á las doce de la noche.*

»Acabo de dejar á Ángela con su esposo y con su hermana, y he venido á mi cuarto para escribir los últimos renglones en este diario que voy á darle. Es el último que escribo; éste servirá tambien para Rosa cuando se case, porque su hermana sabe que desde entónces será un bien comun para entrambas.

»En cuanto á mí, ya no necesito continuar estas memorias, porque mi mision está cumplida sobre la tierra. El dia en que haya entregado á mi

Rosa al hombre que elija su corazon por compañero, debo dedicarme enteramente á rogar á Dios que me reuna con Raimundo en el cielo, para velar desde allí por nuestras hijas, pedir al Señor que las haga felices, y conseguir de su bondad que las guarde dos sitios á nuestro lado, y á los piés de su trono de gloria.»

---

He finalizado la historia de Magdalena y de sus hijas, de esas tres nobles criaturas, cuyas virtudes no habrán podido ménos de interesar á mis lectoras. En ellas están resumidos los tres caractéres más generales en la mujer, y los tres son enteramente distintos entre sí.

El de la señora de Rivera ofrece esa mezcla de dulzura y energía que muchas veces me ha admirado en algunas mujeres, á quienes la sociedad confunde con los séres más vulgares, con esa desoladora injusticia que hiere el corazon del que vive en su centro. Esos dobles caractéres, esas almas privilegiadas, aunque son raras, existen, y no hay que decir qne son muy escasas, puesto que yo, en el discurso de mi vida, he encontrado ya algunas, aunque quizá sin saber ellas mismas que existian: pues tan esclava, ó enaltecida con tanta imprudencia ó poca dignidad vive la mujer, que ni áun sabe estimarse á sí misma; y no obstante, es bien sabido que la base de la dignidad es la propia estimacion.

Excusado me parece hacer reflexiones acerca de la belleza del carácter de la madre de Ángela y Rosa. El contraste que ofrecen su ternura conyugal y materna, y el esforzado valor con que soportó todos sus dolores y penalidades es tan bello, que no necesita comentarios, y su ejemplo es el más saludable que puedo ofrecer á las esposas y á las madres.

El caracter de Ángela se encuentra tambien en el mundo con frecuencia. Las mujeres, en su mayor parte, nacen poetas en este siglo, y su organismo pierde en fuerza cuanto gana la imaginacion; pero estas criaturas, que serían otros tantos ángeles si se les educara con el tino que lo fué aquella jóven, se convierten en entes insoportables por el mimo de sus padres, y abandonan el cuidado de su hogar, y más tarde las cunas de sus hijos, para hacer versos, que por su fatal educacion son, en vez de ecos de una alma pura, ecos de la vanidad y del egoismo, que, por lo tanto, á nadie conmueven.

La poesía debe ir siempre alumbrada con las sagradas antorchas de la verdad y de la virtud; de lo contrario, léjos de interesar, será sólo una ridícula afectacion de sentimientos, tanto más irrisoria, cuanto más léjos están de ellos los hábitos y costumbres de la que escribe.

El carácter de Rosa es el más comun. Ese tipo de la muchacha viva, coqueta y voluntariosa se encuentra á cada paso; pero en pocas de su especie

se halla el sensible corazon de la hija del demente.

Sin embargo, esa sensibilidad hubiera sido ahogada por sus malos instintos, á no mediar la viva y generosa ternura de su madre. La tremenda prueba á que la sujetó cuando aún no tenía siete años, manifiesta la energía que atesoraba en su alma esta madre sin ejemplo; y la heróica abnegacion de la mujer que se olvida de sí propia en medio del agudo dolor que le causa la agonía del esposo á quien tanto ama por acudir al remedio de su hija, casi del todo pervertida, es la leccion más bella de ternura maternal que puede ofrecerse.

Os lo repito, madres de familia: no temais emplear un prudente rigor en la educacion de las criaturas que os deben el sér. Existen caractéres que, léjos de doblegarse á la dulzura, se ensoberbecen con ella. Vosotras teneis mil medios de recompensaros vuestro sufrimiento al castigar á vuestras hijas, y de indemnizar á éstas de sus castigos.

¡La infancia se contenta con tan poco!..... Una caricia vuestra hará secar en sus ojos el llanto. Una flor, un dulce, les harán sonreir. Una hora de paseo les hará olvidar el peso de la correccion más severa. Mas para conseguir el remedio es necesario aplicar con tino el castigo y la recompensa; es necesaria una continua vigilancia de vuestra parte, y es necesario, en fin, que vuestras hijas os vean continuamente á su lado como á los ángeles de su guarda.

# CAPÍTULO X.

**La caridad y el socialismo.—Mendicidad.**

## I.

Voy á ocuparme ahora de la educacion y moralidad del pueblo. Del pueblo, tan injustamente deprimido, ó tan apasionadamente ensalzado.

Mucho he admirado á Sué. Mucho le admiro, áun ahora que ha pasado á una vida mejor. Su profunda filosofía, su conocimiento del corazon humano, la belleza y ternura de su estilo, me han conmovido siempre, por más que fuera yo todavía muy niña é inexperta cuando le conocí.

Mas ese *socialismo*, esa exageracion en sus ideas, ese eterno pedir lo de los ricos para los pobres, esa obstinacion en tratar de hacer creer que el ser noble y opulento es una patente de infamia y de maldad, me han lastimado y no han dejado á mis simpatías ni á las de la sociedad, en general, tomar el vuelo que hubiesen tenido en favor del malogrado autor de *Los Misterios de París* de *El Judío Errante* y de tantas otras bellas obras.

Por más que declameis, apóstoles de la igualdad, jamás ésta reinará en la tierra de un modo absoluto. Dios no lo quiere así, Dios ha hecho ricos, pobres, y fortunas medianas. Despues ha dado á cada uno el libre albedrío, el talento, la inteligencia, el valor y la voluntad de trabajar.

Su justicia ha abierto delante de cada criatura los caminos que puede seguir. Ha dado, como precepto, el trabajo y la laboriosidad.

—*Ayúdate y te ayudaré*, ha dicho á cada uno de los humanos.—*Trabaja y estaré contigo.*

Estas son sus palabras. Ha ordenado á los hombres que sean caritativos, mas no que se despojen—quizá porque, en su eterna sabiduría, preveia que no habia de ser obedecido; quizá porque, en su inagotable bondad, no quiso qne tragase el infierno á todo el género humano por delito de rebeldía.

La abnegacion del hombre tiene sus límites. ¡Cuánto consumen en lo *supérfluo*, muchos fervorosos defensores de ese pomposo lema, *igualdad, fraternidad*, sabiendo que sus hermanos carecen de lo *necesario!* ¡Cuánto dilapidan en un lujo insultante, sin que baste á contenerlos la miseria de millares de familias!

¡IGUALDAD! ¡FRATERNIDAD!

¡Palabras vanas con que la humanidad encubre su pequeñez!

Ni el pueblo quiere tampoco ser igualado con las clases altas. ¿No veis de cuán buena gana se

presta á la servidumbre cuando ésta no le impone vejaciones ni insultos? ¿No veis en nuestras provincias á esos honrados colonos, de tez bronceada y blanca cabellera, que descubren su cabeza cada vez que se nombra á las personas á quienes sirven? ¿No veis á los criados envejecidos en el servicio de una noble familia, alegrarse cuando se casa, y cuando es madre la hija de sus señores?

Preguntadles si quieren ser iguales á sus amos, si quieren que éstos se despojen por ellos, si quieren que les cedan la mitad de su mesa y la mitad de su lecho.

—¡Antes morir! os contestarán con energía y con ese generoso ardimiento, propio de la lealtad de su corazon.

Dios no ha puesto los mismos instintos en el pueblo laborioso y modesto que en las clases altas. Es verdad que la religion no tolera siervos y tiranos. Pero manda que haya pobres y ricos, señores y criados. Lo importante, lo indispensable es fomentar el trabajo, moralizar á la clase pobre, ejercer con ella la caridad, enseñarle la paciencia y la resignacion; en una palabra, educarla, porque la educacion es la base de la virtud; no de la virtud aparente y convencional, sino de la verdadera, de la dulce, de la consoladora virtud.

## II.

Yo sé que la clase pobre no carece en el dia de los inapreciables beneficios que dejo apuntados. La energía y la constancia con que los procuran las personas en cuyas manos está promoverlos ó dispensarlos, ha de escribirlas Dios en su sagrado libro. Pero, doloroso es confesarlo; tan laudables esfuerzos no producen el resultado que debia esperarse, merced al espíritu de vagancia que se opone á ellos.

A cualquiera hora de la noche recorre una multitud de muchachos de ambos sexos las mesas de los cafés pidiendo limosna á los concurrentes. Estas criaturas, enviadas por sus padres—pues atendida la corta edad de algunas de ellas, no puede suponerse que tengan todavía voluntad propia,—estas criaturas, digo, se presentan ante el público en un estado de desnudez espantosa, tal vez porque á sus padres les convenga exagerar su miseria, para excitar de este modo la compasion del que las ve. Pero los concurrentes á estos sitios están ya tan acostumbrados á ese triste espectaculo, que todos siguen comiendo con la mayor serenidad, es decir, gastando innecesariamente algunos reales, que bastarian para aliviar el hambre de la criatura que implora su caridad, y la de toda su familia.

Así, pues, estos niños, acostumbrados tambien

á que los miren con indiferencia ó les contesten con dureza; estos niños, á quienes se obliga desde su edad más tierna á perder toda especie de pudor; estos niños, que sólo burlando la vigilancia de los sirvientes, pueden traspasar los umbrales de un café; estos niños, que ven á sus semejantes insensibles á su miseria; estos niños, que tienen que huir de aquel sitio porque los dependientes les persiguen y maltratan, se nutren de envidia y de veneno, y juran más tarde un odio encarnizado y sangriento á la sociedad que ha escarnecido su desvalida y miserable infancia.

¡De esas criaturas suelen salir los asesinos que terminan una existencia de crímenes, á manos del verdugo!

¡De esas criaturas suelen salir esas mujeres perdidas, oprobio y baldon de su sexo!

¡De esas criaturas, en fin, suelen salir la multitud de presidiarios que arrastran un hierro vergonzoso y que llevan la señal de su infamia grabada, miéntras dura su vida, en su cuerpo y en su corazon!

Esos desgraciados, ofuscados por su miseria y enseñados á hacer gala de ella, por unos padres desnaturalizados y corrompidos, se preguntarán sin duda, no bien despunte la menguada luz de su razon:

—¿Qué deberes hay que cumplir con una sociedad que no nos ha otorgado jamás ni áun la mi-

rada que se concede al can desconocido? ¿Qué consideraciones merece?

Y estas amargas reflexiones, que corroen toda la sávia que pudiera haber en su corazon, les arroja á cometer toda clase de crímenes y excesos.

¡Sociedad, te horrorizas de ello! Y áun eres bastante inhumana, y corres á ver ajusticiar á un malhechor, ó á ver cómo llevan á la cárcel á una mujer perdida! ¡Ay! ¡Si se fuera á buscar el orígen de los extravíos de esos desgraciados, quizá se encontraria que el mundo, que los condena, tiene la culpa de su desgracia!

Padres que gemís en la pobreza, no creais que yo absuelvo á los séres dotados de tan duro corazon, que se desdeñan de mirar á vuestros hijos, miéntras saborean una cena suculenta ó un delicioso refresco. No penseis que les aplaudo, al ver que dejan su pan en la mesa entre las sobras de su refrigerio, en vez de darlo á vuestras pobres criaturas, transidas de hambre y de frio. Tambien hay personas que les dan la mitad de su cena y qué contemplan con tristeza el afan con que la devoran.

Pero ¿sabeis lo que hace duros á los mismos cuya dureza condeno? La conviccion en que están de que hay asilos de mendicidad, abiertos por el gobierno, á la pobreza laboriosa y honrada.

¿Por qué no os acogeis á ellos con vuestros hijos, madres jóvenes que á las altas horas de la noche presentais por las calles el doloroso espectáculo

de la humanidad degradada y sin decoro? ¡Ay! triste, pero forzoso es decirlo: porque preferís la libertad vergonzosa de la mendicidad, al alimento seguro y á los hábitos laboriosos de las casas de beneficencia.

## III.

Despues de la fraccion del pueblo, que vive en la miseria, tengo que hablar de otra que *vegeta*, pues arrastra una vida infinitamente más trabajosa que la que sufre de lleno la pobreza.

Yo sé bien que, como dice M. de Lavoipierre, las grandes desigualdades sociales son obra de la civilizacion, y que, sin los contrastes espantosos que hacen gemir al filósofo y al cristiano, no habria industria, ni comercio, ni artes. Mas es muy cierto tambien que el mendigo no puede saber tanto como un miembro de la Academia de Ciencias morales y políticas.

Tal vez sería posible admitir la pobreza, suprimiendo la miseria, porque media un abismo entre estas dos situaciones. No admito la mendicidad, y la castigaria severamente, y la perseguiria sin descanso, como un delito social, ahora sobre todo, que hay abiertos tantos asilos para los adultos, tantas escuelas gratuitas para la infancia.

Se me dirá que hay casos en que la mendicidad

es inevitable, y en que debe causar compasion. Dígaseme tambien cuáles son estos casos.

¿Me presentareis, para convencerme, un padre, una madre anciana, que pide para cuidar á su hija enferma? Ese padre ó esa madre, con su hija, podrian acogerse á uno de los infinitos asilos que la caridad ha edificado.

¿Me hablareis de una viuda, cargada de hijos pequeños, que le piden pan? Está en el mismo caso que los anteriores.

No quiero ocuparme de los vergonzosos abusos de la mendicidad; de esa mendicidad sin pudor y sin decoro, que se ostenta por las calles haciendo alarde de sus harapos: quiero hablar de la pobreza; de esa pobreza, agobiadora y oscura, que se oculta en las bohardillas y que sufre en el fondo de los más lujosos almacenes.

Yo me refiero á los pobres artesanos, que cuentan por todo recurso con cuatro, cinco, ó á lo sumo con seis reales de jornal. Estos infelices, como ya dije en el capítulo primero de esta obra, tienen que dejar tambien á sus hijos en un completo abandono hasta los ocho años. Como tambien dejé ya apuntado en dicho capítulo, al cumplir esta edad, sus padres, obligados por su pobreza, y pensando en *hoy*, sin acordarse de *mañana*, porque el hambre no tiene espera, buscan el modo de que se ganen para sí el necesario alimento cuando ménos, ya que no les sea dado cooperar al sosten de la familia.

Las niñas van á casa de algun sastre, ó á alguna tienda de calzado, donde trabajan doce ó catorce horas por dos ó tres reales. Otras, á la edad en que todavía necesitan de los cuidados maternos, entran á servir, y se las encarga del cuidado de una ó más niñas, poco menores que ellas.

Por lo regular no suele haber muy buenos ejemplos á la vista de estas desgraciadas criaturas. Además, la servidumbre, por mucho que se quiera decir en contrario, es siempre dura, é imprime un sello amargo en el corazon de quien la ejerce. Esas pobres niñas, que cosen elegantes brodequines, se preguntan al verse su pobre calzadillo roto:

—Qué más méritos que nosotras han contraido las elegantes niñas para quienes trabajamos?

Las que en casa de una modista son relegadas á lo más oscuro de la trastienda, por lo deteriorado y miserable de su traje, se hacen igual pregunta: y cuando sus salarios les han permitido comprar otro nuevo, y son admitidas en medio de sus compañeras, rodeadas casi siempre de jóvenes calaveras y desocupados; cuando se aproximan á los quince años, y la sangre bulle en sus venas; cuando se ven seguidas y galanteadas por sus gracias: cuando les hacen ofertas tentadoras y halagüeñas; esas niñas que no saben rezar, ni leer, ni escribir; esas niñas, á las que sus familias han criado sin ninguna idea de religion y de moral; esas niñas

que no saben más que lo que la necesidad ó el egoismo de sus padres les enseñó para que no se muriesen de hambre; esas niñas sucumben á la tentacion, como no puede ménos de suceder, y se pierden para toda su vida!

# CAPÍTULO XI.

## De la literatura en la mujer.

### I.

Ha sido tan debatida, y á veces tan injustamente juzgada la cuestion de si convenia ó no la literatura en la mujer, que bien necesitaba hoy la defensa de otra pluma más elocuente que la mia.

Muy pocos séres se encuentran que sean defensores del talento de la mujer. Los hombres, en general, declaman contra él, porque, preciso es confesarlo, su instinto orgulloso y egoista les hace desear que la condicion de la mujer, sea siempre esclava de la suya, como si el talento de esta débil mitad del género humano pudiese ser nunca gemelo del talento del hombre.

Por lo regular, la poesía de la mujer es dulce y melancólica; pero ¡cosa extraña! muchas mujeres que cantan al dolor como á su inseparable compañero, que en sus versos lloran resignadas, son en su casa, y en el interior de su familia, unas arpías, coléricas, vanas y llenas de pretensiones.

Yo conozco algunas mujeres que escriben, que no hablan ni andan como las demas.

Su acento es siempre lloroso y declamatorio.

Su paso afectado y lento.

El alimento que toman á la vista de las gentes no bastaria para sustentar á un pájaro; y sus posturas en el sofá y la butaca, únicos asientos que ocupan con preferencia á sus padres y superiores,—son tan abandonadas como indecorosas.

En el terreno de la discusion, quieren que su opinion prevalezca siempre, porque su soberbia y vanidad no les permiten usar con nadie de la menor deferencia; nunca acompañan á una señora más allá de la primera *portière*, ni vuelven visitas, ni hacen compañía á una amiga enferma, si es que existe alguna criatura dotada de tanta paciencia y bondad que pueda ser amiga de esos séres. En suma, el tipo de la literata, tal como yo he visto algunas, es tan empalagoso, tan perjudicial, que no me sorprende que inspire aversion.

¿Podrá creerse en la sensibilidad que estas mujeres derraman en sus versos? ¿En las virtudes que predican en ellos? ¿En los sufrimientos extraordinarios que describen?

Si descuidan todos los deberes de la familia, si son intolerantes, inmodestas, vanas y soberbias, sus obras caerán en el ridículo, que casi siempre, aunque sea velado, acompaña á las obras de la mujer.

*Sólo la verdad convence*, ha dicho Ciceron. Y este axioma es tan innegable que todos los dias le vemos confirmado. Aunque los escritos de esas mujeres, de las cuales acabo de hablar, seduzcan, como productos de lozanas imaginaciones, á otras imaginaciones fogosas é impresionables, el corazon del lector quedará vacío, sin que quizá sepa él mismo darse cuenta del por qué.

No puede ser buena la mujer que descuida sus deberes. Tal vez escribirá con arte, pero no con verdad y conviccion; y en ese caso, sólo puede alucinar á entendimientos muy medianos.

Si se entrase en el interior de la casa de algunas escritoras, se veria, como lo he visto yo, que éstas son un mueble enteramente inútil, aunque muy costoso.

Yo trataba en una capital de provincia á una familia respetable, de la cual formaba parte una *poetisa:* al ménos éste era el nombre que daban sus padres á una jóven que estaba todo el dia emborronando papel con renglones desiguales. A primera vista se comprendia cuán caro le costaba á la familia *el talento* de aquella criatura. La erudita debia, en su opinion, usar más lujo que sus hermanas, porque su *vena poética* la habia hecho ya muy conocida. Si el vestido se llevaba largo, la cola del de la literata era casi regia. Si se llevaban cintas en el cabello, se habia de contar con una pieza más para la escritora. Habia olvidado el zurcir y el

hacer andar lista á la criada si su padre deseaba comer algun dia más temprano. No planchaba ni un pañuelo, y consentia que su anciana madre se tomase ese penoso trabajo por el temor de ver enrojecidas sus blancas manos. No limpiaba la casa, ni cosia la ropa de la familia. Si habia un enfermo, no podia confeccionar ni aplicar una cataplasma, porque *se le echaba á perder el estómago.* ¡Comia tan poco! Y si el enfermo se agravaba, su *extremada sensibilidad* la hacia huir á otra estancia muy lejana, dejando á manos extrañas el cuidado de cerrar los ojos de una persona que debia serle muy amada.

Por estos tristes ejemplos se teme en las familias, como al fuego, á una literata. En vez de ser, como debia, el modelo de todas las virtudes; en vez de ser generosa, sumisa y tierna, es, por lo regular, egoista, altanera é insensible. En su corazon no tiene entrada ni áun el dulce sentimiento del amor, porque todo aquel que le manifiesta aficion le parece poco para ella, y por otra parte, no se quiere casar hasta que tenga treinta años, para dejar ántes bien consolidado su nombre.

¡Extraño delirio es por cierto el que hace abandonar la dulce dicha del hogar doméstico para correr detras de un fantasma, que raras veces ve realizado el hombre, y que nunca alcanza la débil mano de la mujer! Cuando las literatas de que hablo se deciden por fin á casarse, si encuentran con

quién, lo cual suele ser cuando ellas quieren, algo dificultoso, entónces ¡ay de sus esposos y de sus hijos!

Es bien sabido que en España la literatura, léjos de enriquecer al que la cultiva, le empobrece, porque en estos tiempos en que tanto se escribe, es tan difícil encontrar un editor, como un marido, y tan difícil agotar la edicion de unas poesías, como hallar un avaro generoso. Es necesario un nombre conquistado á fuerza de vigilias y penalidades. Es necesario que el que escribe haya consumido sobre su mesa el color de sus mejillas, el brillo de sus ojos y la savia de su vida, para que pueda ganar algun dinero con su pluma.

Y esas pobres mujeres ponen en tortura su ingenio por ver sus versos impresos en los periódicos de sus provincias, alcanzando por recompensa las quejas de sus esposos, que carecen de la precisa decencia, y el llanto de sus hijos, á los cuales golpea la niñera, exasperada porque sus padres le deben algunos meses de salario.

¡Desgraciadas! ¿Qué dicha encontrais en esa frívola vanidad que pagais tan cara?

—¿Qué debo yo á tu talento? dirá el esposo que ve descuidado el gobierno de su casa, y que tiene que repartir su corto sueldo entre la costurera y la planchadora, si quiere que no le falte lo absolutamente indispensable.

—¿Qué tenemos que agradecer al ingenio de

nuestra madre? Se preguntarán los hijos de la literata cuando la luz de su razon les haga deplorar el descuido de su educacion.

¡Ah! estos cargos, sin contar con la maledicencia de la sociedad; estos amargos cargos de las personas que deben ser las más queridas para la mujer, bastan para extirpar de todo corazon amante y honrado el funesto afan de gloria literaria que domina hoy á mi sexo.

## III.

No creais por lo que llevo escrito, quizá con sobrado atrevimiento, que el deseo de alcanzar una gloria sin rivales me hace hablar así. Hay en mi corazon una propension decidida á amar á todo aquél que ha nacido con aspiraciones de poeta, ora le ayude por dicha su talento, ora le niegue el cielo la luz purísima de la poesía; y esta propension se convierte en el más puro afecto hácia toda mujer que toma en sus delicadas manos el arpa de Safo y de Corina.

Nunca he podido concebir cómo existen almas bastante bajas para ensañarse en las composiciones de los débiles séres que pertenecen á mi sexo. Lo dije ya en otra ocasion al dar al público uno de mis escritos, en que defendí el talento de una mujer (1).

(1) La señora Lozano de Vilches.

Cuando trato de poner en relieve lo necesaria que es su buena educacion para la sociedad, me parece vislumbrar una sonrisa en los labios de más de un lector al ver que defiendo mis propios intereses. Pero, como entónces, vuelvo á rogarles hoy que se detengan á reflexionar un momento, y fácilmente me perdonarán que sea yo el abogado de una causa, que tantos y tan encarnizados fiscales tiene.

Yo acabo de poner en evidencia todas las ridiculeces de la mujer escritora. Acabo de probar tambien que este tipo, tal como se ve y se comprende, es altamente perjudicial; y ahora añado con todo el fervor de mi alma: ¡ojalá que todas las mujeres naciesen escritoras y con talento para enaltecer, moralizar y hacer mejor nuestra corrompida, materialista y prosaica sociedad! La culpa de todas las ridiculeces de la literata, de todos los perniciosos ejemplos que da, de todas las graves inconveniencias en que incurre, de todos los disgustos domésticos que causa, esa culpa es de sus madres.

¿Por qué las dejan desde los seis años, edad en que comunmente una niña sabe leer, por qué las dejan, digo, devorar dramas y novelas á su sabor, sin tasa ni cuidado? ¿Pensais que una imaginacion vírgen y lozana se empapa impunemente en el *Martin el Expósito*, *Memorias de un médico*, y *El hombre de los tres calzones?* ¿Pensais que sólo les proporcionan diversion *El hijo del Diablo*, *Catalina Howar*, *Antony* y *Adriana Lecouvreur?*

Pues os equivocais. Niña hay á quien yo conozco, y cuyos padres son tan respetables como respetados, que está devorando *Los Tres Mosqueteros*, y no ha cumplido los ocho años; y su familia no halla inconveniente en que se entere de las maldades de *Milady*, de los adúlteros amores de *Mme Bonacieux*, y de la escandalosa pasion de la *señorita Lavallière* por el rey, pasion que se infiltra tanto mejor en los corazones jóvenes é inexpertos, cuanto está revestida de una forma más poética, dulce y sentimental.

Las madres están contentísimas de que sus hijas, al volver del colegio, tomen de los estantes de sus padres cuantos libros quieran, á trueque de que no les molesten saltando, cantando y corriendo durante las horas que permanecen en casa. Pero las tiernas lectoras, cuando llegan á los trece años, siguen en cuanto pueden los pasos de las heroinas de sus novelas; y si al fin la rigidez pundonorosa de sus familias les impide hacerlo—porque ya he dicho que familias idólatras del honor las dejan leer cuanto quieren—entónces procuran desfogar su imaginacion, ardiente de sí y acalorada por una indigestion de ideas, escribiendo á su vez novelas y versos, que necesariamente han de tener el impuro colorido de la literatura que conocen. Sin embargo, los padres, que ven en la aficion á la pluma una distraccion á las coqueterías, sobrado prematuras, de sus hijas, y que, por otro lado, ven

halagada su vanidad con tener una hija escritora, las dejan que empleen en escribir los ratos de descanso.

Pero en breve crecen las exigencias de las niñas; tienen que concluir alguna obra importante, necesitan más tiempo, y los padres, que ya han dado el primer paso en la senda resbaladiza de la complacencia, ceden cada dia un poco, llegando el caso, cuando las niñas cumplen veinte años, de que se les ha olvidado cómo se coge el plumero para quitar el polvo á los muebles, y en qué dedo se pone el dedal.

¡Infelices niñas! ¿Qué educacion, qué estudios os han dado para que deis vosotras á la voraz mordacidad del público los productos de vuestra pluma? ¿Cómo han dirigido vuestra imaginacion para que sean útiles y consoladores los pensamientos que broten de ella? ¿De qué manera han moralizado vuestros hábitos, vuestras costumbres, para que deis lecciones á los demás?

¡Ah! Vosotras sois las que producís esos volúmenes de poesías, en que hay quejas de males imaginarios. En que se deplora la suave y dulce condicion de la mujer, como si fuese un mal el haber nacido para ser el ángel del hogar doméstico. En que se lloran amores, que quizás nunca se han conocido. En que se interpretan los decretos de Dios. En que se llama *abrasadora hoguera* al hermoso y vivificante sol, y *antorcha de dolores* á la

suave y apacible luna. Y los que os conocen y saben que sois coquetas, que vestís con más esplendidez y afectacion de las que á vuestra posicion convienen, que dais un seco *perdone usted* al pobre que llama á vuestra puerta, aunque esteis almorzando, se rie de vuestros escritos, tanto, por lo ménos, como vitupera vuestras acciones.

Por su misma felicidad y por la de todos los sérés que la rodean, es conveniente y hasta necesario inculcar la poesía en el alma de la mujer. Porque la poesía no es hacer versos ni escribir novelas. Una mujer, que ve poner el sol rodeada de sus hijos, y les hace comprender en este grandioso espectáculo la bondad próvida de Dios, es más poetisa que la que llena un grueso volúmen de insípidas lamentaciones, sin objeto moral ni provechoso.

La madre que cuida en su retiro flores para que perfumen el aposento de sus hijos, que ama y comprende la música, que educa á su familia en el temor de Dios y en la virtud, que enseña á sus hijas á hablar con graciosa y moderada dulzura, que las enseña á vestirse con gusto y sencillez, es para mí la verdadera poetisa, porque la poesía es el sentimiento de lo bello. Una mujer muda y manca, que no puede escribir, pero que comprende la grandeza del poder de Dios, que se conmueve al contemplar la belleza de la creacion, que ama el perfume de las flores, que derrama lágrimas al ver

un anciano que le pide limosna, es, para mí, una gran poetisa; más diré, es, segun mis creencias, una mujer sublime.

Existe una mujer que es, en mi concepto, una de nuestras primeras poetisas, á la cual ridiculizaban algunos porque vive en una pequeña aldea, porque por su pobreza se ve reducida á desempeñar todos los quehaceres de su casa, y porque en su parte física ha sido poco favorecida de la naturaleza. Sin embargo, esa mujer implora en sus cantos á la Madre de Dios con tanto fervor y ternura, compadece con tan dulce sentimiento á un pájaro enjaulado, canta al genio del poeta con tant verdad y valentía, que el contraste de su vida mísera y de su desconocido martirio con la grandiosidad de su alma y la bondad de su corazon, la han enaltecido á mis ojos sobre todas las mujeres.

¿Por ventura, no es una adorable virtud sujetarse á los trabajos más duros, comprendiendo todas las grandezas de la vida? ¿No es propio de una santa, conservar, en medio de las penalidades, tanta bondad de corazon, tanta frescura y lozanía en las imágenes? Esa mujer, aseando su casa, mullendo su lecho, es, á mis ojos, la mayor poetisa de nuestros dias, porque es la más sufrida y virtuosa; en tanto que la escritora, envuelta en sedas, hundida en una cómoda butaca, llena de perfumes y peinada á la inglesa, me parece tan despreciable como ridícula.

## IV.

Ya dije en el capítulo primero, que la educacion en España está reducida á tres clases. La educacion de la grandeza, encomendada al aya. La educacion *á la francesa*. Y la educacion *á la antigua*.

Las jóvenes, formadas por la primera, viven demasiado agitadas para que piensen en escribir, aunque algunas mujeres de gran talento han salido de la aristocracia. A la segunda clase pertenecen las que devoran libros á su placer. Las de la tercera no son generalmente de organizacion poética, porque, como ya dije en el mismo capítulo, sus padres procuran ahogar en ellas toda aficion instintiva á lo bello.

Esa clase procede de un modo enteramente contrario, pero no ménos perjudicial, que la que deja á sus hijas leer dramas terroríficos y novelas espeluznantes é inmorales. En esas familias, la mujer está relegada al hogar doméstico y se la educa con el más exquisito esmero para que su imaginacion, en vez de elevarse, se circunscriba á los más estrechos límites posibles. No se le dan libros de ningun género; pero en cambio, se la exige que sea *buena esposa* y *buena madre*, sin pensar en que no puede dar ni enseñar lo que no le dieron ni aprendió. Sin reflexionar que una *buena esposa* no

llena tampoco sus obligaciones sabiendo sólo coser, bordar y cuidar de sus criados, ni podrá hacer feliz á su marido con tan escasa ciencia. Que no podrá formar y dirigir el corazon de sus hijos quien ha sentido secarse el suyo con el rigor de su educacion, y que, léjos de ser *buena madre*, ni áun religiosa puede ser, la que se ha acostumbrado á mirar á Dios bajo el mismo prisma que mira al gran Mogol, á quien jamás ha visto, y á las obras de ese Dios tan bueno y amoroso, como á los muebles que adornan su cárcel doméstica.

Un término medio, entre esos dos extremos, es lo que hace falta en la educacion de la mujer. El abandono de su inteligencia es tan culpable, como el obligarla á que se desarrolle viciosamente. Escoged, madres de familia, los libros que han de leer vuestras hijas, ó, si no teneis criterio bastante para ello, aconsejaos de una persona competente. Enseñadles bien y con preferencia todas las labores propias de su sexo y que tan necesarias son para el gobierno de su casa. Enseñadles á leer y escribir con perfeccion. Si es posible, enseñadles la música y el dibujo, esas dos artes que elevan el alma y la aproximan á Dios. Inspiradles amor y respeto á su Criador. Enseñadles á comprender y á admirar las maravillas de la naturaleza. Y, sobre todo, dadles un constante ejemplo de paciencia, dulzura, resignacion y amor.

La poesía del corazon y de la virtud, la irán ad-

quiriendo á medida que vayais ilustrando sus inteligencias. Nada de ciencias ni de estudios áridos, que al paso que les robarán el tiempo que deben emplear en sus deberes domésticos, fatigarán su imaginacion y llevarán el vacío á su alma. La instruccion de la mujer debe estar reducida únicamente á sentir, á amar á su esposo y á sus hijos y á saber educar á sus hijas para que sean lo que ellas deben ser: buenas esposas y buenas madres.

Rara es la mujer á quien se cuida de elevar su inteligencia por medio de lecturas ejemplares y tiernas, á quien se ofrece un saludable y constante ejemplo de virtud, á la que se le cultiva el espíritu con la música, el dibujo y la lectura de poemas escogidos y bellos; rara es, repito, la que, educada de este modo, no atesora un raudal de poesía, consolador y dulce. Entre las que se eduquen así habrá infinitas que puedan escribir con perfeccion los libros que hayan de leer sus hijas. ¡Y qué más hermoso y ópimo fruto puede dar el talento de la mujer, que el de escribir un curso de educacion para su familia, y dar una parte de su alma á las que son partes de su sér!

## V.

Todavía, y ántes de decir cómo yo comprendo á la poetisa y escritora, todavía voy á hablar de otro tipo de literatas, tan extraño como incomprensible.

Hay algunas mujeres dotadas de talento, y áun de variada instruccion, que, por el afan de dedicarse á las tareas de la pluma, olvidan enteramente el cuidado de su familia, de su casa, y hasta el de sí mismas. Todo el sentimiento de lo bello, de que están dotadas sus almas, lo depositan en sus libros, y la fealdad y el descuido más repugnante reina en torno suyo.

Por mi parte, puedo decir que, al leer en sus novelas la descripcion de una mujer bella y elegante, no he visto con los ojos del entendimiento á aquella mujer que me presentaban. He visto con los ojos de la memoria, á la autora con su descuidado y feo traje, con su cabello descompuesto, ó arreglado ridículamente, con sus manos ásperas y enrojecidas, no por los quehaceres domésticos, de los cuales no se ocupan esas mujeres, sino por el completo abandono de su propia persona.

No quiero pintar con más detenimiento este tipo que algunos de mis lectores conocen sin duda; pero quiero decir una verdad, dura, si bien incontestable con respecto á él. Los que no tratan á las literatas de que acabo de hablar y las conocen sólo de vista, creen, al leer sus obras, que ellas las firman y otra persona las escribe. Las personas de su trato íntimo, al ver sus libros, les encuentran, por muy bellos que sean, el sello de ridiculez que parece inherente á su autora.

*Hay una perfecta armonía*, dice un gran poeta inglés, *entre el genio y la belleza.*

Yo digo á mi vez. Hay una simpatía admirable entre el talento y el buen gusto. Desentendiéndose de la belleza por completo, el talento mengua insensiblemente, ó no crece por lo ménos.

No soy yo de las que creen el lujo indispensable, y soy la primera en condenar los estragos que ocasiona. Pero pienso que una mujer jamás debe descuidar la belleza en sí misma y en todo aquello que la rodea.

La escritora, á mi modo de ver, es algo más que una mujer comun; tiene otra mision más elevada que llenar que las demás mujeres, y por otro lado, tiene los mismos deberes que cumplir. Tiene que responder delante de Dios, lo mismo que todas las mujeres, de la felicidad de su familia; por ser escritora, no deja de ser hija, hermana, esposa y madre; y además de estos deberes sagrados, su mision le impone otros nuevos y no ménos penosos. Así, y á mi modo de sentir, la escritora debe ser, ó á lo ménos debe procurar serlo, un modelo de las virtudes que enaltezca con su pluma; y al mismo tiempo debe haber armonía entre la belleza de sus pensamientos y la belleza de su sér.

De lo contrario, ¿cómo convencerá con sus escritos? ¿Quién los estimará? ¿Quién querrá adquirirlos?

Oid, lectoras mias, una puerilidad que os voy á

decir, porque ya sabeis que hablo con vosotras como una amiga.

Tengo yo en mi casa dos estantitos llenos de mis libros predilectos. Ambos están colocados en mi cuarto de escribir y de estudio.

Pues bien, en esos estantes, en esos libros hay encerrados séres, á quienes quiero con el alma, y que se me figura que me hacen compañía. Hay en los personajes de las historias que contienen mujeres á quienes miro como amigas, y que toman cuerpo para los ojos de mi imaginacion. En una palabra, se me figura que un buen libro, colocado sobre mi costurero ó velador, me acompaña.

Todas las mujeres que escriben debian desear que las demás mirasen los libros que producen como amigos, y que los amasen como yo amo á mis libros favoritos. La literatura inmortal es la que logra ocupar, no sólo la cabeza, sino tambien el corazon: es la que hace bien, la que consuela, la que acompaña, por decirlo así.

Cuando leemos una dulce historia que nos conmueve todas las fibras del sentimiento; una historia de esas que leemos en la soledad de una velada, y á la luz de nuestra modesta lámpara, deseamos conocer á la autora. ¿Qué diríamos si se nos presentase de repente, sucia, desaliñada, vulgar, y ostentando unos modales llenos de grosería? ¡Qué desencanto tan triste! Nosotros que nos habiamos identificado con los personajes de la novela, que

habiamos creido que la más bella y dulce de sus heroínas era el retrato de su autora, que la amábamos por su gracia, y le estábamos agradecidos porque nos habia dado algunas horas de placer, sentiríamos mucho, el que hubiese aparecido á nuestra vista, porque siempre es triste perder las ilusiones.

El hombre escribe siempre para conquistar fama, riqueza ó posicion social. El principal objeto de la escritora debe ser el hacerse amar de sus lectores. El hombre escribe casi siempre para el hombre. La mujer debe escribir para su sexo. Su objeto debe ser la utilidad, el recreo de las otras mujeres.

Muchas amables jóvenes hay á quienes la módica fortuna de sus padres no permite concurrir á los bailes y diversiones que tanto se ambicionan á su edad, y que pasarian con un buen libro la velada sin pensar en las gasas, en las perlas y en las flores, que tantas otras lucen, y que ellas no pueden alcanzar. Para estas jóvenes es preciso escribir. Para ellas faltan libros que las compensen de sus privaciones. ¿Cuánto no agradecerán esas amantes madres, que adoran á sus hijas, un libro que las distraiga de otros pensamientos tristes, que las divierta con utilidad?

Mas para que esas jóvenes imaginaciones se embeban en la lectura, para que olviden las lisonjas y las galas del baile, hay que ofrecerles historias dulces, llenas de sentimiento y de verdad. Ese be-

neficio es el que me he propuesto hacer á las jóvenes de la clase media, escribiendo mis *veladas del invierno, en torno de una mesa de labor* (1). El escribir, sólo por escribir ó por vanidad, no dará jamás una reputacion sólida. Preciso es que la escritora sea simpática y estimable á la sociedad, útil y agradable en sus obras, si quiere consolidar su fama y hacerla inmortal. La opinion pública, en cuanto á la personalidad, es el más poderoso auxiliar del renombre que da el talento.

Yo condeno tambien el afan que tienen algunas mujeres que se dedican á la literatura, de meterse en todas partes, de adquirir muchas relaciones, de hablar de sus versos y escritos, hasta á las personas más profanas en la literatura, con una incansable y fatigante verbosidad.

A mi modo de ver, el gran talento tiene cierto pudor. Sé que la tierna, que la admirable madame Cottin era bonita, delicada y en extremo distinguida y elegante. Yo me la he figurado, además, dulce, pero reservada y tan bellamente distinguida en los hábitos de su vida privada, como en sociedad. En suma, no admiro á la mujer erudita, estudiosa, atestada de instruccion, y que está por encima de todas esas *pequeñeces* y delicadezas de la vida. Admiro á la poetisa, á la escritora, que

(1) Las publicó el editor Sr. Manero en Barcelona, y ántes de un año se agotó por completo la edicion.

cuida de la economía de su casa, que la sabe embellecer, sea cualquiera su fortuna, que es elegante, graciosa, distinguida, y que escribe sencillamente para solaz del hogar doméstico.

No quiero á la mujer varonil. Quiero á la mujer enteramente femenina, con su llanto, su graciosa risa, sus coqueterías, en una palabra. Quiero que sepa zurcir y tejer bien un par de medias, y bordar con gracia una flor, y que no deje de saber esto por aprender el inglés y el aleman. Quiero que escriba para las buenas madres, las buenas esposas, las buenas hijas, que no saben más que amar y rezar, y no que eche á borbotones la erudicion y la ciencia.

Si así escribieran todas, los hombres no se ensañarian contra las escritoras. Unos por lástima, y otros por afecto y gratitud, les perdonarian sus libros.

Yo nada sé y creo que nada sabré jamás.

¿Para qué? Nací cantando como los pájaros y cantando moriré. Hay en mi alma fe cristiana: hay en mi corazon buenos sentimientos: Dios ha iluminado mi inteligencia con la luz eterna de la verdad, y esto será lo que hallarán mis lectoras en mis libros, y creo que basta para que me amen.

Yo sé que los grandes talentos dicen:

—¡Pobrecilla! dejadla: va por su senda sin incomodar á nadie.

¡Ah! ¡Cuánto bien me hacen esas palabras! Sí,

yo seguiré mi senda, sin afan, sin ambicion. A nadie haré daño en ella, Dios bendecirá el pan que mi pluma me gane para la vejez, y sólo os pido por recompensa, madres jóvenes y hermosas doncellas, que enseñeis mi nombre á vuestros hijos, y que vayais, cuando yo no exista, á poner algunas oraciones y algunas flores sobre mi sepulcro.

## VI.

La influencia de la mujer es de suma importancia en la sociedad. *Una madre*, dice Alfonso Lamartine, *una buena y poética madre, hace de su hijo lo que quiere.*

Mirad al ilustre poeta en corroboracion de sus palabras. Mme de Lamartine era un modelo de ternura, sensibilidad y virtud, y no hay poeta más tierno y sensible que su hijo.

Volved la vista á Byron. El espíritu mordaz, el carácter sañudo é irascible de su madre, están bien reflejados en las obras del hijo. Y á pesar de la incomparable hermosura de sus poemas, siempre dejan éstos un sabor amargo en el corazon, y un vacío desconsolador en el alma.

No me cansaré de repetirlo: educando bien á la mujer, se obraria un cambio saludable en todo el universo; pero su educacion debe ir presidida por la virtud. Débesela ilustrar en ciertas materias. Pero esta ilustracion debe ser sencilla, tierna, per-

suasiva, porque la mujer ilustrada se comprende sólo dividiendo su tiempo entre el cuidado de su casa, el uso de la aguja, y el ejercicio de la pluma cuando se entrega á él sentada entre las cunas de sus hijos, que era como Mme de Lamartine escribia su diario, tan poético, tan tierno y tan sublime, pues su lectura fué la que hizo poeta á su hijo.

¡Pluguiese á Dios que todas las mujeres naciesen escritoras, como yo comprendo que deben serlo! Entónces se convencerian nuestros severos detractores de que nadie, cual la mujer, puede moralizar la sociedad y hacer brotar en ella semillas de virtud, y de que, cultivando su inteligencia, tendria el mundo fervorosos apóstoles de paz y religion, más persuasivos que los de la ciencia, porque la mujer tiende siempre á conmover el corazon y le alumbra con la estrella divina del amor, y con la sagrada antorcha de la verdad.

# CAPÍTULO XII.

**Del prestigio que ejerce en las mujeres el amor.**

El amor es el sentimiento que más exclusivamente ocupa el corazon de la mujer y, por tanto, el que más dominio y poder tiene sobre ella, sean cualesquiera su educacion y carácter. La mujer nace amando y amando muere. Jamás llega para ella esa época de desencanto, que más, ó ménos tarde, fatiga al hombre. Rara vez, aunque la acosen por do quiera las decepciones, rara vez se hace positiva y materialista.

Hánme contado de algunas mujeres, que son tiernas esposas y excelentes madres, que en otros dias vivieron en el fango del vicio, de donde las sacó la mano caritativa y tierna de los que luégo han sido sus esposos. De una, sobre todo me refirieron una anécdota, que me hizo calificarla de un monstruo de egoismo. No obstante, el trato, aunque poco íntimo, que despues tuve con ella, me convenció de que mi opinion era equivocada.

Difícil hubiera sido hallar una mujer de trato más dulce, ni de sentimientos más tiernos y generosos. Confundíame yo en mil diversas conjeturas, pues, cuando la veia, un irresistible impulso me inclinaba á amarla; mas no bien me apartaba de su lado, aquella amarga historia venía á mi mente con odiosos colores y me hacia avergonzar de mi misma inclinacion.

Un dia me atreví por fin á preguntarle por su vida pasada.

—Mi querida María, me contestó: no me atrevería á confiar á usted mi pasado, si, en vez de ser esposa ya, fuese usted solamente hija de familia; pero su estado me anima á complacerla y cuento además con su indulgencia y bondad. Esta noche, despues que haya acostado á mis hijos, referiré á usted mi historia.

Esperé impaciente la hora en que debia ir á casa de Emilia, que este es su nombre, y así que nos quedamos solas, me refirió toda su vida con la más sincera franqueza. Por ella vi que ese drama que con tanto placer hemos admirado en el teatro frances con el título de *La dame aux Camellias*, en el Príncipe con el de *¡Redencion!* y en el Real con el de *La Traviata*, no es tan raro como se cree. La pobre Emilia fué redimida por un hombre, bastante generoso y amante para hacer aquella obra de sublime caridad.

Dentro de algun tiempo daré á la prensa la his-

toria de Emilia, autorizada por ésta y por su esposo. Por ella se convencerán cuantos la lean de que el amor cambia enteramente el carácter de la mujer, siempre que su corazon no esté pervertido.

Craso y lamentable error es el creer que la mujer no ama en su vida más que una sola vez, así como en muchos casos es una verdad innegable en el hombre: éste tiene una edad de ilusiones y de confianza en que entrega su corazon henchido de toda la pasion que se puede contener en él. Luégo el desengaño, el cálculo, los cuidados de la familia y la ambicion, apagan ese sentimiento, ó le templan de tal modo, que llega á ser en su vida la parte más secundaria. Pero la mujer ve toda su dicha pasada, presente y futura en el amor. Encerrada en los estrechos límites del hogar doméstico, cada dia consagra algunas horas á meditar en sus recuerdos y en sus esperanzas, siempre nacidos y pendientes del amor.

## II.

Apénas abre la mujer los ojos á la luz, ama ya la figura de sus padres, que ve vagamente ante sus ojos. Pocos dias despues, ama su voz, y conoce y anhela sus caricias entre todas las que recibe. El amor ciego y exclusivo á su madre crece con ella; y aunque han existido algunas mujeres que han despreciado y aborrecido á las que les dieron el sér, se ha visto siempre que durante su infancia las

han amado con la mayor ternura y la más decidida preferencia.

A los tres años, sin dejar de amar á su madre, ama la niña á su muñeca. ¡Pero con qué abnegacion tan tierna! Por su muñeca se despoja de la pañoleta aunque tenga frio. La acuesta en su lecho. Parte con ella cuantas golosinas le dan. La pasea, la hace bailar, la mece en sus brazos, y le profesa en miniatura un afecto verdaderamente maternal.

Este amor dura en toda su fuerza hasta los diez años. Entónces empiezan á halagar la vista de la niña su vestido de seda, su pantalon bordado y su sombrero, de castor en invierno, y de paja en verano. Desea que le pongan brazaletes, que le ricen el pelo, y que perfumen con agua de olor su diminuto pañuelo.

La niña empieza á tener amigas, y entre ellas distingue á una con mayor cariño que á las demás. Ya no es sola la muñeca quien la ocupa; quizás la pobre muñeca queda olvidada muchas veces por la amiga, y ésta adquiere el derecho de zarandearla á su placer, desnudarla, vestirla y zurrarla, si así se le antoja.

Yo me acuerdo que tenía un vivo pesar cada vez que una de mis primas y mi mejor amiga maltrataba una gran muñeca, que mi buena mamá me habia comprado en Madrid. Pero el cariño que me inspiraba mi prima, ahogaba, ó mejor dicho, do-

minaba al que profesaba á mi muñeca, y callaba por no incomodar á la primera, desquitándome, cuando me quedaba sola, en acariciar á la segunda, á semejanza de una madre demasiado débil para contener los arrebatos de un esposo que maltrata á sus hijos.

Amando á sus padres, á su muñeca, al lujo y á sus amigas, llega la mujer á los doce años. Entónces nace en su pecho una vaga necesidad de amar á alguna otra cosa que no conoce todavía. Pierde el sueño, ya no rie con las francas carcajadas de la niñez, y algunas jóvenes pierden tambien á esta edad el apetito y el color.

Hay algunos padres imprudentes que enseñan á sus hijas, desde sus primeros años, á que llamen *su novio* al niño de un amigo ó de un vecino. Estos amores en miniatura les divierten grandemente, y fomentan y provocan entre los niños, como dice Eugenio Sue, escenas de *celos*, *de cariño y de rabieta*. Pero estos juegos, inmorales siempre, dan no pocas veces funestos resultados. Las inocentes *novias* pierden desde muy temprano el pudor, innato en la mujer, y el decoro, que es el mejor adorno de su sexo.

La mujer debe sentir el amor ántes de adivinarlo, y necesita ofrecer un corazon puro á aquel cuyo cariño ambicione. Las niñas, criadas así, pocas veces se vuelven melancólicas á los doce años. El amor en teoría es un manjar de que su paladar está

hastiado ya, y á esta edad suelen mantener amores y correspondencia con el vecino de enfrente, ó con el primito á quien daban el título de *novio* cuando apénas sabian andar. Estas niñas son despues las que hacen alarde de un egoista y desenvuelto coquetismo, y las mismas que los hombres buscan para divertirse, pero de las cuales huyen con horror para casarse.

Nada hay más odioso que el coquetismo en la mujer. Este defecto es tan distinto de la coquetería, como el orgullo lo es de la vanidad, aunque la generalidad los confunde en uno mismo. El coquetismo, así como la vanidad, son siempre perjudiciales y se hacen aborrecibles, al paso que la coquetería, bien entendida, es agradable y tan conveniente como el orgullo, cuando se le dirige bien. Pero el coquetismo y la vanidad necesitan ser tratados con más detencion, y no pueden, por lo tanto, ocupar una parte secundaria en este capítulo.

## III.

Segun la organizacion de la mujer, á los trece años ama ya. Hay naturalezas entusiastas y apasionadas, que necesitan querer para dar salida al raudal de ternura que rebosa en ellas.

¡Oh! ¡cuán necesaria es en esta peligrosa edad una buena y sólida educacion! ¡Cuán preciso que la mujer, al llegar á los umbrales de la juventud,

conserve íntegro y puro el sentimiento de su propia dignidad!

Las criaturas á quienes Dios dotó generosamente de esas bellas organizaciones, sienten, al animarse su corazon, que su gratitud y su amor al Criador se aumentan. No hay oracion más fervorosa que la que se escapa de los labios de una adolescente, ni más rica en pureza y sentimiento.

El corazon de una madre salta de alegría, al sentirse abrazar por su hermosa niña y al oir su voz vibrante de ternura que le dice al oido:

—¡Cuánto te quiero, mamá mia!

Este grito de amor resuena hasta lo íntimo de las entrañas de una buena madre, porque las buenas madres leen en el corazon de sus hijas, y ven con orgullo que la primera expansion del afecto, que le va llenando, es para ellas.

La mujer, á esta edad, se vuelve más amante; ama á las flores, al sol, á las aves. Ama á la música, á sus libros, y siempre que lee ó le refieren una accion generosa, se llenan de lágrimas sus ojos y siente un intenso é indecible placer cuando puede socorrer á un desgraciado.

¡Hermosa y risueña adolescencia! ¡Tú eres la edad más dichosa de la vida! ¡Rodeada de doradas ilusiones, sólo ves la existencia á traves de un rosado prisma! Tus dolores son pasajeros, como tus lágrimas, porque, al secarse éstas, se olvidan aquéllos, ántes de que hayan hecho mella en el corazon!

En esa edad, la mujer ama, por fin, á un sér ideal que se forja ella misma, eligiendo entre los más hermosos héroes de sus libros. Si dirigen con tino sus lecturas y lee solamente lo que debe leer, ama al amante de *Dalinda*, al hijo de *Palemon*, ó al *Pablo* de Bernardino de Saint Pierre: si no, ama al *Vizconde de Bragelonne*, á *Franz*, ó á *José Bálsamo*.

Pero llega un dia en que un hombre suspira á su oido palabras de amor. Si es jóven y gallardo desbanca al amante imaginario, porque la niña encuentra en él el encanto de la vida y de la palabra, y le adorna ademas con todas las perfecciones del amante de sus libros.

Este es el primer amor de la mujer. ¡Cuán lleno está de fe, de ternura y de esperanzas! ¡Todos los defectos de la mujer, todo el egoismo que pueda abrigar su alma, toda la irascibilidad de su carácter, los extirpa su primer amor, á la manera que los rayos espléndidos del sol barren las nieblas del cielo. Este cariño llena todos sus instantes, todas sus horas; este cariño ocupa su vida entera.

¡Feliz aquella que une su suerte á la del primer hombre á quien amó! ¡Feliz la que entrega su mano al primer hombre que hizo latir su corazon! Su alma conserva siempre las creencias más puras y su corazon todas las ilusiones de la niñez. Esas mujeres son las que poseen, áun á los treinta años, la cándida serenidad de sus frentes, la ri-

queza y el hermoso matiz de sus rizos, el límpido brillo de sus ojos. La dilatada juventud de sus rostros es el reflejo de la perenne juventud de sus corazones. Esas mujeres son las que con más fervor pueden decir cada noche, elevando al cielo sus ojos y sus manos:

—¡Yo te bendigo, Dios mio, y te doy gracias por tu infinita bondad!

## IV.

El primer amor de la mujer es casi siempre vendido por el hombre. Sucede unas veces que éste entra en cuentas consigo mismo, reflexiona que puede hacer un casamiento mucho más ventajoso, y extiende las alas de su ambicion.

Otras piensa el hombre que su posicion no le permite casarse por espacio de algunos años, y que no debe hacer *perder tiempo* á la jóven que le ama, y se retira, sin dar á la pobre enamorada ni una razon ni un pretexto siquiera, que justifique ó disculpe su conducta.

No seré yo quien vitupere este modo de proceder; en mi concepto, es más honrado el hombre que obra de esta manera, que los que pasan años y años entretenidos en amores, para no casarse al fin. Entre éstos hay algunos que tienen la esperanza de que la mujer á quien dicen que aman, se aburra y les dé dimisorias ella misma.

Sea como quiera, la mujer ve perdido casi siempre su primer amor. Ve destruidas sus esperanzas y derribado el edificio de su felicidad. Entónces la mujer puede convertirse en dos séres distintos, segun su carácter y educacion.

Si es tierna, sensible y tiene sólidos principios de virtud, llora, durante mucho tiempo, y pierde la mejor parte de su belleza, devorada por la pena. Si su organizacion es vulgar, si es vana y egoista, se consuela fácilmente, y se vuelve coqueta, haciendo pagar á los demas hombres el desengaño de su primer amor. De estas últimas mujeres muchas se quedan solteras para toda su vida, porque ya dije más arriba que los hombres las buscan para divertirse, pero huyen de hacerlas las compañeras de su vida y las madres de sus hijos.

De todos modos, la mujer es constantemente la víctima del hombre. Él marchita y engaña su amor primero. Él fomenta con sus homenajes el coquetismo que provocó con su abandono, y él le impone el último castigo, haciéndole pasar una existencia triste y solitaria, y condenándola á una vejez sin afectos, sin cuidados y sin familia.

No siempre, sin embargo, es éste un órden general de sucesos; mujeres hay que, desde su adolescencia, son coquetas é inconsecuentes; que no saben sentir ni comprender una pasion; cuyas cabezas están tan vacías, que sólo aman á sus trajes, á sus adornos y á su espejo, y que, por todo esto,

son desdeñadas para esposas. Pero de semejantes faltas tiene la culpa casi siempre su educacion, y las desdichadas son víctimas de ella, sin que les quede ni el consuelo de quejarse, ni el derecho de ser compadecidas.

## V.

Llega, por fin, una época en que la mujer, desengañada, se casa con un hombre que, ignorante de su primer amor, ó dolido de su desengaño, ó enamorado de su coquetismo—esto sucede tambien algunas veces—le ofrece, con su mano, un nombre honrado.

Entónces nace en el alma de la mujer, sean cualesquiera su carácter ó su educacion, un sentimiento de gratitud por aquel hombre que la hace depositaria de su dicha y de su honor.

Yo lo asiento como una verdad incontrastable. Por poca sensibilidad que se albergue en el corazon de la mujer, ya que no el cariño, la gratitud llena su alma y la inclina hácia aquél que le da una representacion honrosa en la sociedad.

Si es vanidosa y amante del lujo, le agradece que le proporcione la ocasion de lucir sus galas y su elegante casa. Si es dulce y buena, le agradece que le dé su ternura y su corazon. En muchas esta gratitud basta para hacerlas amantes, porque el cariño se apodera insensiblemente de las almas

agradecidas. En otras, el cariño nace con la maternidad. Pero sea cualquiera su orígen, este amor tranquilo, suave, dulce como la corriente de un arroyo, es el más verdadero y durable en el corazon de la mujer.

Cariño sin pasion, pero tiernísimo, porque tiene por base el reconocimiento. Cariño, cuyo influjo bienhechor purifica el alma como un crisol. La mujer ve en su esposo, á su padre, á su amigo y á su amante.

Casi todas dejamos nuestras amistades de solteras, desde que nos casamos. Este cariño, sin embargo, no llega jamas al corazon de algunas mujeres, porque sus corazones son piedras heladas é insensibles. Pero sean cualesquiera el carácter, inclinaciones y sensibilidad de la mujer, de su marido depende, una vez casada, que sea, de grado ó por fuerza, lo que debe ser.

## VI.

Es una verdad innegable que la mujer recibe su segunda educacion de su esposo. Una jóven de diez y ocho años no puede tener, al casarse, ideas fijas, ni áun formado su carácter, y muchas mujeres que se enlazan de treinta, lo tienen tan pueril como una niña de diez y seis.

La felicidad del hogar doméstico depende, en primer lugar, de la direccion del esposo en el ca-

rácter de su esposa, y despues de la buena índole de ésta. Casi siempre las faltas de la esposa son ocasionadas por las del esposo. La mujer se deja dominar por el despecho, y es peligroso faltarle al decoro y consideracion que se le debe.

Hay tambien casos, y no pocos, en que un hombre de bien se ve ultrajado por una esposa, indigna madre de sus hijos. En esos casos, la debilidad del hombre es despreciable á mis ojos, y todo rigor me parece justo.

Mujeres conozco que cifran toda su virtud y todos los elementos de felicidad conyugal en ser fieles á sus maridos; pero que, al mismo tiempo, se creen autorizadas para ser soberbias, déspotas é iracundas. Que malgastan imprudentemente en lujo los haberes de sus pobres maridos. Que son murmuradoras, presumidas, y que en su vida tocan una labor, ni se ocupan de otra cosa que de hacer visitas y frecuentar los teatros y tertulias.

Y si sus madres ó sus hermanas se atreven á reconvenirlas dulcemente, contestan con arrogancia:

—Estoy en mi derecho haciendo cuanto me acomode: para eso soy fiel á mi marido, al paso que otras muchas no lo son.

Y los pacientes maridos de estas mujeres sufren por temor, ó creen realmente que no tienen éstas más obligacion que cumplir que la de serles fieles.

¡Ah, pobres mujeres y qué engañadas vivís! El primer deber de la mujer es el ser fiel á su esposo,

pero luego le quedan infinitos más que cumplir. Deber suyo es, ser buena, apacible y resignada. Deber suyo es, conservar lo que su esposo gana y emplearlo lo mejor posible. Deber suyo es, cuidar del arreglo y economía de su casa, y de lo que hacen sus criados. Deber suyo es, trabajar y vigilar para que sus hijos no estén ociosos. Deber suyo es, ser indulgentes y amenizar la vida de su marido con sus desvelos y cuidados.

¿Sabeis lo que haceis creer vosotras, virtuosas, iracundas é insoportables? Que vuestra virtud es vanidad y que ni un átomo de amor hay en vuestros egoistas y helados corazones para el hombre que pasa su vida trabajando por vosotras.

Aun creo que os hice demasiado favor al concederos, con la generalidad, ese sentimiento de gratitud, innato en la mujer hácia el que le da su nombre. La gratitud no tiene cabida entre vosotras. El lugar de ese dulcísimo sentimiento le ocupó la triunfante alegría de la vanidad satisfecha, porque ya no temiais que el mundo os designase con el nombre, para vosotras odioso, de *solteronas*.

## VII.

Echemos la última ojeada al corazon de la mujer, segun yo lo comprendo.

Creo, como ántes dije, que el amor cambia el carácter de la mujer. Si el hombre que se lo inspira

es digno, si la ama á su vez, si hay en él esa mezcla de energía y ternura que cautiva tanto á los corazones femeniles, si le prodiga esas atenciones que tanto agradecen las organizaciones débiles y tiernas, el amor hará á la mujer buena esposa, buena madre, y, en una palabra, *el ángel de la casa.*

Olvidemos los contrastes de la vida. Dejemos á esas mujeres nacidas para el mal. Apartemos tambien la vista de esas infelices, víctimas del abandono de sus esposos. Si buscamos á la mujer en la tranquilidad del hogar doméstico, ó en el pedestal de la gloria que le han formado sus virtudes ó su talento, veremos que es dichosa por el amor, y que el amor la ha elevado, la sostiene y la hace feliz.

# CAPÍTULO XIII

## Coquetería y coquetismo

### I.

La coquetería y el coquetismo se confunden comunmente, y, no obstante, son muy distintos entre sí. La primera la sienten todas las mujeres, desde que despunta la luz de su razon, y generalmente no las abandona hasta el sepulcro, aunque bajen á él á una edad muy avanzada. El segundo no se siente, se ejerce; porque, léjos de ser un sentimiento, es un sistema calculado y sujeto á reglas.

Aun hay otras muchas cosas que diferencian notablemente la coquetería y el coquetismo. La coquetería la siente, como ya dije, toda mujer, más ó ménos tiempo. El coquetismo lo ejercen únicamente las mujeres de corazon frio y de poco elevados sentimientos. La coquetería es conveniente. Ella constituye el principal encanto de la mujer: el coquetismo, por el contrario, rebaja su dignidad, y muchas veces mina, en la opinion pública, el pedestal de su virtud.

La mujer necesita conservar la coquetería para su felicidad, porque la coquetería es una especie de conocimiento de su propio mérito, que la induce á realzarlo en cuanto puede, y aumentarlo con mil graciosos é inocentes recursos. Puede decirse que la coquetería es un deseo constante de agradar.

La mujer virtuosa desea agradar y ser simpática, primero, á sus padres y á su esposo, y despues por amor á ellos, á la sociedad en general. Porque una mujer buena y amante, es feliz cuando las personas que ama pueden enorgullecerse de su mérito, sin que un pensamiento nebuloso vaya nunca á mezclarse en su inocente dicha. En las mujeres de alma fria, la coquetería degenera muy pronto en coquetismo, ó nace ya con ellas este gran defecto, que suele ser el orígen de muchas desgracias.

## II.

Hay algunas mujeres dotadas de encantadora coquetería en su juventud. Todo participa de ella; sus acciones, su traje, sus palabras y hasta sus menores movimientos. Su más vivo deseo es agradar; y yo encuentro en esa constante ocupacion del placer de los demas, algo de generoso y tierno.

Su coquetería las hace amables y dulces. Su coquetería las inclina á cultivar todo género de habilidades, y á presentarse, áun en familia, bien y elegantemente prendidas. Pero consiguen casarse

y se creen ya dispensadas de todos esos cuidados que tanto las embellecian. Visten sólo algunas batas holgadas, para no molestarse; se peinan mal, y descuidan enteramente la música y el dibujo.

—Mi marido, se dicen, me amará igualmente con una bata que con el corsé puesto; con el cabello mal recogido que con un peinado en el cual tengo que emplear tres cuartos de hora: lo mismo le importa ya oirme tocar el piano, que verme dormir en una butaca durante la velada miéntras él escribe, ó se va al café con sus amigos.

¡Cuánto os engañais, pobres mujeres! El hombre ama siempre lo bello, y lo busca instintivamente. No sabeis las consecuencias que pueden traeros vuestro descuido y el abandono de vosotras mismas. Vuestros esposos os agradecerían que os adornaseis para ellos; al ver que en tan poco teneis el agradarles, el primer pensamiento que les ocurre es el siguiente:

—Esta mujer se adornó únicamente para encontrar marido, y ahora que lo tiene, mira más por su egoismo que por complacerme; quizás nunca me amó.

Este pensamiento destruye su primera ilusion, y tras de la primera caen todas las demas, como las hojas secas de un árbol.

La mujer, al perder su coquetería, se hace regañona, displicente y materialista. Pierde el gusto para todo, y llega á presentarse ante su esposo, no

ya mal vestida, sino hasta sucia y abandonada.

Es cierto que, cuando la mujer es madre, guarda para sus hijos toda su coquetería. Es cierto que su amor materno, que su abnegacion, la embellecen á los ojos de todos. Pero su esposo, que la ve en el interior de la casa, no se satisface con que cuide esmeradamente de sus hijos, porque el corazon del hombre necesita la virtud adornada de atractivos, y no en completa desnudez. Acostúmbrase al fin al desaseo de su mujer; pero le agrada ver á otras mujeres graciosas y elegantes, y busca su conversacion animada, sus habilidades, sus gracias, y en una palabra, su coquetería.

¡Desgraciada entónces de la esposa que ha perdido la suya, si entre esas mujeres, cuyo trato busca su marido, hay alguna que ejerza con destreza el coquetismo! El edificio de su felicidad, que sufrió un rudo golpe al perder su esposo la primera ilusion, viene muy pronto á tierra para no volver á levantarse jamás. Porque habeis de saber, lectoras mias, que para el coquetismo no hay nada sagrado. Cifra su gloria mayor en atar á su carro al esposo tierno y al amoroso padre de familia. Nada le importan á él los dolores de una esposa abandonada, la infelicidad de una familia entera. El coquetismo se nutre de lágrimas y se alimenta de gemidos. En medio de su llanto, en el insomnio de sus noches sin sueño, busca la triste esposa la causa del desvío de su marido.

—Yo le soy fiel, dice; yo soy una buena madre de mis hijos; me olvido de mí propia para no pensar más que en mi familia y en la prosperidad de mi casa; ¿cuál es, pues, la causa de la indiferencia que me demuestra el hombre que tanto me amaba?

¡La causa, pobres desdichadas! ¡La causa es la exageracion de esas virtudes, que alegais con razon como otros tantos méritos! Si alguna de vosotras lee estas líneas, que ¡sábelo Dios! escribo anhelando volveros la felicidad, acordaos del consejo que os doy en ellas.

*Una mujer nunca debe olvidarse de sí misma.*

No desecheis jamás vuestra coquetería. Ella es necesaria á vuestra dicha. Ella, además, inclina á la virtud. La coquetería es un deseo de inspirar simpatías á los extraños y amor á las personas que amamos; y este deseo, como dije ántes, modera todas nuestras malas pasiones, y pone en relieve todas nuestras buenas cualidades.

La coquetería, y por consiguiente el buen gusto, no están circunscritos sólo al cuidado del traje. Se extiende tambien á la habitacion en que vivimos, á los muebles que usamos, y hasta á nuestras costumbres. La coquetería es económica. Una mujer dotada de ella está más elegante con un vestido de tafetan ó linon, que otra que la desconozca con un traje de brocado ó terciopelo. En la primera, una flor luce toda su gracia. En la segunda, una joya de diamantes desluce su valor.

La habitacion que se cuida con coquetería, por sencilla y hasta pobremente alhajada que esté, tiene cierto perfume de elegancia, cierto encanto suave que no se puede definir. Hay un no sé qué en la manera con que gradúa la luz una mujer de buen gusto, en la forma con que coloca cada mueble, que posee un atractivo inimitable, y que agrada al corazon y á los sentidos mil veces más que la más fastuosa opulencia, cuando está dispuesta sin tacto ni gusto.

Estas mujeres saben usar bien y convenientemente de los colores y formas en sus trajes. No confunden jamás el de mañana con el de visita, el de paseo con el de sociedad, el de reuniones de confianza con el que es á propósito para ir al teatro. Conocen á fondo la ciencia, tan difícil en el mundo, de dar á cada uno lo que le corresponde, y siendo amables y espirituales, nunca se ponen en ridículo.

## III.

El coquetismo no tiene la generosidad y abnegacion de la coquetería. No imprime en la que lo ejerce el sello del talento, sino el de la astucia y falsedad. El coquetismo es fastuoso y deslumbrador, pero carece de ese atractivo inherente á todo aquello en que toma parte el corazon. Anhela que se le rinda tributo, no amor. Es vano, pero no sensible. Arrogante, pero no digno. El coquetismo, y

no la coquetería, es lo que da á la mujer el odioso nombre de coqueta.

El coquetismo se acompaña siempre de la presuncion, y hasta los ha unido, en el título de una lindísima comedia, un aventajado y simpático escritor contemporáneo (1).

El coquetismo es intolerante, mordaz y despiadado hasta con las mismas que le dan abrigo, pues no bien los años empiezan á escribirse en su frente con amargos y helados caractéres, las abandona, sin dejarles otra cosa que vacío y soledad. Porque el coquetismo espanta al matrimonio, en vez de atraerlo, como la coquetería. La pobre mujer en quien hace presa adquiere por él una patente de malos sentimientos y de no buena moral.

Por eso muy pocos quieren á la coqueta para depositaria de su honor ni para madre de sus hijos; y como además el coquetismo es muy dispendioso, huyen de él hasta los viejos avaros, achacosos y regañones, que se creen bastante fuertes para cuidarse por sí sólos, que ya no esperan hijos, y que renuncian á la dicha de tener una compañera, por no derrochar sus caudales.

El coquetismo es el que usa los afeites, las risas exageradas, las posturas indecorosas. El séquito del coquetismo es la vanidad, la inmodestia, el egoismo, la ambicion y hasta la crueldad: pues

(1) El Sr. D. Francisco Flores Arenas.

cruel llamo yo á la mujer que se complace en sembrar esperanzas en el corazon, para desgarrarlo despues con un desengaño, que, segun el temple del que lo sufre, suele tener consecuencias más ó ménos funestas. Porque así como dije, al tratar de la influencia del amor en la mujer, que un desengaño puede hacerla coqueta, así asiento tambien ahora que un desengaño en amor, puede ahogar en el corazon del hombre todos sus buenos y generosos instintos.

Generalmente se ve que una mujer coqueta elige, para casarse, á una persona rica, aunque le doble la edad ó sea deforme y ridícula, porque para las coquetas no hay más ídolo que los goces de la vanidad y del lujo: su corazon es mudo y helado. Las coquetas son generalmente las que degeneran en mujeres desaseadas y poco cuidadosas de sí propias.

Entre éstas hay muchas que descuidan igualmente su casa y su familia, y se abandonan á una existencia de comodidades y enteramente egoista para indemnizarse de los cuidados que les costó el adquirir el marido y la posicion social que ambicionaban.

## IV.

La coquetería digna y bien entendida debe acompañar á la mujer hasta en su ancianidad.

De mí sé decir que cautiva mis ojos una señora

anciana vestida con la severa elegancia correspondiente á su edad, y que posee aquel decoro que tanto realza la dignidad de los años.

La coquetería, mis amadas lectoras, es una dulce amiga, que embellece nuestra vida y la de todos los séres que nos rodean, y á la cual, léjos de rechazar ó desconocer, debemos amar, haciendo de ella nuestra compañera inseparable.

Ella da encanto á nuestra casa, elegancia á nuestros trajes y belleza á nuestra fisonomía. Ella es una hada bienhechora, que nos proporciona el amor de las personas que nos son queridas, y nos sonrie siempre.

El coquetismo es un monstruo detestable que se traga nuestros buenos instintos, y que nos hace aborrecibles á todos; porque, al invadir el corazon, le endurece.

La coquetería es amiga de la virtud. El coquetismo es su enemigo más implacable. En una palabra, la coquetería es la base de la dicha, y el sosten de todas las bellas cualidades de la mujer. El coquetismo es el prólogo de su prostitucion, que tiene por epílogo el abandono y el desprecio de todos.

# CAPÍTULO XIV.

**De la influencia de la religion en la mujer.**

## I.

Muchos detractores tiene y ha tenido en todos tiempos la mujer, y no es tampoco corto el número de plumas que se ha empleado en su defensa, ó á lo ménos en su disculpa. Entre los primeros se cuentan algunos que, víctimas sin duda del talento ó de las astucias de esta débil mitad del género humano, fuerte muchas veces en la maldad y en el disimulo, censuran á la mujer en general, y la calumnian en la ceguedad de sus resentimientos. Entre los segundos, no pocos la defienden por espíritu de contradiccion ó por parcialidad.

Si observáramos á unos y otros con detencion, encontraríamos que los acusadores son séres descreidos que han perdido ya todas las ilusiones que hacen amar la vida, y que los paladines son ciegos enamorados de alguna bella jóven. Sin embargo, ni unos ni otros se han detenido á reflexionar jamás cuál es el medio de hacer buena á la mujer ó

de contenerla y corregirla, si nace por desgracia con malos instintos.

La mujer para el hombre, en general, es una linda planta que divierte sus ojos con su hermosura en tanto está cubierta de flores, y que le hastía despues que el tiempo ó los vendavales se han llevado sus aromadas galas. No obstante, los vendavales de la existencia humana son las pasiones, y las pasiones de la mujer son atizadas, en vez de ser contenidas, por la mano protectora del hombre.

## II.

—Si quereis moralizar la sociedad, formad las mujeres, dice Mme Capman en sus cartas á Napoleon I.

—Si deseais formar buena á la mujer, y adornarla de virtudes, grabad en su alma las dulces verdades y los santos preceptos de la religion, dice Mme de Genlis en su tomo de conversaciones, dedicado á su educanda, la jóven y amable princesa Eugenia Luisa Adelaida de Orleans.

En la segunda de estas máximas explica la condesa de Genlis el modo de poner en práctica la que antecede; para formar la mujer es necesario hacerla religiosa ante todo. La virtuosa aya de la princesa de Orleans patentizó bien claro cuánta es la influencia de la religion en el alma tierna y apasionada de la mujer, en la educacion que dió

á aquella niña, vástago real de un tronco herido.

Mlle de Orleans, que habia aprendido con preferencia á todo á respetar la voluntad de Dios, soportó con heróica paciencía los trabajos y desgracias de una amarga proscripcion, y las miserias de una existencia errante y perseguida. En la ciudad be Bremgartem, y en su convento de Santa Clara, donde habia sido acogida por los buenos oficios del general Montesquieu, se vió cercana á morir, léjos de su familia y amigos, y devorada por pesares de muchos meses de expatriacion, fruto de las convulsiones políticas del año 1792.

Cuando sus desgracias empezaron, todavía no contaba la princesa Eugenia Luisa 14 años, y ya habia cumplido treinta y siete cuando logró cobijar su fatigada cabeza bajo el regio solio de sus padres.

Siempre buena y amante, fué la compañera de destierro de su hermano mayor el duque de Chartres, y cuando éste fué coronado con el nombre de Luis Felipe, Eugenia Luisa siguió siendo el consuelo de todas sus aflicciones. No obstante, las que ella habia padecido, aunque con tan admirable resignacion, dejaron en su alma una incurable melancolía, y sólo fué alegre su sonrisa cuando vió abrirse la gloria donde la esperaba para recibirla con la corona del martirio, aquel Dios que la hizo pasar por tan duras pruebas y á quien ella habia amado y respetado tanto.

Raros son en verdad, en nuestros dias esos modelos de virtud y de resignacion. Si existen, se ocultan vergonzosos á las miradas de la multitud, por temor de que ésta los hiera con sarcasmos. Y sin embargo, en tanto que la religion no despliegue su estandarte santo sobre nuestras cabezas, no hay virtud posible ni sociedad bien organizada, y para conseguirlo, creedme, madres de familia, es preciso que alisteis á vuestras hijas desde que nacen bajo esa bandera de paz y de esperanza.

La mujer es la que forma la sociedad, porque de la mujer nace el homhre y de ella recibe su primera educacion. Ya lo he dicho en otra parte, y no me cansaré de repetirlo. Una buena y religiosa madre es el mentor de su hijo, y ejerce sobre él una influencia ilimitada en todas las épocas de su vida.

Con dificultad se encuentra un hombre desalmado que tenga por madre á una mujer religiosa, y por consiguiente, buena; porque la religion es la fuente de donde nacen la verdadera bondad y todas las virtudes. La madre religiosa, á quien el cielo ha dado la desgracia de tener un hijo malvado, le enseña con el ejemplo, que es la más eficaz de todas las lecciones; cuando la correccion se ha hecho inútil para el endurecido corazon del culpable, ruega por él al cielo y ofrece á Dios todos sus dolores en satisfaccion de las culpas de su hijo; y no pocas veces se han visto conversiones repentinas que nos han admirado, y cuya causa verdadera han

sido las súplicas de una madre á la Madre Santísima de Dios.

Si el Criador, por uno de sus altos fines, niega la luz de la gracia al hijo descarriado, la virtud y la piedad de la madre amenguan siempre la severidad con que el mundo condena, en su duro egoismo, todo lo que es culpable. Quizás por la madre se compadece al hijo, y por la madre se le ahorran infinitas humillaciones, que acabarian de desenfrenarle. Porque es tambien una verdad innegable que la intolerancia é imprudente severidad de la sociedad en que vivimos, exasperan índoles y naturalezas, que nacen débiles ó viciadas, pero que están muy léjos de la depravacion.

¡Tú sola, religion santa y bienhechora, eres la dulce, indulgente y cariñosa madre, que perdonas todas las debilidades del género humano, y que enjugas las lágrimas que hacen derramar aquéllas con los anchos y sagrados pliegues de tu manto!

## III.

Si cada madre enseñase á sus hijos, no bien despuntase la luz de su razon, á conocer que hay un Dios criador de todo cuanto existe, la primera idea que se grabaria en estas tiernas almas sería grandiosa y elevada. El primer sentimiento de esos infantiles corazones sería de gratitud y de cariño há-

cia el sér bienhechor que cuida de todo aquello que aman y les agrada.

—Cada niña, porque á las mujeres me refiero en este libro, cada niña nace con algun sentimiento bello, porque no hay tierra tan estéril que sólo ortigas produzca. Muchas nacen dotadas de mil cualidades recomendables; y áun concedo que algunas tengan igual número de defectos. Pero no hay una sola á la cual no se pueda iuprimir, casi desde que nace, una idea sublime, y por decirlo así, exacta de la religion.

A la que nace compasiva hágasele entender que Dios cuida de los pobres, y nos manda á todos que los demos lo que nos sobra, y enséñeseles, con el ejemplo y con la práctica, á dar pequeñas limosnas y á sacrificar alguno de sus caprichos y diversiones para este fin. A la que está dotada de un corazon amante y afectuoso, désele á conocer tan pronto como pueda comprenderlo, que Dios murió por nosotros y que se dejó enclavar en la cruz para librarnos de los tormentos eternos.

Criaturas hay que, como ántes dije, nacen dotadas de tan bella índole, y de un carácter tan generoso y tierno, que la religion se imprime en su alma sin trabajo alguno, porque el espíritu de esas almas es la religion misma. Dígalo si no la jóven Aura, hija de Sevilla, que nació cristiana, siendo sus padres fanáticos servidores de Ismael. Aquella alma cándida bajó del cielo al mundo, trayendo

tan firmemente esculpida la fe religiosa, que ni los tormentos del martirio pudieron oscurecer por un instante sus santos y purísimos resplandores.

Hoy existen tambien martirios para esas almas, aunque se haya extinguido la raza feroz é idólatra de los emperadores romanos. Martirios que son quizás más dolorosos, pues que, siendo oscuros y desconocidos, no alcanzan por fruto como aquéllos, la conversion de los que los presenciaban.

No es tampoco corto el número de las niñas que nacen egoistas y de escasa sensibilidad. Pero esas criaturas tienen en su propio egoismo, un instinto que les hace amar todo aquello que halaga sus placeres. Decidles que los dulces que satisfacen su golosina, que los trajes que las engalanan, los deben á Dios, y que Dios les ha dado igualmente el lecho en que duermen, el fuego que les liberta del frio, las frutas que deleitan su paladar y la madre que las acaricia; y es indudable que, al reconocer las ventajas de estos beneficios, se grabará un sentimiento de gratitud en estos tiernos corazones, y la gratitud es la puerta por donde pasan todas las virtudes, pues ella conmueve todas las fibras del alma, y el sér que la ha probado una vez, la ansía siempre como un manjar del espíritu, que nada puede reemplazar.

Madres de familia, desde el instante en que inculqueis un principo religioso en el corazon de vuestras hijas, habeis cumplido la parte más ardua y

de más severa responsabilidad de vuestra sagrada tarea.

No bien sembreis en él la hermosa planta de la religion, pedid á Dios que profundice sus raíces, y empleando un poco de esmero en cuidarla, es seguro que pronto recogereis riquísimos y ópimos frutos.

## IV.

Nada he visto más dulcemente poético, más tierno y que ejerza más atractivos, que la adolescencia religiosa. Más de una vez me he detenido detras de una jóven que no llega á diez y seis años, y que oye misa en una pequeña capilla que yo visito con frecuencia. Esa jóven, á la que acompaña una señora de mediana edad, reza despues de concluido el santo sacrificio, á los piés de una imágen de María, y yo creo que un lazo de amor une á la Reina del cielo, y á esa niña tan bella y melancólica que mora en la tierra,

—«Yo compadezco, dice Carolina Coronado, en la novela que lleva por título *La Sigéa;* yo compadezco en el fondo de mi alma á las ignorantes é insensibles mujeres que no comprenden la majestad da la Vírgen María, y que no sienten hácia ella el entrañable amor que mantiene puras á las doncellas, que hace castas á las esposas y tiernísimas á las madres. Si hay para la mujer una amistad verdadera, que pueda consolarla de las innatas pesa-

dumbres de su condicion; si hay una proteccion segura que la libre de las malas pasiones, esa es la amistad y la proteccion de la Vírgen María. La vanidad, la inmodestia, el egoismo, la dureza del corazon, la frialdad del alma, son el castigo de las que no comprenden ni aman á la Madre de Jesus.»

Indudablemente la jóven á que aludo comprende y ama á la Madre de Dios. Indudablemente la mujer que le dió el sér, le ha dispensado el inestimable beneficio de enseñarle á conocerla y á amarla; pero ¿qué culpa tienen de carecer de este bien aquellas con quienes nadie se ha tomado semejante trabajo? Si la vanidad, el egoismo, la inmodestia, la dureza de corazon y la frialdad del alma son el castigo de las pobres criaturas que no conocen la dicha inestimable de amar la religion, ¿no ha de reservar Dios mayor castigo para las madres que no enseñan á sus hijas lo que deben saber?

—Esas madres, me contestará quizá alguno de los defensores sin seso de la mujer, de que ántes hablé; esas madres no aprendieron tampoco á su vez lo que pretendes que enseñen á sus hijas.

Demasiado lo sé y por eso quisiera que mi voz fuese bastante robusta y mi pluma bastante autorizada para imponer á la sociedad, como ley, un deber, sin cuyo cumplimiento no hay felicidad posible en la tierra.

Vosotros, detractores de la mujer; vosotros que acusais su vanidad, su coquetismo, su falsía, exa-

minad su carácter y sus sentimientos con detencion ántes de condenarla, y vereis cómo casi siempre tiene la culpa de sus faltas el descuido de su educacion. Vosotros, fervorosos admiradores de las gracias del sexo bello; vosotros que le defendeis por el prestigio que su belleza material ejerce en vuestro corazon; reflexionad que esas gracias que ponderais son efímeras, y que, cuando hayan pasado, cuando yazgan sepultadas bajo la nieve de las primeras canas, se volverá aversion para ellas vuestro cariño, y sarcasmos las vanas lisonjas de que ántes las habeis rodeado; y, por vuestro propio bien, procurad moralizar á la mujer en vez de precipitarla en el abismo de las pasiones; vuestra inteligencia robusta puede guiar la suya débil y vacilante, y vuestro amor puede conducirla por la senda de la religion y del deber.

Buscad, para confiarle vuestra dicha, á una jóven educada con sólidos principios religiosos, seguros de que os hará felices; pero si os toca en suerte una de esas mujeres educadas *á la moda*, imbuidle esas saludables máximas, que son la base de todo bien, y que os será muy fácil inculcar en ella, porque estareis rodeados del admirable prestigio que presta el amor. Nunca debeis olvidar que la mujer recibe la segunda y más sólida educacion de su marido, y que no pocas se han visto completa y ventajosamente transformadas despues de haberse unido al hombre á quien amaban.

## V.

El amor y la religion forman un lazo tan estrecho en el alma tierna y apasionada de la mujer, que se puede asegurar que constituyen un solo sentimiento.

Para la mujer, su religion es el amor, y su amor la religion. Al amor sacrifica todos sus demas afectos, y el amor le inspira muchas veces acciones sublimes. El orígen de su heroismo, de su abnegacion, es siempre el amor, pues el amor, á mi modo de ver, no está circunscrito á un solo objeto ó persona.

Una mujer apasionada ama á sus padres, á su esposo, á sus hijos, y, ántes que á estos séres, amará á su religion si le hacen conocer lo que vale.

¿Qué corazon de mujer no se conmueve á la vista de un crucifijo? ¿Qué no dice á su corazon la imágen de ese Dios, todo amor, que agoniza entre tormentos por nosotros?

Ese poema sublime es elocuente siempre para la mujer. Así, rara vez se ve que una mujer religiosa sea mala hija, mala esposa ó mala madre. Rara vez una mujer religiosa ostenta ese coquetismo, que tanto rebaja la dignidad de su sexo. Rara vez deja de cumplir bien, gustosa y fielmente con los deberes que le imponen su condicion y estado. Rara vez falta al decoro, que es su adorno más precioso.

La mujer religiosa es buena, dulce y consecuente; y si en alguna ocasion se deja dominar por uno de esos raptos, hijos quizás de la excesiva viveza de su imaginacion ó de su carácter, se enmienda tan pronta y noblemente, que las ofensas que haya podido causar, se olvidan con la mayor facilidad.

La mujer religiosa es ese tipo suave y poético, que á todos enamora. Es esa esposa dulce, digna y resignada, esa madre tierna y previsora, esa hermana amante é indulgente, esa hija obediente y sumisa. La mujer religiosa tiene casi siempre hermosa y elevada el alma, sensible y tierno el corazon, y la imaginacion poética y armoniosa, porque el cristianismo eleva todas las facultades intelectuales. La mujer religiosa honra todas las condiciones de la vida, y es para mí tan admirable, cubierta con el vestido floreado de la aldeana, como ataviada con las ricas galas de la más encumbrada nobleza; la mujer religiosa, en fin, puede, á mi ver, lo mismo leer un libro devoto, que escribir un poema, siendo siempre igualmente admirable.

Si todas las mujeres fuesen religiosas, la literatura en la mujer sería un bien inestimable, en vez de ser un mal, como se juzga hoy. Entónces nadie podria escribir con tanto fruto como la mujer, pues sólo á ella le es dado hablar al corazon con esa elocuencia persuasiva que de él nace. Entónces sus obras serian provechosas como ningunas, pues comprendiendo las que las leyeran el espíritu que

las habia dictado, se aprovecharian de las lecciones de sana moral, que necesariamente habian de encerrar.

Mas ¡ay! que en el dia cada libro cristiano, que nace, se relega al olvido como *pesado* é *insoportable!* Educada la mujer con esa ligereza, que hace más versátil su carácter y sus gustos, desecha, por su mal, todo aquello que podia elevar su inteligencia y corregir sus costumbres.

¡Cuántas escritoras lloran pesares imaginarios en los volúmenes que escriben, en tanto que se desdeñan de leer, ó pasan con indiferencia la vista por aquellos que pudieran consolar las verdaderas penas de que está sembrada su vida! Y luégo se creen séres superiores, y adoptan ese aire de vanidad y de suficiencia que parece inseparable de la literatura de la época!

¡Oh, cuánto os engañais! El genio es un destello de Dios, y sólo puede poseerle la criatura capaz de comprenderle y amarle. ¡Los que escribís sin pensar en Dios, no teneis ese destello luminoso! ¡Vuestras obras morirán poco despues de nacer, porque el mismo Dios, á quien desconoceis, las hundirá para siempre en la sima sín fondo del olvido!

## VI.

Debo desengañar al que leyere estas líneas, y pudiese creer que yo confundo los sentimientos reli-

giosos con las prácticas ridículas de la beatería. Sólo las almas débiles y bajas pueden confundir el espíritu grandioso de la religion, con los hábitos estúpidos de una devocion exagerada, del mismo modo que sólo un ciego puede confundir el oro con el cobre. La ley de Jesucristo es tan grande y hermosa, que no exige sacrificio alguno superior á nuestras fuerzas. Redúcese á dos preceptos.

*A amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos.*

¡Con cuánta facilidad y placer puede llenarlos un alma tierna y bondadosa! ¡Cuán dulce es, cuán grato amar á ese Dios, todo amor y misericordia! ¡Cuán consolador es amar y socorrer en lo posible á nuestros hermanos! Ninguno de estos preceptos está acorde con esas absurdas preocupacíones qne vemos todos los dias.

Mujeres hay que por oir dos misas diarias, abandonan á su marido enfermo, ó á sus hijos pequeños y delicados. Ancianas he visto que se pasan en medio del invierno el dia entero de hinojos sobre el mármol de una iglesia, destruyendo su salud. Hombres *santurrones* existen, que rezan cotidianamente el largo catálogo rutinario de sus devociones, sin pensar siquiera en lo que dicen, con tal que sea muy respetable la cantidad de sus palabras. No obstante, todos estos séres no suelen ser los mejores, ni la fama de los demas está muy segura de su maledicencia.

Dios no quiere exterioridades, y la verdadera religion consiste en cumplir bien cada uno las obligaciones de su estado, y en dispensar los beneficios posibles, consolando al que padece. Las supersticiones debilitan el espíritu y vuelven huraño el mejor y más apacible carácter. La religion presta dulzura, tolerancia, y hace buenos, generosos y amables á los séres que la comprenden y practican.

Yo he visto un retrato de Alfonso Lamartine, sentado delante de su escritorio, y con la pluma en la mano, pidiendo al cielo inspiracion para escribir. El genio sublime, que se ve radiar en las facciones del gran poeta, dice bien claro que Dios le otorgaba el don que le pedia.

Y el genio del inmortal autor de *Rafael* fué desarrollado, formado, por decirlo así, por su buena y santa madre. Oigamos al mismo Lamartine en un párrafo de su *Curso familiar de literatura:*

«Veia á menudo á mi madre en su cuarto, dice, inundado por el sol, en que reposaba los domingos, despues de haber asistido á las ceremonias religiosas, ó se entregaba á sus labores femeninas, los demas dias de la semana; y al anochecer, cuando habia depuesto la aguja, la observaba tomar de una mesita junto á su lecho un tomo de devocion, que le venía de su propia madre. Su fisonomía, de comun tan franca y expansiva, mudaba de expresion, y se recogia como la luz de la lámpara, que

protege encorvada la mano contra el viento, que hace vacilar su llama, y amenaza apagarla. Como me era notorio ese género de expresion, fácilmente colegia que se entregaba á una conversacion muda con una persona ausente, en términos que, sin necesidad de aviso alguno de su parte, guardaba el mayor recogimiento, y respetaba su lectura.»

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«De este modo llegué á vislumbrar que existia en estos libros hojeados por las piadosas manos de mi madre, una literatura sagrada, por la cual, mediante ciertas páginas que contenian secretos superiores á mi edad, el sér que oia llamar Dios conversaba con ciertas personas privilegiadas, y éstas con Dios.

»Tal fué mi primer sentimiento literario, sentimiento que se fundió luégo en mi mente, con una atmósfera de santidad, que parecia envolver á la mujer á quien debo la vida, cuando abria esos misteriosos volúmenes.»

## VII.

El ejemplo de M. de Lamartine y de su madre es tan elocuente, que siempre que trato de la influencia de la mujer en el destino del hombre me ocurre citarlo.

La madre del gran poeta es la mejor prueba de que una mujer virtuosa y sensible da por fruto hijos que son luégo el orgullo de su patria; que la religion es la llave de todas las glorias y grandezas humanas, y que si llega un dia venturoso en que se arraigue en el corazon de la mujer, por el mayor cuidado con que debe educársela, la veremos enaltecida y respetada, y el mundo dará un paso en el sendero de la verdadera civilizacion, más grande que cuantos cree haber dado hasta el dia con los descubrimientos de la ciencia, pues sólo en la virtud estriba la solidez de todos los triunfos humanos.

# CAPÍTULO XV.

**Las niñas mimadas.**

Hace algunos años que se oye declamar incesantemente acerca de la mala educacion que se da á las niñas, acerca de las aficiones al lujo y á la ostentacion que desarrollan en sus jóvenes almas los trajes costosos que las atavian, acerca, en fin, del *mimo* que sus familias, y sobre todo sus madres, les prodigan.

Los que declaman acerca de todas estas cosas ensalzan hasta las nubes la educacion rígida de nuestros abuelos, el temor respetuoso que sus hijos les manifestaban, el equilibrio y la paz que reinaban en la familia.

A nuestro modo de ver, no es el cariño, no es el *mimo* lo que hace una mala educacion: no son las niñas mimadas las que están llamadas á ser malas esposas y malas madres, no: ántes bien, creemos que el cariño lo puede todo en la naturaleza dulce y afectuosa de la mujer, y que el rigor sólo sirve

para exasperarla ó para anonadarla, segun sea la índole de su carácter.

Trátese á una niña con cariño y suavidad, y su alma se llenará poco á poco de ternura, y todas sus ideas tomarán una elevacion natural que la defenderá de las tentaciones vulgares, como una misteriosa égida: la idea del amor, ley universal de la creacion, germinará en su alma, y amará tiernamente, no sólo á su familia, sino tambien á sus amigas, y sobre todo á los desgraciados privados de las ventajas morales y sociales que ella posee.

La dureza, la severidad es ya, afortunadamente una triste anomalía de la cultura que alcanza en nuestros dias la inteligencia: cada uno sabe la verdad de aquel antiguo proverbio: *Se caza más con miel que con hiel*, y cada uno lo pone en práctica, aunque sólo sea guiado por el egoismo.

Poco tiempo hace presencié una escena conmovedora, que me inspiró el pensamiento de este artículo: una bella jóven, á cuya familia estoy ligada por los vínculos de la más tierna y verdadera amistad, fué llamada á la habitacion de su padre para disuadirla de una aficion que aquél consideraba poco acorde con la felicidad de su hija, y que por lo mismo le enojaba: al entrar la jóven en el gabinete de su padre, pálida y temblorosa, su madre y yo nos quedamos en la habitacion precedente; la pobre madre temblaba ante el enojo de su marido, y queria, en caso necesario, volar al so-

corro de su hija, cuyo carácter era fuerte y decidido, como el de su padre.

—Te he llamado, dijo el severo hombre de Estado—pues lo es en la más alta acepcion de la palabra,—te he llamado para decirte que deben cesar todas nuestras relaciones con un hombre que te hace la corte por amor propio, y cuya posicion incierta es una barrera infranqueable que le separa de tí; olvídale, y será un bien para todos.

—No puedo, señor, contestó la jóven alzando sus hermosos ojos, llenos de fuego y de dolor: el olvidar no está en mi mano.

—Procúralo, pues.

—Sería inútil.

—¿Luégo persistes en tu loco propósito de contrariarme? ¡Esta casa queda desde hoy cerrada para ese hombre!

—Le veré donde pueda, donde él quiera buscarme; en el teatro, en la iglesia, en paseo.

—Te condenaré á la más estrecha reclusion y no saldrás de casa, tenlo por seguro.

—¡Le escribiré!

—¡No recibirá tus cartas, ni tú las suyas!

—¡Me moriré!

El padre, ante esta respuesta que encerraba tanta firmeza y tanto dolor, quedó mudo y helado: el acento con que fué pronunciada, le abria ante los ojos el insondable abismo del remordimiento, la vejez sin alegría; las heladas nieblas de la muerte

se extendieron delante de él, y vió á su hija blanca como Julieta, acostada en su tumba, con los labios entreabiertos por la sonrisa del eterno descanso.

Esta vision duró un instante; porque la dureza de su carácter apareció muy pronto, y ganó la batalla.

—Te morirás, pues, dijo: pero jamás te casarás, viviendo yo, con ese hombre.

La jóven se inclinó silenciosa y sombría, y salió de la estancia.

## II.

Al salír se halló en los brazos de su madre.

—Llora, le dijo ésta: llora, hija mia, y despues me oirás; no temas que yo quiera violentar tu corazon: quiero sólo probar á convencer tu razon; si ésta pierde el combate y lo gana aquél, será una victoria tan sagrada, que yo haré por que ni tu mismo padre te la dispute: ¿no dicen—añadió con una triste sonrisa—que yo te mimo demasiado? Pues acaso serán ahora los mimos que te he dado los que me hagan ganar esta ruda y solemne batalla.

Diciendo estas palabras, la madre habia conducido á su hija á un asiento: se habia sentado á su lado, y tomando la mano de la jóven en la suya, y apoyando en su seno la cabeza de aquella, la dejó llorar durante algun tiempo.

—Escúchame, le dijo, cuando vió que sus sollozos empezaban á fundirse en el consolador manantial del llanto; escucha á la persona que más te ama en el mundo: á la que daría su vida, por evitarte un dia de dolor: oye, hija mia; los pobres séres que desobedecen á sus padres son siempre señalados por un estigma misterioso, que les separa y diferencia de todos los demas: es como un alarde de rebelion, que cede el paso á un doloroso destino; tú hija mia, tienes un alma amante, digna y altiva; si desobedeces á tu padre, jamás serás dichosa: tu pura conciencia necesita que seas igual á todas las personas buenas: pasado el primer dia serás feliz al pensar que no has sacrificado á un interés personal ni tu dignidad, ni tu conciencia: que no has desertado la causa de la justicia, por ásperas que sean las latitudes en que levanta sus altares.

Hay una dicha inmensa en comprender lo bello bajo todas sus formas, cuando se ha conocido y practicado el bien con todos los deberes rigurosos que nos impone: y sobre todas las felicidades terrestres está la de sentir que el Creador nos ha dado una alma, que hemos preservado de toda mancha, y que no la hemos degradado hasta hacerla cómplice de ninguna culpa. Hay la ventaja, al colocarse en una posicion segura, respetada y bendecida por sus padres, de no verse jamás rodeada de lisonjeros interesados, sino de amigos verdaderos, que nos dan esa profunda y envidiable estimacion,

basada en nuestro valor moral: hija mia, obedeciendo á tu ciega pasion por ese hombre que no te merece, satisfarás á tu imaginacion, y no hablo de tu corazon, porque le conozco demasiado para ignorar que toma poca parte en tu alucinamiento; pero obedeciendo á los deseos de tu padre y á los ruegos de tu madre, satisfarás á tu conciencia y estarás contenta de tí misma, que es la mayor de las dichas de este mundo.

Y ahora, añadió la tierna madre alzando la cabeza de su hija, y mirándola á los ojos, que ya no lloraban, ahora, oye el último de mis argumentos: si os veo desunidos á tu padre y á tí, si te veo arrojada de este techo que abrigó tu cuna, el dolor me matará; aún no han descubierto ni los fisiólogos ni los médicos, hija mia, cómo un pensamiento amargo puede convertirse en un veneno activo, y destruir uno por uno todos los principios de la vida; mas yo seré una nueva prueba de que sucede así, y no sobreviviré á tu pérdida moral...

Una puerta se abrió bruscamente á nuestra espalda, y una voz severa exclamó al ver el dulce abrazo que unia á la hija con su madre.

—¡Otra vez los mimos! ¡Tú alientas, desde que ha nacido todas las rebeldías de tu hija!

—¡Defiéndeme! dijo la madre mirando á su hija con ternura.

—Padre, respondió la jóven alzando su peregrina cabeza y fijando en el severo semblante de aquél

una mirada dulce: los *mimos* de mi madre han conseguido lo que jamás hubiera logrado tu dureza: que te sacrifique todas las ilusiones de mi primer amor. ¡Si todas las madres mimasen con inteligencia, todas las hijas serian tiernas y sumisas!»

# CAPÍTULO XVI.

**El amor propio.**

La cualidad, como algunos la llaman, el defecto, como lo llamo yo, que sirve de epígrafe á este artículo, es á mi parecer, uno de los más grandes azotes de la humanidad, uno de los que hacen más víctimas y producen más dramas en el seno de las familias.

¿Que es *el amor propio?*

Una pasion exagerada del propio sér; una falta absoluta de generosidad, de abnegacion, de fortaleza de alma y hasta de piedad para los otros: una incapacidad aterradora del perdon, una gran falta de caridad para los errores ajenos, y acaso un gran convencimiento de la propia perfeccion.

Cuando á largos intervalos — y de algunos años acá con horrible frecuencia — oigo estallar una gran catástrofe, cuando llegan hasta mí los vapores sangrientos de un asesinato ó de un suicidio, lo primero que me ocurre es esta idea:

—Consecuencia espantosa del amor propio.

Porque no es el amor ajeno, no es la pasion á otro sér lo que hace renunciar á la vida, no; es el despecho de ver malogrados los deseos y las esperanzas que se albergaban: es el amor propio herido ó desairado.

¡Cuántas veces el excesivo amor de sí mismo se cubre con el manto feroz de la venganza!

¡Cuántas un leve insulto, una falta ligera se castiga con la muerte, y con una muerte horrible y friamente premeditada!

La víctima del amor propio es muchas veces inocente y siempre poco culpable; porque una sola irreflexion puede desatar contra ella los más furiosos deseos de represalias y de castigo, si el que se cree ofendido está dominado por el exagerado amor de sí mismo.

El que se halla ofuscado por esta pasion está expuesto á todas horas á ser criminal; porque el orgullo—que es sinónimo del amor propio—el orgullo herido le empuja á los más grandes excesos.

¡Cosa extraña y terrible! El amor propio es la sola pasion que, como la túnica de Nesso, tortura y aniquila al que la posee. Todas las demas pasiones dan deleites ó proporcionan complacencia: el amor propio sólo da tormento.

He visto amantes, que ciegamente enamorados de una mujer, han renunciado á ella sólo por una

palabra, por un gesto, por una mirada que haya ofendido su amor propio, y se han condenado á una vida de soledad moral, de terrible martirio, por no poder *ni querer* perdonar una ofensa leve; para ellos la negra sombra de aquel ultraje cubria todas las perfecciones que ántes habian adorado, toda hermosura, toda grandeza de alma, toda ternura, toda elevacion de sentimientos! El amor propio herido hablaba más alto que toda estimacion, que toda admiracion, y al ménos por el pronto, se creian muy felices con huir de la que *les habia faltado.*

Por el pronto solamente. Porque luégo, todas las gracias de la pobre delincuente volvian á la memoria del vengador, y se exculpian en ella con caractéres de fuego. Toda cualidad le parecia más sublime que ántes de separarse de ella, sus sentimientos más nobles, su belleza más encantadora. Y sin embargo, el amor propio, armado de punta en blanco á la puerta de su corazon rencoroso, la mantenía cerrada á toda ternura, á todo dulce sentimiento de perdon, á toda aspiracion de dicha, y decia al desgraciado:

—¡No abrigues ninguna esperanza de ventura, no perdones! ¡Sufre sin descanso, y muere!

Si alguna vez el egoismo puede ser dulce, yo afirmo, que hay un dulce egoismo en perdonar: así nos lo hace ver Dumas (hijo) en su bello y consolador drama *La Princesa Georges:* una jóven, no

muy bonita, pero sí muy buena y muy opulenta, se casa por amor con un hombre digno y honrado que despues se extravía y se embriaga con el humo abrasador de las pasiones: la esposa, sin perder nada de su decoro y altiva dignidad, se le queja dulcemente, le asegura de su amor y de su perdon, y le ruega que no le cause tan amargos pesares: más el príncipe, seducido, agobiado por la persecucion de una mujer, cuya conquista le ha sido penosa, decide huir con ella, y dejar á la esposa que le ha consagrado su vida: la misma madre de la princesa es la que avisa á su hija de la inicua trama, y le da las pruebas, añadiendo que se prepare á seguirla á la casa materna, pues no quiere dejarla ni una hora más en la de su ingrato esposo.

—¡Ah, madre mia! exclama la princesa: ¿y me será dado vivir sin él? ¡Imposible! ¡Si vivo, mi existencia será una tortura sin nombre! ¡Antes que renunciar á mi marido, prefiero perdonarle!

Tal es tambien mi modo de pensar en este asunto: ántes que renunciar al objeto amado, cuando se le ama con pasion, creo preferible perdonarle, y esto por la sencilla razon de que renunciar á lo que amo, es superior á mis fuerzas.

Hay muchas personas que llaman al amor propio dignidad, y al confundir un defecto con una virtud, caen en un gran error: la dignidad es amable, dulce, atrayente; el amor propio es cruelmente díscolo, susceptible y duro á la vez: la dignidad

*sabe* perdonar y *puede* olvidar, hasta tal punto, que el perdon y el olvido van con ella en grata y dulce compañía.

El amor propio tiene ojos de lince para la ofensa, y tal afan por buscarla, que la ve donde jamás ha existido: la dignidad, por el contrario, la ve, la sufre, y rehusa creer en ella: el amor propio es acre, amargo, hiriente; la dignidad es dulce, tranquila y reposada.

Jamás la dignidad ha aconsejado el escándalo, el crímen ni la venganza: de todo exceso, de toda ostentacion culpable, huye aterrorizada: el ridículo la espanta, y las manifestaciones del amor propio son ridículas siempre, porque indican un espíritu estrecho y sin idea ninguna de elevacion.

Huyamos del amor propio, que todo lo envenena, y que hace parecer enorme injuria una pequeña falta. Cuando él ciega los ojos de la razon, jamás se puede juzgar imparcial ni justamente cuestion ninguna: todo toma á nuestros ojos proporciones colosales, es decir, todo aquello que nos hiere y nos mortifica. Procuremos amar á los demas más que á nosotros mismos, y seremos dichosos en lo posible.

El amor propio es mortal enemigo de la generosidad y la abnegacion: es la más grande, punible y traidora de todas las debilidades que los hombres y á veces tambien las mujeres, tratan de encubrir con el velo de la fortaleza.

# CAPÍTULO XVII.

**Amor británico.—Su sacrificio.—Una española y un inglés.—Escena conyugal.**

Voy á referiros una historia triste, lectoras mias, ó más bien, un drama de esos que cada dia tienen lugar ante nuestros ojos, sin que nos apercibamos de ello.

El señor Wilsson, rico banquero inglés, vivia en París hará unos veinte años; su esposa era española, y natural de Madrid.

En la época en que empieza esta historia era asimismo una mujer encantadora, que contaba apénas treinta y dos años, y cuyos ojos azules eran los más grandes, dulces y hermosos que hayan alumbrado jamás el bello rostro de una mujer.

Sus cabellos negros, eran largos, sedosos y abundantes, como sus cejas y pestañas. Su boca pequeña, y su nariz y su frente de un corte lleno de encanto y delicadeza. Todo en ella seducia á primera vista: la mórbida gracia de su cuello, sus

manos de marfil, su pié de niña, su flexible talle.

Y despues que el trato habia hecho conocer todos los encantos de su carácter, se la amaba con una ternura tan apasionada como casta, porque aquella pura y bellísima mujer no podia despertar ningun pensamiento malo.

Rafaela, que así se llamaba, no era, sin embargo, feliz. Más aún: nunca habia sido muy dichosa, y hacia doce años que era completamente desdichada.

Su padre, que cuando apénas contaba ella veinte primaveras, habia ido á Lóndres para negocios de su comercio, quiso llevarla consigo. Padre é hija conocieron entónces al señor Wilsson, banquero á la sazon en Lóndres, y que tenía asuntos pendientes con el señor Aguilar, padre de Rafaela.

El inglés pidió la mano de la linda madrileña; pero ésta, que fué consultada por su padre, rehusó terminantemente.

No era extraño. Mister Wilson, tenía cuarenta años. Era alto, seco, y su pelo, rubio como el lino, empezaba á volverse del todo blanco. Dos ojos verdes y redondos alumbraban mal su cara, larga y amarilla, su nariz encorvada y muy grande, y su boca hundida.

Su elegancia no era á propósito para disimular los defectos de su figura. Vestia constantemente pantalon negro muy ajustado, frac azul con botones dorados, chaleco y corbata blancos. Cuando el

rigor del invierno exigia algun abrigo, mister Wilsson se ponia, sobre su eterno frac, un redingote blanco de paño grueso.

Como ya he dicho, la linda Rafaela renunció á ser la esposa del banquero, á pesar de su gran riqueza, y todo el tiempo que permaneció con su padre en Lóndres se negó hasta á verle. Pero desde aquel dia los negocios del señor Aguilar, que era anciano y de no muchos alcances, se embrollaron, como si una mano pérfida y oculta se hubiese empeñado en perderle.

Uno de los socios de su casa en París hizo quiebra, y el pobre anciano perdió en ella algunos miles de duros. Otro dia echó de ménos uno de sus libros de caja, y tuvo que renunciar tambien á reembolsarse de algunas pequeñas cantidades que estaban apuntadas en él, no queriendo en su honradez fiarse de su memoria.

Poco despues de estas dos desgracias, experimentó otra, que puso el colmo á su desesperacion. Naufragó un buque, y con él perecieron los restos de su fortuna.

El señor Aguilar tuvo que acostarse presa de una violenta fiebre; pero en medio del desórden que reinaba en su cerebro, aún conocia á su hija, sentada á su cabecera como la estatua del dolor

Así pasó la terrible noche que sucedió al dia en que se supo la pérdida del buque. Mucho rezó Rafaela durante aquellas amargas horas. Más de una

vez los sollozos hincharon su pecho; pero los contuvo á costa de un heróico esfuerzo de su generosa voluntad.

## II.

Clareaba apénas la luz á través de los cristales de la hermosa habitacion que Rafaela y su padre ocupaban en la fonda de España, cuando la jóven enjugó sus postreras lágrimas, rezó su última oracion y tomó afectuosamente la mano del pobre viejo.

Estremecióse éste, y abrió sus ojos abrasados por la fiebre.

—Padre mio, dijo Rafaela con voz serena y apacible, padre mio, consuélate que aún hay un remedio para tus penas.

El señor Aguilar respondió sólo con un profundo suspiro, y dos abrasadoras lágrimas corrieron por sus arrugadas mejillas.

—Hay un remedio, continuó la jóven, y tú, padre mio, lo sabías, y eres tan generoso que no has querido proponérmelo.

Tembló de nuevo el pobre padre, y estrechando á su vez la mano de su hija, murmuró:

—¡Jamás! No pienses en eso, Rafaela.

—Veo que me has comprendido, y es en vano, querido padre, que te opongas á mi deseo de salvarte. Voy á escribir á mister Wilson.

La jóven, apénas pronunció estas palabras, dejó

el asiento que ocupaba á la cabecera del lecho de su padre, é iba á dirigirse hácia un veladorcito colocado en el centro de la estancia y que contenia su recado de escribir; pero el anciano la detuvo.

—¡Hija mia! exclamó en tanto que se pintaba en sus venerables facciones un agudo dolor; hija mia, no puedo consentir en que te sacrifiques de ese modo por mí!

—¿Acaso amo yo á alguien en el mundo más que á tí, padre mio? repuso la jóven con una sonrisa.

—Pero quizá llegarás á amar algun dia, cuando estés unida á ese hombre con eternos lazos!

—O quizá no: Dios sólo sabe lo que puede suceder.

Dichas estas palabras, sentóse Rafaela delante de su velador en tanto que su padre volvia á caer sobre las almohadas, exhalando un gemido sofocado y angustioso.

Media hora despues recibia el señor Wilsson este billete, que pudiera decirse habia escrito una pobre jóven con la sangre que lloraba su corazon.

«Señor: Mi padre está arruinado: si usted es tan generoso que le ayude á reponer su fortuna, destruida por desgracias imprevistas, es suya mi mano, que él le concede desde ahora, y que le otorga para cuando la quiera,

RAFAELA DE AGUILAR.»

Al anochecer de aquel dia entraba el inglés en

la habitacion del padre de Rafaela, llevando bajo el brazo un cofrecillo de ébano que contenia un millon en billetes de banco.

—Este es el dote de Rafaela, dijo bruscamente: en su mano está regalarlo á su padre, porque despues que yo muera, quedará tan rica, que no tendrá que echarle de ménos.

—¡Cómo! exclamó la jóven: ¿no tiene usted pariente ninguno?

—Ninguno, señorita, y por lo tanto deseo que se efectúe cuanto ántes nuestra union.

—Tomaré la mitad de esta cantidad, dijo el señor Aguilar, despues de haber examinado los valores que contenia el cofrecito; pero sólo como un préstamo, y á condicion de devolverlo á mi hija á medida que vaya mejorando mi fortuna.

En vano la jóven intentó disuadir á su padre de este propósito.

El anciano fué inflexible.

Convínose en que la boda se efectuaria dentro de ocho dias en la capilla del magnífico palacio del banquero, y el señor Aguilar anunció que tan pronto como se terminase la ceremonia saldria para Madrid, á pesar de los ruegos fervorosos de su hija para que permaneciese durante algun tiempo á su lado, y de las corteses, aunque heladas instancias de su futuro yerno para lograr el mismo fin.

## III.

Penetremos en el despacho de mister Wilsson un mes despues de su enlace con Rafaela, y esta visita, lectoras mias, os hará conocer á ambos mejor que todo lo que yo os pudiera decir al efecto.

Sentado el banquero junto á una preciosa mesa de escritorio, tenía delante muchas cartas escritas en inglés, francés, español y aleman.

Grandes libros, atestados de guarismos se veian tambien abiertos sobre aquella mesa, y en los huecos que quedaban entre cuentas y papeles, brillaban como estrellas algunas pilas de monedas de oro y plata.

El semblante de mister Wilsson demostraba malísimo humor.

Tenía puesta una gorra con visera y su grueso redingote blanco.

En el momento de presentarle á mis lectoras roíase con afan las uñas, signo seguro en él de una muy grave preocupacion mental.

De repente vióse interrumpido en su faena por un criado viejo, adusto, y cuyo cabello, casi albino, acusaba su orígen británico.

—¿Qué quieres? interrogó bruscamente mister Wilsson.

—La señora pregunta si puede entrar, contes-

tó el servidor sin perder la inmovilidad de una estatua..

—Que éntre, contestó secamente su amo.

El lacayo giró sobre sus talones, y un momento despues volvió á levantar la cortina para dejar paso á Rafaela.

La jóven estaba pálida.

El ancho círculo violado que rodeaba sus rasgados ojos patentizaba el insomnio de sus noches y el llanto continuo que humedecía sus pupilas, dos meses ántes tan radiantes y alegres.

Miró á su esposo y le preguntó con timidez:

—¿Me necesitas?

—Sí, respondió mister Wilsson.

—Pues aquí me tienes.

Y Rafaela, despues de haber dicho estas palabras con una expresion admirable de resignacion y dulzura, se dejó caer en un sillon, y apoyando el codo en uno de sus brazos y la mejilla en la palma de su blanca y delgada mano, esperó á que su marido le hablase, dejando vagar sus ojos por la habitacion con una indiferencia melancólica.

No era por cierto aquel exámen lo más á propósito para alegrar el alma entristecida de Rafaela.

Todo en su derredor revelaba el sórdido cálculo de un avaro. Los sillones, de maciza encina, parecia que debian ser eternos. Los asientos eran de cuero dorado, como la gran *portière* que cubria la entrada, y que separaba el despacho de mister

Wilsson de la oficina general, donde se agitaban los negocios y se hacian los pagos, ocupada siempre por seis dependientes, sin contar con el secretario de mister Wilsson.

Las paredes, cubiertas de ensambladuras de cedro, dejaban ver de trecho en trecho las visagras de hierro de algun armario secreto y tan perfectamente disimulado, que sólo un ojo de comerciante inglés pudiera descubrirle.

Dos escritorios macizos con cerraduras de bronce ocupaban los dos frentes de la puerta, dejando hueco para el gran sillon de baqueta oscura de mister Wilsson. Delante de este sillon estaba su mesa guarnecida de cajones, todos cuidadosamente cerrados, y, como ya he dicho, cubierta de papeles y de libros. Finalmente, una gran caja de hierro colado, con labores y remates de bronce, ocupaba el testero que daba frente al balcon, y se asemejaba á la imágen de la avaricia, con su sombrío y helado aspecto.

Quien hubiera conocido á fondo el temperamento y el carácter de Rafaela, hubiera tomado aquella habitacion por el purgatorio del alma de la jóven, de aquella alma tan poética, delicada y tierna. Eran la industria algodonera y el carbon de piedra en contacto con la gracia muelle y la ardiente imaginacion de una española.

No obstante, ni áun aquel que hubiese conocido y tratado á Rafaela desde su infancia, hubiera

podido comprender hasta qué extremo era desgraciada, como lo comprenderemos nosotros en breve, lectoras mias.

Durante algunos minutos permaneció la jóven silenciosa y absorta en una triste meditacion, miéntras su marido revolvía papeles y apuntaba en sus registros los números de las cartas que tenía diseminadas por la mesa.

Levantó al fin la vista y la fijó en su mujer, que no advirtió siquiera aquella mirada.

—¿No perderás nunca la costumbre de levantarte tarde y de adornarte desde que te levantas? preguntó severamente mister Wilsson dirigiéndose á Rafaela.

Estremecióse ésta, como si la voz de su marido la despertase de un sueño profundo, y contestó con dulzura, pero no sin alguna firmeza:

—Me levanto á las ocho, amigo mio.

—Esa es una hora muy buena para que se levante una duquesa.

—No sé á qué hora se levantan las duquesas, mi querido Ricardo; pero yo no puedo levantarme ántes.

—¿Por qué razon?

—Porque en mi vida me he levantado más temprano, y no encuentro razon fundada para variar mi costumbre.

—¿Ni áun mi órden para que te levantes, como yo, al amanecer?

—Estoy segura de que no me lo mandarás.

—¿ Y por qué?

—Porque sabes que me obligarias á desobedecerte en el hecho de mandármelo.

Mister Wilsson nada respondió; pero empezó á roerse las uñas con mucho más afan del que habia empleado hasta entónces. Sus cóncavas mejillas, antes pálidas, se tornaron lívidas, y brotaron de la raíz de sus cabellos algunas pequeñas gotas de helado sudor.

Un español se hubiera enrojecido. Se hubiera levantado con ímpetu derribando cuanto encontrase al paso, y hubiera gritado para desahogar su irritacion. Pero los ingleses sienten de otro modo: calculan, disimulan, meditan y se vengan.

Rafaela no reparó siquiera en el efecto que su audaz respuesta habia producido en su esposo. Aquella bella criatura estaba tan por encima de todas las miserias del inglés, que no le comprendia, ni lo deseaba. Desde el primer dia de su union habia opuesto á las duras exigencias de su marido la más eficaz y la más invencible de las resistencias: la fuerza de inercia. Ni una sola vez habia replicado, ni habia intentado discutir. Una obediencia absoluta parecia ser el único resultado de las órdenes que recibia de mister Wilsson; pero aquella organizaciou, débil y timida, jamás habia hecho, jamás podia hacer la más ligera concesion á lo que no miraba como útil y necesario.

## IV.

Reinó de nuevo un profundo silencio. Rafaela habia vuelto á caer en su meditacion, y no parecia advertir siquiera la presencia de su marido.

—Señora, dijo éste con una lentitud tan cruel que se hubiera dicho que queria clavar cada una de sus palabras en el corazon de la jóven; hace un mes y tres dias que nos hemos casado, y ya creo vislumbrar una verdad que, si á mí me hará infeliz, no debe tampoco hacer á V. muy dichosa.

—Nada comprendo de esas palabras, caballero, contestó Rafaela aceptando con prontitud y sin pena el lenguaje ceremonioso de su marido.

—Digo, señora, que V. se ha casado conmigo sólo por mis riquezas, y no con la intencion de ayudarme en mi trabajo y de embellecerme la vida.

—Yo me he casado con V., caballero, por salvar á mi padre de la pobreza, y creo habérselo manifestado así de una manera muy leal y terminante.

—¿Y se ha propuesto V. contrariarme en todo?

—No, señor; ántes bien, deseo complacer á usted en cuanto sea posible, pues le soy deudora del bienestar de mi padre.

—Sin embargo, sabe V., porque ya se lo he dicho muchas veces, que deseo se levante temprano y que cuide de la economía y arreglo de su casa.

—Sé mi deber, caballero, y no falto á él; la

prueba debe V. tenerla, comprobando su libro de gastos de este mes con el de cualquiera de los meses anteriores.

—¿Y á qué viene ese afan de adornarse desde la cama?

—¿De adornarme? repuso Rafaela con una sonrisa, á través de cuya natural melancolía se traslucía una fina burla. ¿De adornarme, caballero? repitió echando una mirada á su bata de lana oscura, pero cortada con esplendidez y gracia.

Y luégo, tocando con la punta de su sonrosado dedo el gorrito de batista guarnecido de encaje que cubria su hermosa cabellera, continuó mirando á su marido:

—¿Llama V. á esto adorno?

—¿Y los trajes de seda que usa V. de continuo para casa?

—¿Para dónde he de usarlos, si no salgo de ella?

—Porque V. no quiere: todavía no ha consentido V. en ir á ver llegar uno de mis buques mercantes.

—Nunca he salido mucho de casa, amigo mio, repuso Rafaela, dulcificando de nuevo su lenguaje: criada sin madre, y dotada de un temperamento débil y de un carácter pacífico, procuro siempre hacerme bello y dulce mi hogar: soy feliz en el retiro.

—¡Si al ménos, señora, aprovechára V. el tiempo en él! pero se lo pasa V. en fruslerías; en coser,

bordar, leer, y á veces rezar ó tocar el piano horas enteras.

—No sé hacer otra cosa.

—Pues es menester que aprenda V. otras que sirvan para ayudarme á mí, que estoy agobiado de ocupaciones.

Rafaela se encogió de hombros y no contestó.

—Vamos, continuó su esposo; acerque V. su sillon á mi mesa, y sirvase ayudarme á contestar estas cartas de mis corresponsales, escribiendo lo que yo le dicte.

Rafaela acercó su sillon á la enorme mesa, y fijó la dulce mirada de sus grandes ojos en las cartas que, delante de ellos, iba colocando su marido.

—Esta, prosiguió mister Wilsson, señalando las cartas que iba nombrando, esta está en aleman: estas dos en inglés; aquéllas en italiano.

—Amigo mio, dijo Rafaela levantándose; siento no poder complacerte: pero no conozco ninguno de estos idiomas.

—¡Será posible! murmuró asombrado mister Wilsson.

—Muy posible: no me los han enseñado.

—¿Ni siquiera el frances?

—Ni el frances.

—¡Oh, buen Dios! exclamó el inglés levantando al cielo sus flacas manos con una cómica expresion de irritado pasmo: ¿luégo en España es la mujer un mueble del todo inútil?

—No, repuso Rafaela con dignidad: en España, la mujer se educa como mujer, y no como hombre. Mi madre me ha enseñado á ser buena, á rezar y á amar á mi familia.

Mister Wilsson nada respondió á estas palabras, y pareció que empleaba algunos minutos en dominar su impaciencia.

—Me contestarás, por lo ménos, dijo al fin, las cartas que estén en español, y desde hoy tendrás este cargo.

Rafaela, obediente, tomó una pluma y empezó á escribir en tanto que su marido dictaba paseándose por el cuarto.

Cuando estuvo terminada la primera carta; se acercó mister Wilsson para examinarla.

Pero no bien hubo fijado en ella los ojos, apareció una violenta cólera en su semblante.

—¡Oh, buen Dios, qué letra! exclamó torciéndose las manos con desesperacion: ¿con que, no tienes siquiera carácter inglés?

—He aprendido sólo la letra cursiva española, amigo mio: pero creí que debias conocerla, porque te dije por escrito que consentía en casarme contigo.

Mister Wilsson se dió una palmada en la frente como quien recuerda de pronto que podia haber evitado un mal ya irremediable.

—¡Oh, buen Dios! exclamó recurriendo, segun su costumbre en los casos extremos, á su exclama-

cion favorita. ¡Oh, buen Dios, que va á ser de mí! casado con una mujer que no vale para prestarme la menor ayuda, y falto de la que me prestaba mi secretario, á quien he tenido que despedir porque me robaba!

Rafaela dejó la pluma, levantóse y se dirigió á la puerta desapareciendo tras la cortina, y dejando á mister Wilsson que declamase cuanto quisiere contra su infelicidad, de la cual, si existia, era el orígen su desconfianza y avaricia.

# CAPÍTULO XVIII.

**La mujer inglesa y la española.—Arrepentimiento.—La enredadera.—¡Pobre Rafaela!—Un avaro.—Maternidad.**

## I.

Desde el dia en que tuvo lugar la escena que acabo de referir, cambió completamente la situacion de Rafaela, haciéndose mucho más infeliz.

Tanto como su belleza, habia apasionado su claro talento á mister Wilsson, y éste no podia haber imaginado nunca que una jóven, dotada de tan hermosas prendas naturales, careciese absolutamente de instruccion. En Francia é Inglaterra se educa á la mujer para los negocios y para el comercio. En España, la que se educa, lo es para la casa. Podrá saber el precio de todos los artículos que confeccionan el sano alimento que humea cada dia en la mesa de la familia; sabrá tambien cuánto le cuestan las telas de sus vestidos, y cuánto economiza haciéndoselos ella misma; sabrá rezar el rosario y la corona á la Santísima Vírgen, y sabrá de memoria su libro de oraciones; sabrá planchar

y rizar con primor la ropa blanca de su esposo y de sus hijos; quizá sabrá tambien hacer algunos buenos versos; pero ignorará completamente los trámites de un pleito, y las jugadas de Bolsa.

En Francia y en Inglaterra la mujer es erudita ó excelente tenedora de libros. En España es sólo buena esposa y buena madre. Allí tiene algo de varonil. Aquí es enteramente mujer. Allí tal vez podrá ella misma manejar y hacer producir sus caudales. Aquí necesita del apoyo constante del hombre.

Mister Wilsson, al casarse con Rafaela, creia á ésta mucho ménos ignorante de lo que lo era en realidad. Con frecuencia habia oido hablar de la *crasa* ignorancia de las españolas; pero, como ya he dicho ántes, nunca pudo persuadirse de que aquella jóven viva, espiritual, dotada de tan buen sentido, y que era, ademas, hija de un comerciante, nunca, repito, pudo persuadirse de que ignorase todos los idiomas y todo lo que pertenecia al comercio.

Satisfecho ya su anhelo de ser dueño de Rafaela, desde el dia en que ésta consintió en llamarse su esposa, sólo quedó á mister Wilsson el arrepentimiento de haber contraido una union tan desventajosa:

—¿Qué he hecho yo? se decia, paseándose en su despacho, durante las largas noches del invierno que siguió á su matrimonio: ¿cuánto más me hu-

biera convenido casarme con la hija de mister Sivall, el tendero? Y si mi vanidad se rebelaba contra su joroba, á pesar de sus guineas, ¿no me quedaba aún Jenny, la hija del buhonero, ó Rebeca la judía? ¿Qué podia importarme el qué dirán, teniendo en mi *bureau* el aumento de algunos miles de esterlinas? Tendera, buhonera ó judía, ¿qué más tenía, si todas eran ricas, inteligentes y capaces de ayudarme? ¡Ah, si las cosas se hicieran dos veces no sería esa linda muñeca, tan pobre como orgullosa é inútil, quien se llamase mistres Wilsson!

Y el banquero mordia su pañuelo, y se golpeaba la frente con su puño apretado, porque cuando estaba solo perdia enteramente su aplomo y sangre fria.

—¡Ah! continuaba tras una pausa: si yo llegara á tener una hija!... ¡Cómo habia de educarla! Yo la instruiria por completo en todos los negocios y ella realizaria la emancipacion de la mujer, ese gran pensamiento, al cual deberia que todos mis caudales fuesen suyos, suyos exclusivamente, sin que tuviere que dividirlos con nadie! Lo que yo he ganado no saldria de mi familia, y la habia de enseñar á ser tan avara, que hiciese enterrar con ella el cofre de su oro!

## II.

En tanto que mister Wilsson hacia estas reflexiones, y se arrepentia demasiado tarde de haber sacrificado á Rafaela, ésta pasaba retirada en su

habitacion todas las horas de su vida; pero, segun la costumbre inglesa, esta habitacion no tenía vistas á la calle, sino á un patio interior, oscuro y envuelto en las tinieblas, que casi siempre cubrian la ciudad como un sudario.

La pobre jóven, muerta de tedio y deseando distraerse algun tanto, habia hecho colocar en los antepechos de sus dos ventanas algunas macetas en las cuales habia plantado flores. Mas ¡ay! que aquellas pobres plantas no podian prosperar, porque jamás un rayo de sol alegraba á aquel estrecho y nebuloso patio! Muchas veces, á las cuatro de la tarde habia que encender los dos faroles que le alumbraban durante la noche, y las pobres flores murieron.

Rafaela hizo cuanto pudo para salvarlas y viendo que no podia conseguirlo, trató de endulzar su agonía por cuantos medios le sugirió su imaginacion poética y tierna. Hacíalas entrar por la noche dentro de su cuarto, para que no apresurase su fin el vapor del gas y del carbon de piedra que exhalaban los almacenes vecinos. Pero fueron vanos todos sus deseos y las vió marchitarse á pesar del cuidado con que las regaba, y del que empleaba para limpiar con su pañuelo el polvo que cubria sus brillantes hojas.

Sólo una planta resistió la frialdad y el vapor mefítico de aquella insalubre atmósfera. Era una enredadera.

Habíala plantado Rafaela en la más pequeña y humilde de las macetas, y la vió crecer con una alegría indecible, al paso que las demas plantas languïdecian, é iban muriendo poco á poco.

El dia en que vió abrirse la almendra dentro de la cual aparece esta planta en la superficie de la tierra, un sentimiento de consuelo acarició el pobre corazon de Rafaela, tan abatido, tan exhausto de esperanza. Vióla crecer con una solicitud casi maternal, y luégo fué colocando pequeños clavos dorados á lo largo de la pared, y cordones de seda para que la cariñosa planta fuese enredando sus flexibles ramas.

Ante aquella enredadera pasó Rafaela las apacibles tardes de la primavera. Su marido se llegó á olvidar casi por completo de ella; sólo la veia dos horas cada dia, y éstas las pasaba en dirigirle insultantes reconvenciones.

Rafaela no tenía en la populosa Lóndres ni una amiga siquiera. Habia ido con su padre sólo por algunos dias, y la vida triste que pasaba desde su casamiento, le placia más que el trato con aquellas mujeres, heladas, graves y sistemáticas.

En Inglaterra no hay clase media. No hay más que comerciantes ó aristocracia; plebeyos ó magnates. No existe esa fraccion, tan estimable y la más desgraciada de la sociedad, cuyos instintos delicados están siempre martirizados por lo escaso de sus medios de vida.

Rafaela no habia nacido gran señora, ni podia ser nunca comercianta. Exceptuando su corazon, que estaba vacío, bastábase á sí misma. Pasaba horas enteras rezando ó tocando su piano, porque la oracion y la música la consolaban y distraian. La primera caia como un bálsamo sobre su alma, encogida por un dolor que no se puede definir si no se ha sentido; por el dolor de la soledad completa, eterna, interminable.

La música le hacia dulces sus mismas penas. Muchas veces, en tanto tocaba en su clave algunas de las melodías de Bellini ó de Weber, improvisaba oraciones llenas de poesía y de ternura que rezaba en voz alta. Si cuando esto sucedia pasaba su marido por la puerta de su cuarto, se encogia de hombros y decia con frialdad:

—Se vuelve idiota.

Si alguno de los dependientes de la casa alcanzaba á oir aquellos acentos, arrancados á un alma cristiana, murmuraba:

—¡Está loca!

Sin embargo, no era una idiota, ni una loca, la mujer que hablaba con Dios en la soledad de su habitacion, siempre sombría, siempre oscura. Era una pobre jóven que gemia en medio de una ciudad de oro que muchas veces habia visto en sueños, cuando dormia bajo el techo de su anciano padre. Una mártir que habia inmolado su corazon en aras del deber. Un ángel, sobre cuya alma de-

jaba caer Dios algunas veces la mirada de sus ojos llenándola de luz. Una bienaventurada que lloraba sobre la tierra, y que imploraba á la madre de Dios, como á la estrella de eterno consuelo, como á la suprema consoladora de todos los males.

## III.

Rafaela tuvo un dia de dolor mucho más grande que todos sus dolores pasados.

Una mañana, cuando ella apénas acababa de levantarse, y miéntras recogia sus largas trenzas negras en un gorrito de batista, que tenía costumbre de ponerse hasta la hora del peinado, se le presentó su esposo.

Mister Wilsson se sentó, con gran asombro de Rafaela, que hacía algunos meses no le veia, ni áun llegarse á la puerta de su cuarto.

—Observo, señora, dijo el inglés, que será imposible corregir ni cambiar los hábitos de princesa que V. se complace en ostentar. Usted acaba de levantarse, y yo hace cuatro horas que estoy trabajando ya.

Rafaela no contestó ni una palabra, y continuó enlazando su gorro delante del espejo.

Exasperado mister Wilsson con esta impasibilidad aparente, continuó con tono brusco é irritado:

—Vengo á participar á V., que tiene que ponerse al frente de los intereses de la casa, al ménos

por algunos dias, porque esta noche salgo para Madrid, á fin de recoger la herencia de su padre de usted, que ha muerto.

Rafaela quedó pálida y helada: sus labios entreabiertos se negaban á dar salida á los sonidos, y un violento temblor recorrió todo su cuerpo.

—¡Mi padre! repitió al fin con voz entrecortada, ¿cómo no me ha escrito participándome su enfermedad?

—Ha escrito á V. dos veces, señora, contestó siempre impasible mister Wilsson.

—¿En dónde están las cartas?

—Yo las he guardado.

—¿Luégo es verdad?...

—¿Qué ha muerto? ¡Es indudable!

Rafaela dió un grito: alargó los brazos y se desmayó.

Su marido llamó á dos criadas que la condujeron á su lecho, presa de terribles convulsiones.

Aquella misma noche, y sin que la jóven hubiese vuelto á su razon, que habia ofuscado un violento y doloroso delirio, partió mister Wilsson á Madrid, donde recogió medio millon, valor de la fortuna del pobre anciano, quien no habia podido enriquecerse á pesar del doloroso sacrificio de su hija.

Desde el casamiento de Rafaela no habia sido muy activa su correspondencia. La tiranía de mister Wilsson abria é inspeccionaba todas las cartas

de su esposa. Ni una sola de su padre—que eran casi las únicas que recibia—llegó cerrada á manos de Rafaela. Empero muchas quedaron sepultadas en las enormes faltriqueras del redingote blanco de su marido.

Así la jóven creyó que su padre, embebido en los negocios, no podria escribirle sino muy rara vez, y se le quejó de su indiferencia, tan nueva para ella. Mas estas cartas de quejas y de expansion tampoco llegaron á poder del anciano. La mano de hierro del banquero las pulverizó en su camino, y el buen padre creyó á Rafaela ocupada en diversiones y placeres, y le perdonó su descuido y frialdad.

En vano la llamó á su lado desde el primer instante en que sintió alterada su salud.

Rafaela no contestó á ninguna de las cartas; no fué á acompañarle, y el anciano murió como habia vivido: amando y perdonando. Dios en su infinita misericordia, le libró de la más inconsolable de todas las penas.

La de saber que su hija era infeliz por salvarle á él. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Cuando mister Wilsson volvió de Madrid á Lóndres, halló á su esposa sentada junto á la ventana de su cuarto, convaleciente apénas de una enfermedad que habia durado dos meses.

Vestida la jóven de blanco, tenía las manos cru-

zadas sobre las rodillas y contemplaba con una triste alegría la enredadera que guarnecia su ventana, adornada ya con dos campanillas sonrosadas.

Mister Wilsson se informó con frialdad de su salud, y Rafaela contestó con la dulce gravedad que acostumbraba, y conteniendo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos. La jóven creia, y con razon, que aquel hombre no debia ver sus lágrimas, puesto que no sabía apreciarlas.

Durante un cuarto de hora permaneció sentado mister Wilsson, y Rafaela esperó en vano todo este tiempo á que le diera algunas noticias acerca del caudal de su padre; pero cuando vió que se levantaba para retirarse, le detuvo con un ademan lleno de la majestuosa gracia que le era tan natural, y le dijo con suavidad y firmeza:

—Deseo, amigo mio, que te detengas un poco más, para hablar de un asunto que me interesa.

—Veamos que asunto es ese, repuso el banquero volviendo á sentarse con mal humor.

—Ricardo, dijo la jóven, ¿qué me traes de mi padre? ¿Qué has recogido para mí?

—Nada, respondió el inglés encogiéndose friamente de hombros.

—Eso no puede ser, y veo que es necesario que yo hable en unos términos de que quizá en otra ocasion me avergonzaria; tú me dotaste en un millon al casarme contigo.

—Es verdad, respondió mister Wilsson sin poder reprimir un suspiro.

—De este millon sabes que tomó medio mi pobre padre para restablecer su fortuna; del otro medio nada sé, porque volvió á tu poder.

—Es cierto, y está empleado en algunas especulaciones lucrativas.

—No pregunto por esa cantidad; pero, ¿qué ha sido del medio millon que pasó á poder de mi padre? Debe haberse acrecentado en sus manos.

—Pues estás equivocada; he recogido sólo ese medio millon; en los dos años que lo ha estado manejando, no ha ganado un real, y todo lo que ha podido conseguir en sus operaciones ha sido no perderlo.

—¿Pero ese dinero?

—¿Qué te importa? Yo le tengo; yo le emplearé, porque es muy justo que vuelva á mis manos lo que con tanta generosidad cedí.

—¿Pero no me dijiste al casarnos qne me dotabas en un millon? Creo que el marido no puede disponer ni arriesgar el dote de su mujer; ¡quédate con la mitad, pero dame al ménos la otra!

—¡Cómo! ¿Te habrás vuelto avara?

—¡Avara yo! exclamó la jóven con un grito del alma; y luégo, moderando aquel transporte, continuó con solemnidad:

—No, Ricardo, no puedo yo ser avara jamás; pero voy á ser madre, y quiero saber lo que podré dar á mi hijo.

Mister Wilsson permaneció silencioso é impasible.

Ninguna emocion se pintó en su helado rostro; luégo, y viendo que su mujer callaba con el pecho palpitante y las ojos bajos, contestó levantándose:

—No incumbe á las mujeres el cuidar del porvenir de sus hijos; yo cuidaré del de los mios.

—Pero, Ricardo, exclamó Rafaela levántandose con ímpetu y asiéndose para sostenerse del brazo de su marido. ¿No me traes ni una sortija de mi padre, ni una prenda que le haya pertenecido?

Mister Wilsson, en vez de responder en seguida, examinó el talle de su mujer con sus redondos ojos, como para convencerse de que no le engañaba al hablarle de su próxima maternidad, y satisfecho de su exámen, respondió:

—Nada te traigo de tu padre.

—¿Pero por qué? gritó la pobre jóven exasperada; mi padre tenía joyas de su uso, y áun algunas que habian pertenecido á mi madre..... ¿Dónde están? ¡No he de poder yo decir algun dia á mi hijo —toma esto que fué de tu abuelo!—

—No se lo podrás decir; encontré, es cierto, algunas alhajas; pero todo lo vendí, incluso el reloj del difunto.

—¡Venderlo! ¡Oh, Dios mio! Siendo tan rico tú, es una infamia el no haberme conservado esas sagradas reliquias.

—Repito que las vendí para pagar el entierro;

el que yo sea rico no es una razon para que desembolsase lo que han costado las honras fúnebres.

Al concluir de pronunciar estas palabras, mister Wilsson salió del aposento.

Rafaela juntó sus blancas manos sobre su seno, y oprimiéndolas con fuerza, exclamó entre sollozos, dejándose caer al mismo tiempo en un sillon:

—¡Pobre padre mio!

## IV.

Tres meses despues de este dia dió Rafaela á luz una niña.

Aquellos tres meses los pasó la pobre mujer formándose sueños para el porvenir. Próxima á ser madre, desafiaba ya los dolores de la soledad, pensando en que su pequeño ángel le haria compañía.

Con el primor que ella empleaba en todo cuanto hacía, bordó la canastilla para su hija, tejió ella misma los encajes de sus gorritos, y le preparó una cunita, cuyos colchones, de raso azul celeste, fueron hechos por su mano con la tela de uno de sus vestidos de baile de los felices tiempos en que era soltera.

Otro de sus vestidos blancos dió tela para las sábanas y almohadas. De la gasa de otra falda se sacó la colgadura, y ella misma, con un poco de dinero que le habia dado su padre al llegar á Lóndres para que lo gastase en flores ó dulces, ella

misma compró una linda cuna de caoba y un vellon suave para los colchones y almohadas de su hija.

Su marido era tan avaro, que no le tenía señalada la cantidad más pequeña para alfileres, ni le daba jamás una moneda, por si se le ocurria alguna cosa. Rafaela, demasiado orgullosa para pedirle, tenía, por otra parte, un placer indecible en que su hija lo debiese todo á ella.

Así que la envoltura y el lecho en miniatura estuvieron concluidos, los condujo á su alcoba, y esperó con impaciencia el momento de su felicidad. Llegó por fin, y tras algunos dolores pudo abrazár á la más hermosa criatura que sus ojos habian visto.

De repente sintió que se la arrancaban de los brazos.

Volvióse, y vió la sombría figura de su esposo, y delante de él á una mujer, gruesa y de brutal aspecto, que pugnaba por quitarle la niña que ella estrechaba contra su corazon.

—¿Qué quiere V., buena mujer? preguntó Rafaela, más sorprendida que irritada.

—Quiere que le des la niña, respondió mister Wilsson.

—¿Para qué? ¿Por qué razon me la quereis quitar ya? Déjamela un poco más, Ricardo; apénas la he visto.

—Mistris Beld es la nodriza que he buscado á

mi hija, Rafaela, y sólo su nodriza y su padre deben entenderse ya con esta criatura.

Rafaela dió un grito agudo, y aprovechándose de su estupor, la gruesa nodriza le quitó la niña de los brazos.

—Bien decia vuestra gracia, milord, que sería necesario emplear la fuerza, observó aquella mujer con tono groseramente adulador, en tanto que salía de la alcoba con la niña en los brazos

Rafaela se incorporó en su lecho, pálida y con el cabello esparcido.

—¡Mi hija!..... ¡yo quiero mi hija!..... gritó con la energía salvaje de una madre á quien roban el fruto de sus entrañas. ¡Yo quiero criarla á mi seno, tenerla siempre junto á mí, no separarme jamás de ella!..... ¡Mi hija, mi hija! ¡que me devuelvan á mi hija!.....

—Caballero, dijo el médico que habia asistido al parto, acercándose á mister Wilsson con triste gravedad: es mi deber avisar á V. que expone la vida de su esposa con semejante crueldad; ¿por qué no le permite V. que amamante á su hija?

—Caballero, contestó mister Wilsson, cada uno en su casa obra como le parece mejor, y yo no iré jamás á dar á V. consejos en la suya, ni á hacerle advertencias oficiosas.

Volviéndole luégo la espalda, se aproximó al lecho de su mujer, que lloraba.

—Oye, le dijo, y agradece á tu carácter de madre, el que por primera vez te dé cuenta de mis proyectos.

La jóven secó sus ojos con las yemas de sus delgados dedos, y escuchó con ansiedad.

—Nuestra hija, prosiguió impasible el banquero, se llamará Alicia.

—¡Yo quería que se llamase María! murmuró Rafaela con acento sumiso.

—Se llamará Alicia, porque ese es mi gusto, señora; la criará mistris Beld, y la tendrá todo el dia en su habitacion para que no interrumpa con su llanto mis trabajos de escritorio. Por ahora no es necesario que yo diga más.

—Pero ¿no podrían estar aquí, á mi lado, durante el dia? ¡Esta habitacion, Ricardo, está muy léjos de tus oficinas!

—Quiero que Alicia vea á su madre lo ménos posible. ¿Crees tú que deseo que se te asemeje? Antes quisiera verla muerta.

—¡Oh, Dios mio! Yo puedo resignarme á no darle el primer alimento; pero á no verla, ¡no! ¡qué horror! continuó la pobre mujer alzando al cielo sus manos y sus ojos bañados de lágrimas! ¡Dios de bondad, y tú consentirás en que me roben mi hija....! ¿Qué he hecho yo, Señor, para merecer este castigo?

Mister Wilsson, sereno é impasible como si no hubiera oido las angustiosas quejas de su mujer,

salió de la habitacion, é hizo señas á mistris Beld de que le siguiese con la recien nacida.

De repente cesó el llanto de Rafaela; torciéronse sus ojos, estiráronse sus miembros horriblemente, y fué acometida de violentas convulsiones.

En vano el compasivo médico le hizo aspirar algunas sales. En vano procuró hacer pasar por entre sus dientes apretados algunas gotas de cordial. Aquel terrible ataque parecia aumentarse á cada segundo que pasaba.

Pálido y jadeante de cansancio, se volvió hácia una criada que, situada al pié de la cama, miraba á la enferma con su impasibilidad inglesa.

—¿No tiene aquí tu señora ningun pariente, ningun amigo? le preguntó.

—No, contestó con laconismo.

El doctor hirió el suelo con su pié, y añadió:

—¡Pues ve á decir á tu amo que venga, porque se muere!

La criada salió con mucha pausa, y el doctor volvió á sostener el cuerpo de Rafaela, que se destrozaba á impulsos de horribles sacudidas nerviosas.

—¡Pobre mártir! murmuró el doctor: ¡si Dios quiere que vivas, yo te sacaré de esta caverna de lobos!

# CAPÍTULO XIX

**Convalecencia. — La cuna solitaria.—Un rayo del sol. — El médico del cuerpo y el médico del alma.— Consuelos.— Una esperanza.—Besos maternales.**

## I.

Dios da fuerza á la voluntad más abatida para sobrellevar la adversidad, cuando los principios religiosos están arraigados en el alma. Así lo experimentó la desgraciada Rafaela, y durante la cruel enfermedad que por espacio de tres meses la clavó en su lecho de dolor, en más de una ocasion, al sentir agitarse sobre su pálida frente las frias alas de la muerte, oró creyendo que lo hacia por última vez, y oyó alzarse una voz en el fondo de su corazon desfallecido, que le gritaba:

—¡Espera!

Aquel acento poderoso aclaraba las tinieblas de su dolor, y comunicaba un vigor nuevo á su espíritu quebrantado y abatido. Y la reflexion se abria paso, y la dulce calma de su conciencia serenaba la tempestad de sus pesares.

No se muere de dolor: si éste matase, yo hubiera visto morir á algunas pobres mujeres, cuyos co-

razones estaban abrumados por mucha mayor cantidad de penas de la que podian contener.

Cuando Rafaela, gracias á los asiduos y paternales cuidados del doctor, pudo dejar el lecho; cuando vió vacía y solitaria la cuna que con tanto esmero habia preparado para su hija, aquella cuna engalanada con sus castas vestiduras de doncella, se admiró de vivir.

Veíasela á menudo aplicar el oido creyendo que la niña gorjeaba en ella. Luégo, y al convencerse de su error, humedecíanse con lágrimas amargas sus ojos escandecidos por la fiebre, y cruzando las manos, miraba suplicante á su criada y al doctor, y les decia:

—¡Traedme á mi hija!

La doméstica se encogia de hombros con su flema habitual, y nada contestaba.

El doctor pasaba su mano por sus ojos humedecidos y tampoco respondia.

Entónces Rafaela quedaba muda tambien, pero temblorosa.

Dejaba caer sobre las rodillas sus manos, áun cruzadas, y parecia absorta y aterrada del silencio que reinaba en torno suyo, y que le hacia creer algunas veces que estaba enterrada en vida en un vasto y sombrío sepulcro.

## II.

Un dia, á la caida de la tarde, entró el médico en la habitacion de Rafaela.

La jóven no levantó la cabeza. Teníala doblada sobre el pecho, y caida encima de sus rodillas se veia una labor, en la que probablemente habria estado trabajando. Inmediato á ella, y en el sitio de costumbre, estaba su velador, sobre el cual habian dejado una taza de té, que no habia pensado en tomar.

El doctor no extrañó su inmovilidad. Sabía bien á pesar suyo, que Rafaela se entregaba á largas y penosas cavilaciones, y que el dolor de su corazon destrozado no podia ser siempre vencido por los consuelos de la oracion.

Era Junio. Un rayo de sol, perdido ó benéfico, compadecido de la tristeza de la prisionera, iluminaba un poco los costados de la ventana, y bañaba la enredadera, que agradecida, abria coquetamente sus campanillas azules y blancas como otras tantas alegres sonrisas.

El sombrío aposento, más sombrío aún por el oscuro color de sus muebles y cortinas, parecia rejuvenecido, y tenía un aspecto casi risueño. Aquellos dorados reflejos herian las sillas guarnecidas de tela de lana oscura, la antigua cómoda de nogal

y los cuadros al óleo, que representaban vidas y martirios de santos.

Una imágen de la Vírgen, de bulto, colocada sobre una mesita de palisandro, sonreia con esa ternura que no deja lugar ninguno para la alegría por estar impregnada de demasiado amor.

La escultura era muy hermosa. Habia sido el regalo de boda del padre de Rafaela, quien habiendo visto en un convento católico de Lóndres aquella admirable efigie, y sabiendo la amorosa devocion de su hija á la Virgen María, la compró á muy subido precio, y se la hizo llevar á su casa momentos ántes de su salida.

Cuando Rafaela, anegada en llanto, abrazaba á su padre, sin poderse resolver á separarse de él, porque su corazon le advertia sin duda de los dolores que la esperaban, vió entrar á dos hombres en la habitacion, que conducian con todo respeto á la imágen de la Madre de Dios.

Rafaela dejó de sollozar, y quedó estática ante la escultura. Cuando su padre se alejó, no fué tan vivo su dolor como todos se temian, porque la sonrisa y la blanda mirada de la Vírgen le infundieron valor y resignacion.

El doctor, al entrar en el cuarto de Rafaela, quedó un instante suspenso y como admirado de ver la alegría que reinaba en él, y luégo se aproximó á la jóven.

Esta no hizo ningun movimiento, y el médico,

creyendo que no le habia oido, se acercó más y tomó una de sus manos. Estaba húmeda y helada. Tocó su frente y ardia. Aplicó á los labios de Rafaela una sortija de oro, que sacó de su dedo anular, y su aliento no llegó á empañar su brillo.

El doctor, asustado, iba á tirar del cordon de la campanilla, pero retrocedió, y una expresion de amarga cólera se retrató en su frente, arrugada por los años y las vigilias.

—¡Ah! dijo, como respondiendo á su propio pensamiento: ¿para qué? ¿Quién se interesa aquí porque esta desdichada viva ó muera?

Humedeció su propio pañuelo con el agua de un vaso que habia sobre una mesa, y le aplicó á las sienes de la pobre enferma. Luégo acercó á la nariz su frasquito de sales, y al fin logró que abriese los ojos.

—Hija mia, dijo entónces con esa sublime serenidad, que parece, en los apóstoles de la santa ciencia de aliviar á la humanidad, un don del cielo; hija mia, es muy mal hecho el dormirse aquí!

—¿Yo... me he... dormido? preguntó Rafaela, llevando sus manos á la abrasada frente; y luégo añadió con voz débil y quebrantada:

—Amigo mio... no dormia... creo que me desmayé...

—¡Bah! dormia V., hija mia, con el sueño de los justos.

—Puede ser.

—Es así: ¿y cuándo va V. á dormirse? ¡Cuando el primer rayo de sol viene á su cuarto! ¡Cuando todo está alegre! ¿Ve V. sus flores?

—¡Ah, sí! exclamó Rafaela con voz débil aún, pero dando un profundo suspiro de bienestar y de dicha.

—Vuelva V. los ojos. ¿Ve V. á la Vírgen?

—¡Sí! repitió la jóven, mirando á la bella imágen con ternura.

El médico entre tanto habia prendido fuego á una cocinilla económica, y puso á calentar el té, que una hora ántes habian dejado en el velador de Rafaela.

—¡Así! exclamó de repente la enferma; así estaba iluminada la Vírgen, señor doctor, el dia que me la presentó mi pobre padre! Ese mismo rayo de sol caia sobre su cabeza, y aún me parece oir su voz que me dice como entónces:

«¡No te quedas sola, hija mia, pues te dejo una amiga en la santa Vírgen!»

—¡Tenía razon! contestó el médico, atizando la azulada llama del espíritu de vino con la punta de las tijeras de Rafaela, para ocultar una lágrima que humedecia sus ojos.

—¡Oh, sí que la tenía! suspiró Rafaela, y luégo añadió con tristeza:

—¡Dicen que mi padre carecia de talento, y que su falta de alcances ocasionó su ruina! ¿Cómo es pues, que algunas veces decia cosas tan sublimes?

—Hija mia, repuso el doctor presentando á Rafaela la taza humeante de té, que ella bebió sin resistencia, y con la docilidad de una niña: hija mia, para decir verdades sublimes no se necesita talento: se necesita sólo tener buenos y nobles sentimientos, y en este caso las obras de la persona que los abriga son tan sublimes, por lo ménos, como sus palabras: seguro estoy, áun sin haber conocido á su excelente padre de V., de que si no llegó nunca á ser rico, fué porque se lo impidieron siempre su excesiva probidad ó su generosidad en socorrer á los desgraciados.

Rafaela guardó silencio durante algunos instantes.

Acabó de sorber su té, y luégo, dejando la taza sobre el velador, preguntó al médico mirándole fijamente:

—¿Qué piensa V. de mí, querido doctor?

—¿Qué pienso?

—Sí. Dígame V. con su sinceridad acostumbrada: ¿soy yo el ente nulo é inútil que ve en mí mi esposo?

—¡No! respondió el anciano con calor.

—¿Tengo algun talento? ¡Por Dios, doctor, dígame V. la verdad! ¡Á fuerza de padecer, casi he llegado á convencerme de que merezco la suerte á que me condena mi marido! ¡Necesito saber lo que valgo moral é intelectualmente, porque hay instantes en que no me creo un sér racional siquie-

ra!..... mi juicio se ofusca..... ¡Un rayo de luz, doctor, un rayo de luz!

—¡Desventurada! murmuró el doctor, tomando la mano de la jóven, y sin apercibirse de que dos gruesas lágrimas corrian por sus venerables mejillas.

—Voy á oir la verdad, ¿no es cierto? prosiguió Rafaela con ansiedad; yo no sé lo que soy, continuó ella; la sociedad no ha podido comprenderme ni valuarme, porque jamás he vivido en su seno: mi padre me amaba demasiado, y además, como, segun dicen, tenía pocos alcances, no podia advertirme de mis defectos: no he tenido amigas; no he amado; y esta soledad agobiadora enerva cada dia más mis facultades, y me ha quitado ya la libertad de pensar.

—Muchas mujeres hay, señora, repuso el médico con triste gravedad, que se hallan en el mismo caso que V.

¡Oh! prosiguió, alzando al cielo fervorosamente sus manos y sus ojos; ¡oh Dios mio! ¡cuánta falta hacen en el mundo médicos del corazon y filósofos que hayan aprendido la difícil ciencia de leer en todos los dobleces del pensamiento y del alma! ¡Oh Dios de bondad y sabiduría! ¿Por qué, por qué, Señor, no envias alguno de tus ángeles á morar entre los humanos, ora sea bajo la forma de ancianos venerables, ora cubiertos bajo la gallardía de la juventud?

## III.

Calló el anciano despues de esta ardorosa deprecacion, y Rafaela le escuchaba todavía, como si el eco de sus palabras resonase en su propio corazon. Juntas las manos y el pecho palpitante, parecia absorber la vida del pensamiento y de la inteligencia, que no habia columbrado jamás. El doctor pasó la mano por su frente, y luégo continuó.

—Casi todas las mujeres, señora, y áun muchos hombres, ignoran lo que son y lo que valen, y no se conocen ni pueden definirse. Dios les ha dado el libre albedrío y la conciencia, es verdad; pero si la religion no ha iluminado su alma, si su inteligencia no ha sido alumbrada por la eterna luz de la verdad, si su espíritu no está fortalecido con las severas máximas del Evangelio, la pasion que más predomina en ellos les hace su presa, ó quizá llegan á ser pasto de todas las pasiones que azotan á la humanidad. ¿Quién podrá jactarse de conocerse á sí mismo, en la seguridad de que el orgullo no ha guiado su juicio? No hay uno solo de los séres que viven en el mundo que no esté estragado por la vanidad, por la adulacion, ó, á lo ménos, por la lisonja. Los hombres lo están por la conciencia de su poder, de su valor, y de la fuerza de su voluntad. Las mujeres por el convencimiento

de su belleza, por el prestigio de su debilidad, y por los frutos que casi siempre logra su obstinacion. Y las que están como V., hija mia, agobiadas por la desgracia; las que no han conocido el amor ni la amistad, ni el cariño de hijas, de esposas y de madres, aquellas se abaten, se debilitan y se vuelven idiotas ó locas.

—¡Es verdad, es verdad! murmuró Rafaela, ocultando el semblante entre sus manos: ¡es verdad! ¡Yo no sé si invade mi cerebro el idiotismo ó la demencia; pero sé que le invade una cosa de las dos!

—Ni la una ni la otra, repuso el doctor, elevando sus ojos con una expresion sublime de conviccion y de fe. ¡Señor! continuó alzando sus manos hácia el pedazo de cielo que, como una cinta azul, se descubría á traves de la ventana abierta. ¡Señor, dadme la gracia de que pueda salvar este cuerpo, que agoniza, y esta alma, que desfallece!

Bajó luégo su mirada radiante é inspirada sobre la abatida cabeza de la jóven, y la contempló, durante algunos instantes, de un modo parecido al que debió emplear Jesus ántes de resucitar á Lázaro.

—Rafaela, dijo con acento solemne: es menester que me oigas como una hija. y que yo te hable como un padre; léjos ya de nosotros los frívolos tratamientos de la vanidad del mundo: déjame la lisura del cariño y de la confianza, el abandono de la ternura.

Rafaela no contestó; empero sus tristes pupilas se animaron con un resplandor fugitivo.

—Oye, hija mia, continuó el médico del alma; oye, y verás cómo me comprendes, prueba segura de que tienes inteligencia y de que eres un sér privilegiado. Tú tienes talento; y más aún que talento, tienes virtud: eres buena, dulce, piadosa: eres digna y noble; pero tu corazon está entumecido por falta de sensaciones y de ternura. ¿Ves esa planta que se enlaza graciosamente en la pared de tu ventana? Esa es la imágen de tu inteligencia. Si hubiera nacido en un jardin en que hubiese tenido mucho aire, mucha luz, mucho sol que la calentase, y frescas brisas que le hiciesen caricias, hubiese crecido, se hubiera ensanchado, y hubiera formado su follaje un verde y aromoso lecho para los pajarillos y las palomas torcaces. Pero nació en una estrecha ventana, y no ha tenido más ambiente que el insalubre aire de ese sombrío patio. Por eso no ha crecido. Por eso está débil, y gracias á tu bondad y solicitud, ha podido vivir. Mírala hoy, que un rayo de sol viene á calentarla. Mira que prisa se da la pobrecilla en abrir todas sus flores, como si quisiera ofrecerle en premio todas sus galas.

Así como esa pobre planta, hija mia, tu inteligencia vivió, hasta el dia de tu casamiento, en el círculo limitado de las operaciones comerciales, ó del gobierno de una casa, cuyos viejos y antiguos criados

la dirigian casi por sí mismos, y léjos de crecer y ensancharse, se empequeñeció y se replegó más cada dia. Tu matrimonio te ha encerrado despues en una atmósfera helada. Más aún, te ha reducido á la nulidad. Siempre solitaria, hasta la oracion te ha llegado á ser árida y monótona.

Cuando no hay afectos, ¿qué ha de ofrecerse á Dios? ¿El alma? Suya es, y si no la llenan las sensaciones del libre albedrío, bien conocida la tiene. ¿El corazon? El tuyo estaba frio desde el dia en que nacistes, y helado desde el dia en que perdiste á tu padre. ¿El pensamiento? Este se enerva cuando no tiene que ocuparse mas que de la individualidad. ¿La inteligencia? La tuya estaba casi extinguida y próxima á desaparecer, como una luz que la dejan largas horas sin alimento que consumir.

Sólo podias, desdichada, ofrecer al cielo tu dolor: pero un dolor sin alternativas, pálido, por decirlo así, y sin participar de ninguno de los colores de la vida.

La existencia, sin amor, no merece el nombre de tal. Los ascetas, los ermitaños, vivian en las soledades, porque las visiones de su éxtasis les sostenian.

Para ellos no habia dolores que combatir. Creian una gran virtud el dejar la pompa y las amarguras del mundo, por las delicias de la devocion exaltada. Se juzgaban héroes al abandonar á sus padres,

á sus hermanos, á sus esposas y á sus hijos, para ir á gozar la vida del espíritu y la contemplacion. Pero tú, pobre mártir, has padecido mucho más que los solitarios de las cavernas y de los monasterios. Tú no has obtenido ni la admiracion del mundo, ni el convencimiento de la propia virtud. Hija sin padre, esposa sin esposo, madre sin hija, sólo esa hermosa imágen ha podido conservar en tu espíritu la mansedumbre necesaria para vivir y para no estrellarte sobre las losas de ese patio!

Calló aquel hombre, á quien Rafaela no sabia si creer un santo ó un sabio: de tal modo habia sondeado cada uno de sus dolores y cada una de las llagas de su corazon, con su blanda y cariñosa mano.

## IV.

Un fugitivo carmin coloreaba las mejillas de la pobre enferma. Brillaban sus grandes ojos con suave fulgor, á traves del velo de seda de sus grandes pestañas, y su pecho palpitaba con un calor bienhechor y desconocido.

¡Oh, vida sagrada del sentimiento y de la inteligencia! Los dolores de la vida material se esconden bajo el oro refulgente de tu velo, y sólo queda el amor en el alma que iluminan tus reflejos!

—Luégo, señor, dijo con voz trémula de emocion, ¿sería preferible para mí la desesperacion al estado de inercia en que me hallo?

—No, repuso el anciano: la desesperacion es la ausencia completa de la virtud y de la esperanza; sólo un sér creo que se ha desesperado verdaderamente en este mundo. Judas, al ver morir al hijo de Dios, vendido por él. Los demas son pobres criaturas cobardes y desalentadas, que se honran llamándose desesperados, como si un Jesus hubiese comido con ellos, y les hubiera dado pan cuando tenian hambre, y agua cuando tenian sed.

Sólo de las grandes causas nacen los grandes efectos. ¿Qué hay en la vida que valga, que merezca la desesperacion incurable de un alma, imágen de Dios? Dios mismo, no ha puesto al fin de nuestra carrera un premio que nos consuele de todas las pérdidas? Los padres, los hijos, los amantes, no los hemos de hallar en un mundo mejor? Si han sido culpables, ¿no tenemos la oracion para redimirlos?

Si la egoista sociedad no me llamase loco, yo iria por las calles gritando:

—¡Hermanos, sed buenos, y nada temais!

La fuerza omnímoda é invencible está en la virtud: tú no puedes desesperarte, porque eres buena y serás fuerte: ¿ves ese rayo de sol que ántes te he mostrado y que acaricia á tu enredadera? Del mismo modo, mis palabras reaniman y consuelan tu corazon: ya eres otra, y, á imitacion de Jesus, puedo decirte:

—*Levántate, y anda.*

—¡Oh, si me volvieran mi hija!... murmuró la jóven con angustia.

—No pidamos á Dios más de lo que quiera darnos, hija mia! Tú eres sin duda muy amada del Eterno, pues ha hecho de ti una de esas mártires oscuras y desconocidas, que el mundo abriga en su seno, sin reparar siquiera en su presencia.

—¡No la he visto desde que nació, señor!

—Yo sí.

— ¡Ah! exclamó con afan Rafaela: ¿y cómo es?

—Bella, muy bella.

—¿La han bautizado?

—Sí; se llama Alicia.

—¿La cuida bien su nodriza? ¿Está buena mi hija? ¿Llora? ¿Duerme bien? ¿Por qué no me la traen?

—Hija mia, dijo el doctor, es inútil disfrazarte la verdad, y vale mucho más que te resignes á ella, por dura que sea. Tu marido ha resuelto criar á tu hija enteramente separada de ti.

—¿Pero por qué?

—Quiere realizar en ella la absurda idea de la emancipacion de la mujer; y educándola cerca de una madre tan tierna, delicada y femenil, no podria lograrlo.

—¿Pero no la veré siquiera alguna vez? preguntó Rafaela, que, en su cándida ignorancia, nada entendia de emancipacion.

—Espero que sí: mas ahora tengo un proyecto que quiero participarte.

Rafaela estaba abismada en el recuerdo de su hija y el médico continuó:

—Escucha, hija mia; yo tengo una esposa y una hija; vivo con ellas en un antiguo castillo, á dos leguas de Lóndres, que me legó mi padre; ambas son dulces, buenas y te amarán: ¿no querrias pasar algunos meses á su lado y al mio?

—¡Sí, sí! exclamó la enferma, batiendo las palmas con entusiasmo.

Mas en el mismo instante un pensamiento doloroso anubló su frente y murmuró:

—¡Pero y mi hija!

—Yo haré por llevarla tambien.

Rafaela se arrojó al cuello del médico.

—Pero no ahora, continuó éste; dame tiempo: tu marido es astuto, y yo tengo que serlo más que él, si he de lograr lo que deseo.

—Señor, dijo Rafaela besando las manos de aquel hombre benéfico, mi suerte depende de V., disponga V. de ella.

—Pues ahora, á la cama, hija mia, que el sol ha desaparecido y está fria la tarde; para que duermas mejor voy á ver si puedo lograr que des un beso á tu hija.

El doctor salió. Fué derecho al cuarto de mistris Beld, y poniéndole una guinea en la mano, le dijo:

—Lleve V. á la niña al cuarto de su madre.

La mujer, seducida por el oro, obedeció. Rafaela besó, durante un cuarto de hora á su hija, y lloró sobre su cabeza abundantemente: no se cansaba de mirarla, y sólo Dios pudiera contar los ósculos de que aquella criatura fué cubierta.

—Por fin, el doctor dió la señal de retirada, y al salir la nodriza, le dijo en voz baja:

Si mister Wilsson sabe que ha estado V. aquí, haré que la despida al instante, asegurándole que el alimento de su seno hace daño á su hija.

La mujer salió aterrada; y el doctor se volvió hácia Rafaela, que lloraba aún.

—Ten fe y esperanza, hija mia, le dijo; reza y duerme en paz, hasta mañana, que vendré á despertarte.

FIN DEL TOMO PRIMERO.